

CARLOS REYLES

*Yo soy*  
E G O S U M  
E N S A Y O S

(OBRA POSTUMA)



*34594*  
*23.95146.269*  
EDITORIAL SOPENA

ESMERALDA 116

Buenos Aires

Es propiedad de los herederos de Carlos Reyles  
Derechos reservados  
Copyright 1939 by Editorial Sopena  
Hecho el depósito que marca la ley 11723  
Prohibida la reproducción total o parcial

PRIMERA EDICION JUNIO 1939



EDITADO E IMPRESO EN LA ARGENTINA  
PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINE  
IMPRIME ET PUBLIE EN ARGENTINE  
PUBBLICATO E STAMPATO IN ARGENTINA  
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN  
EDITADO E IMPRESSO NA ARGENTINA

# EGOSUM

## INTRAMUNDOS DE LA SOLEDAD

SOMOS IMPENETRABLES Y SOLITARIOS. — NADIE NOS CO-  
NOCE NI CONOCEMOS A NADIE. — PARA COMUNICAR-  
NOS NOS DISFRAZAMOS Y MENTIMOS, QUEDANDO AL  
FIN MAS SOLOS.

Insistentemente y en casi todas mis obras he discurrido sobre la humana tendencia a representar lo que no somos y a vivir, por añadidura, substituyendo impertérritamente las realidades tangibles del mundo por las caprichosas ficciones que no cesamos un instante de inventar y que muchas veces convertimos en realidades.

En el último libro que publiqué hace algunos meses con el título de INCITACIONES, hablo por extenso de nuestro histrionismo, especialmente en el capítulo "Soledad, fiel compañera", y de nuestro incurable como fecundo sonambulismo en el ensayo sobre Don Quijote. Ambas cosas, histrionismo y sonambulismo, tienen ca-

pital importancia en la vida de las criaturas, dan indicios certeros sobre la naturaleza complejísima del hombre, ayudan a conocernos mejor y ponen sobre el tapete nada menos que los fundamentales problemas del conocimiento y de la personalidad.

Por eso deseo aclarar y fijar ciertos puntos que me permitan establecer determinadas conclusiones y llegar, si me fuera posible, a una síntesis concluyente y diáfana.

El capítulo sobre la soledad nos enseña lo siguiente: nuestra soledad es irremediable; somos irremisiblemente impenetrables los unos para los otros; siempre nos vemos como no somos; no nos conocemos ni conocemos a los demás sino muy imperfectamente; merced a mil influencias variamos sin punto de reposo; ofrecemos, y no puede ser de otro modo, el yo ficticio y no el yo real, y de ahí que vivamos, sin saberlo, engañándonos y engañando a nuestros semejantes.

Por mi parte, la lectura de *Don Quijote*, que tiene por subtítulo "La locura del famoso hidalgo y nuestra locura", nos muestra algunas sucesivas fases, las más trascendentes a mi entender, del "engaño a los ojos" de Cervantes, lo que yo llamaba, hace la friolera de treinta años y sin conocer la frase cervantina, el in-

curable sonambulismo de las criaturas, o sea nuestro ilusionismo, que hace de los mortales fantasmas en un mundo fantasmagórico, lo cual no impide que hayamos trocado a veces y sigamos trocando las fantasmagorías en cosas tan existentes como las montañas.

He aquí esas fases y otras conclusiones que se desprenden de ellas; dormidos o despiertos, y sea lo que quiera que hagamos, soñamos; los sueños nos impulsan a obrar y correr tras las ilusiones que forjamos; éstos adquieren en ocasiones tal intensidad que se convierten en nuestras realidades profundas, por ser lo que ansiamos con toda el alma; de aquí nacen las alucinaciones constructivas que crean vida a su alrededor y convierten los sueños en realidades más o menos durables; las fantasmagorías, los espejismos, las ilusiones vitales, la locura del hombre, en suma, es lo único que le da sentido humano y razonable a la vida, que sin esa locura la vida no tendría; sería puramente vida animal sin creación ni progreso, un estancamiento eterno en la prisión de una forma invariable.

Por todos los caminos vamos al mismo y único paradero: la soledad; a ella vamos y de ella venimos. La tenemos siempre delante de nosotros y a nuestras espaldas. Futuro y pretérito

significan para nosotros idéntica cosa: soledad. En efecto, cuando nos analizamos sinceramente, cuando contemplamos, sin telarañas en los ojos, el espectáculo de nuestra vida íntima, secreta, misteriosa, comprendemos que hemos estado solos; que ni aun en los raros instantes de perfecta comunidad de sentimientos, ni siquiera en los arrobos del amor, hemos dejado de estar solos. El yo profundo no sale jamás de las prisiones de la soledad. La razón es bien sencilla. Cuando intenta ponerse al habla con los otros, ese yo auténtico se trueca en yo social, un disfraz, una máscara de lo que somos realmente. Al querernos comunicar nos desfiguramos, lo individual queda dentro y sale fuera lo social, lo que nos vemos obligados a parecer para vivir en sociedad. A poco andar por la vida renunciamos a ser lo que somos; la misma educación que recibimos, la experiencia y el ejemplo de los otros lo quieren, y el pobre yo verdadero se queda solo frente a su soledad. Nadie nos conoce exactamente, ni nosotros conocemos a nadie. El amigo que me abraza no me abraza a mí, abraza un fantasma, el fantasma que él imagina que yo soy. Y a mí me acontece lo mismo respecto al amigo. No hay que darle vueltas: los hombres somos mundos impenetrables los unos para los otros. Y ésa es, a mi en-

tender, la más grande tristeza de la vida. Pero nadie se subleva, porque la suerte es pareja para todos, y quizá porque comprendemos que conociéndonos a fondo sería peor. La vida de relación, por medio de la cual se ponen en contacto las criaturas, está fundamentada en prejuicios, convencionalismos y ficciones. Por lo que hacen y dicen van sabiendo mutuamente lo que son, si no por dentro —hemos visto que eso es imposible—, por fuera al menos, aunque no cumplidamente, dado que nadie es como ayer ni será mañana como hoy. El tiempo que pasa, la vida que nos hace y deshace, miles de influencias irresistibles, alteran nuestra personalidad, nuestra máscara, minuto a minuto, y de modo que, en realidad, el que aborda a una persona no se comunica con ella como es ahora, sino con el juicio que antes tuvo de ella, convencional también, y si a esto se agrega que, ni socialmente siquiera, nunca somos lo que representamos obedeciendo a los impulsos de la necesidad o la costumbre, se comprende hasta qué punto nos desconocemos y cuán patética es nuestra irremediable soledad, aun en medio de las personas que más amamos y nos comprenden mejor.

Por manera que cada ser se encuentra delante de los otros seres como el amante ansioso

de penetrar el misterio de la amada. Pero acontece que, cuanto más calor pone en penetrarla, más la transfigura y menos la ve como es. Lo mismo nos ocurre con cuanto admiramos o deseamos. Esta ansia del hombre da pie a la simpatía, la amistad, el amor, pero también produce nostalgias, melancolías, penas, la terrible pena de sentir a los otros cerrados para uno, un dolor que hace sufrir mucho a las naturalezas sensibles y comunicativas. Esta impresión de angustiosa soledad e incomunicabilidad exacerbada por nuestra ansia de comunicarnos, todos la experimentan en mayor o en menor grado. A algunos suele embargarlos hasta en las grandes reuniones sociales, particularmente en los bailes, en medio del sonoro turbión de la orquesta, el torbellino de las parejas, las risas, la alegría del champaña. "De pronto les parece estar en un desierto. La razón es que no han encontrado su media naranja de la noche con la cual comunicarse. Si por casualidad descubren una dama de ojos náufragos y amigos, que indican pareja desolación a la de ellos, se sienten de inmediato atraídos por irresistible simpatía y entran en comunicación. Y el mundo vuelve a poblarse" (1).

La apremiante necesidad de dar y recibir

simpatía, de abrirnos, de franquearnos, de comunicarnos, la experimentan en grado máximo los escritores y los artistas en general, quizás porque el arte es un medio de comunicación entre los hombres, menos estruendoso que la radio, pero no menos eficiente. Las obras de unos y otros, bien miradas, son gritos desesperados, urgentísimos mensajes a las almas hermanas, que generalmente no responden o responden mal, esto es, con otras palabras que las esperadas; por lo cual cada una de aquellas obras, a pesar del éxito que a veces las corona, acontece que sean desencantos parciales para el artista. El público entiende otra cosa de lo que han querido decir y los deja confinados en la soledad.

Y cosa singular: cuanto más solitarios, más nos sube la fiebre de comunicarnos, y para comunicarnos representamos lo que los otros quieren que seamos o inventamos prodigiosos aparatos, esculpimos, pintamos, hacemos poemas, novelas, dramas, escribimos romanzas y las cantamos. El sabio en su laboratorio, el filósofo en su biblioteca, el escritor en su estudio, por más completa que sea la soledad que los aísla, viven con los otros, porque piensan en los otros. De una manera o de otra toman parte, aunque menos activa que las mascaritas, en

(1) *Inciitaciones*, por Carlos Reyles.

la carnavalada del mundo. Este tozudo empeño de evadirnos de las prisiones de la soledad e ir hacia los otros, siempre agitó al hombre. Desde que salió de la animalidad vive ensayando formas de comunicarse con los demás, inventando para el caso, aun en medio de las guerras, desde el lenguaje hasta la radiotelefonía, desde la piragua hasta el palacio flotante, desde la diligencia y el trineo hasta el auto y el avión que devoran las distancias. Ya no hay distancias; el hombre ha suprimido y detenido al tiempo. Espiritualmente acontece lo propio con cuanto imaginamos o descubrimos; cosmogonías, religiones, filosofías, junto con sus fines propios, diríase que fueron dictadas para ponernos en contacto con los seres divinos, los astros, las estrellas, los mundos que ruedan por el espacio, y sobre todo con el hombre, los seres y las cosas de este minúsculo mundo que habitamos. En cuanto a la vida social, ¿qué es sino un ensayo de comunicación, una tentativa para abreviar la amorosa sed del ser humano? Sin embargo, a pesar de tanto gigantesco esfuerzo, no hemos podido descuajar de nuestra alma la soledad, dulce compañera que no se separa un instante de nosotros, que corre las aventuras

que corremos y apura las copas dulces o amargas que apuramos.

Impenetrabilidad, soledad, ansia de comunicación y representación, son cosas que andan tan juntas y aun fundidas que no existe medio de deslindarlas.

Es un círculo vicioso: el ser impenetrables los unos para los otros trae la irremediable soledad de todos; la soledad engendra el exasperado deseo de comunicación y el ansia de comunicación la representación o la farsa social. Para conocernos fingimos lo que no somos, nos engañamos mutuamente, les damos a los otros el yo social, que es convencional, ficticio, y escondemos el individual, que es verídico, pero tan incomunicable como insociable. Este es inmensamente más grande que el anterior; se compone de las inconmensurables zonas del inconsciente individual y del colectivo, en el que entran los elementos primarios, común a todos los hombres como, por ejemplo, el deseo de poder, el instinto de conservación y además lo que rechazamos de la conciencia clara. Existen íntimos intercambios, una verdadera simbiosis entre estos dos yo; cuando las filtraciones del yo individual al yo social son frecuentes, ganamos en personalidad, en originalidad.

La vida social cada día más amplia y exi-

gente va haciendo primar el yo farsante sobre el verídico, hasta el punto que éste no se muestra casi en público. Cuando estamos solos reaparece revistiendo formas por lo general poco amables. Si las gentes conocieran lo que pensamos entonces, nos tildarían de locos, cínicos, lúbricos y abyectos. Porque entonces, sin los frenos de la religión, la moral, las conveniencias, somos lo que somos: seres de instintos e impulsos bestiales. El hombre bien domesticado, el farsante, predominará en absoluto al fin; la sociedad, la cultura, la civilización, lo reclaman; pero ni conviene ni se puede suprimir la bestia del todo, porque el individuo es el manadero de las energías creadoras, como la colectividad, la masa, el depósito de las energías vitales. Si aquello hiciéramos, dejaríamos de ser hombres y nos convertiríamos en peleles sin entrañas humanas, rellenos sólo de social estopa. Y después de todo, este mundo compuesto de peleles sin instintos dominadores, sin pasiones volcánicas, sin ímpetus salvajes, aun perdiendo la pimienta y la sal, sería de seguro más agradable, más cómodo y probablemente mejor para la mayoría aunque acaso un poco aburrido. ¿Qué daría de sí el pelele, sin amor ni odio? Estaríamos cortados por el mismo patrón, pensaríamos igual, no habría disonancias. Sea

lo que fuere, necesitamos al pelele y lo haremos predominar mucho más que ahora.

No hay que tomar a mal los expedientes y las martingalas que emplean los extravertidos, es decir, los que viven para afuera, que son los más mundanos, a fin de hacer posible la vida de sociedad, basada en la mentira. Sirvanos de consuelo que mentimos por el bien de los otros y para serles agradables a los otros. Si dijéramos lo que pensamos, descorazonaríamos al enfermo, heriríamos el amor propio de la fea que se cree bonita, no podríamos consolar al triste, rozaríamos la terrible vanidad del poeta, del artista, del engreído, y haríamos que las fiestas terminaran en batallas. La sociedad, la familia, el matrimonio, el amor, la amistad, se disolverían en la verdad desnuda como el azúcar en el agua. Y los hombres andarían solos, hablando solos como los locos. No cabe imaginar siquiera lo que sería y las catástrofes que produciría un hombre que acariciase el estrambótico propósito de decir la verdad sin atenuante alguno. Lo declararíamos al punto más desquiciado que Don Quijote. En cambio vemos sin extrañeza al político, al médico, al diplomático, representar sus pantomimas, y aprobamos y aplaudimos como si existiera entre las gentes

la firmísima convicción de que el fingir es necesario y saludable.

Los seres de vida interior muy intensa, muy íntegros o demasiado sinceros, personales, originales, a pesar de las excelencias que los adornan comúnmente, se nos antojan algo locos y no nos son simpáticos, porque no fingen ni mienten bastante. En cambio el embustero, el halagador, es el personaje amable. Gusta agradar y hacer felices a los otros. Pasa por el mundo como las bellas, sembrando sonrisas y cosechando corazones. Su fingimiento es bondad, tolerancia, caridad. Cuando entra en una sala todos los tertulianos se alegran, porque saben que cada uno tendrá su caramelo o su bombón. A esta clase de seres pertenecen las naturalezas sensibles, condescendientes, desprovistas de ángulos y aristas, a fin de entrar en contacto con los otros sin lastimarse ni lastimar a nadie. Pero esas aristas y ángulos incómodos constituyen la personalidad. Por manera que, para ser sociables, urge, en conclusión, despersonalizarse. Pero es lo que no aceptan los que pretenden no parecer sino ser, vivir para adentro, no para afuera. No se percatan que en la vida moderna eso es cada vez más imposible. Se oponen a ello el teléfono, la radiodifusión, los diarios, el cine, los ruidos de la ciudad. Los

grandes sucesos del mundo entero, de los que estamos al corriente a medida que se producen, nos apasionan, los sentimos, los vivimos. Las almas que quieren ser, se componen de elementos más raros y preciosos, pero menos dúctiles que los que se contentan con parecer, que son la generalidad. A poco andar, aquéllos se tornan insulares y llegan fatalmente al posadero de una soledad más radical que las otras.

En general podría aquilatarse la calidad de las almas por el grado de aislamiento que soportan. Ibsen asegura que el hombre que vive más solo es el más fuerte. Desde luego no necesita espiritualmente de los demás; valerse de los estímulos propios y no de los ajenos es gran fortaleza. Privarse de éstos es como cortar las amarras que nos unen a la humanidad, dejar que la nave se vaya mar adentro. Es preciso que la vida interior sea muy rica y tensa para llenar el vacío que alrededor nuestro produce la soledad. Los infinitos diálogos del hombre con el mundo quedan reducidos a un interminable monólogo y es milagro que ese monólogo no resulte aburridísimo. Aparte de que todo conspira contra el insular, pocos son los que se solazan en su propia compañía; pocos a quienes no los fastidia el canto de las sirenas interiores; pocos los que gustan contemplarse en el



espejo que le presenta el yo profundo al yo superficial. Para el caso sería menester que cada uno fuese grandioso espectáculo y no árido paisaje o yermo desolado. Por eso la mayoría tiene miedo de la soledad. El encontrarse frente a frente de sí mismo, es para casi todos espantable tragedia. Se ven feos, sin atractivos; se sienten indefensos, desamparados contra la marea creciente de la desolación, y entran en una especie de ansiedad. Entonces se cuelgan del teléfono para ponerse en comunicación con alguien, acuden a los paraísos artificiales o hacen solitarios. Estas criaturas no pueden vivir sino huyendo de sí mismas, lo cual es muy triste. Como todo lo esperan de los otros, son los más sociables, los que viven más para afuera; sea trabajando o divirtiéndose, según que pertenezcan a las clases trabajadoras o a las ociosas, matan el tiempo, lo que equivale en muchos casos a matar la soledad. Huelga decir que son las gentes amables por excelencia, las que aprietan con sus, al parecer, vanos ajetreos, las mallas de la sociabilidad y hacen soportable la existencia.

Entre los mundanos abundan los *snoobs*, los jugadores rabiosos de *bridge*, las damas que se pasan la vida haciendo y recibiendo visitas, tomando el té aquí y el *cock-tail* allá y llevando

y trayendo chismes. Hay quien asegura que el chisme es vital, un latigazo a la sensibilidad dormida, como el cigarrillo o el copetín. Los que juntos beben o fuman o chismean, fraternizan. En fin de cuentas buscan comunicarse, ser agradables, para lo cual —no cabe hacerlo de otro modo— representan, fingen y a la postre se forman una segunda naturaleza hecha de cordialidad y encanto. ¡Cuánto más superior resulta ese tipo de mujer a las que se titulan avanzistas, pobres empachadas de desperdicios de ideologías que nunca digerirán porque son indigeribles! Viven ensayando figurines que ellas creen la última moda de la libertarja o la intelectualoide, se hacen exhibicionistas, hombrunas, pierden la feminidad, los encantos de la mujer, la fuerza irresistible de ésta, y se convierten en seres híbridos y solemnes mamarrachos. En el fondo las mueve el resentimiento, el reconcomio, el espíritu de venganza de las feas contra las lindas. Porque es el caso que las avanzistas de este tipo son infaliblemente feas; la vista de una mujer agraciada y elegante, que se lleva todas las miradas admirativas de los hombres, las pone fuera de sí. Con eso y con todo no hay que ser muy severos con ellas. Adoptando posturas y arrestos de la superhembra según las modelos extremistas, tratan

de admirar y ponerse en comunicación con el mayor número de seres.

“El verse obligados a enmascarar lo que son y representar lo que no son, aleja generalmente, aparte de la falta de tiempo que perder, a los intelectuales de la sociedad, y los confina en la soledad. Pero nadie es enteramente insociable ni sociable” (1). El solitario vive con los otros en su retiro, por la sencilla razón de que piensa en los otros; y en sociedad suele ser donde más siente la soledad, porque palpa las diferencias y hasta los antagonismos que lo separan de los demás. Un *mínimum* de soledad les es necesario a todos. Ya que hagamos lo que hagamos y por cualquier vía vamos a parar a la soledad, cosa que constata todo el que se observa atentamente, no tenemos otro remedio que absorberla en pequeñas dosis para familiarizarnos con ella y al fin digerirla. De lo contrario nos digerirá ella a nosotros. Los hombres viven con un pie en la sociedad y otro en la soledad, más hundidos en la primera o en la segunda, según vivan para afuera o para adentro. El vivir para adentro es lo propio de los representantes del espíritu. Entre éstos los dramaturgos, los noveladores, por las necesidades del oficio, que no les permite perder el contacto

(1) *Incitaciones.*

con la vida, son los más sociables. El mundo es para ellos como un inmenso laboratorio, donde se combinan en misteriosas retortas y decantan, pasando de alambique en alambique, las pasiones, los sentimientos, los móviles secretos de la conducta —nunca son los aparentes— que les hace falta conocer para la construcción de sus edificios verbales. Hacen con la vida lo que las abejas con las flores: en todas liban los azúcares, pero al revés de las eternas trabajadoras, no en el ajeteo de las colmenas, sino en la quietud y el aislamiento de una celda de monje elaboran su miel.

La soledad es el clima de las almas insulares y la condición de la fuerte vida interior. Viviendo para afuera nos dispersamos, perdemos lo propio, adquirimos hábitos ajenos, nos estandarizamos; viviendo para adentro nos concentramos, nos encontramos; lo nuestro, lo propio, se acrisola y alquitara, caen las máscaras de lo postizo, el alma se ve frente a frente de sí misma y descubrimos atónitos que llevamos dentro de nosotros un mundo más grande que el mundo real, una vida de más intenso patétismo que la vida exterior, una conciencia que es como un inmenso lago donde se refleja todo nuestro pasado, todo nuestro presente, todo nuestro futuro. En efecto, pueblan ese pasado

los patrimonios hereditarios que hemos recibido al nacer, la experiencia extractada de innúmeras generaciones. Nuestros abuelos, desde los próximos hasta los más remotos, hasta los trogloditas, están allí; a veces habla o ruge uno, a veces ruge o habla otro. Junto con los temas y los problemas del presente y las posibilidades del futuro, forman el elenco inmenso de actores que representan desde el nacer al morir una tragicomedia de incalculables actos: nuestra propia tragicomedia.

¿Cómo no experimentar la atracción de tan apasionante espectáculo, a menos de no tener ningún deseo, ningún interés de trabar relaciones íntimas con lo que somos, cuando dejamos de vivir para afuera y de representar para el público? Verdad que muchas criaturas, las más, y es grande pena, han perdido el saludable, el higiénico hábito de ponerse frecuentemente en comunicación directa con la propia alma y el propio espíritu. A éstas les parecerá al principio imposible orientarse en las tinieblas del universo interior, pero a poco de mirar y avanzar en las sombras, aparecerá una lucecita, y luego otra, y empezaremos a ver paisajes de ensueños, desfiles de fantasmas, y a oír cada vez más distintamente los alaridos de los monstruos o los cantos de las sirenas que nos habi-

tan. Naturalmente, sólo los avezados a zambullirse en ellos mismos podrán penetrar en la selva negra de la conciencia obscura. Se precisan los delicados aparatos y la ciencia del buzo para descender al fondo del mar. Pero a todos les será dado con un poco de buena voluntad bajar hasta ciertas napas profundas, y reconciliarse consigo mismo, y encontrar soportable por momentos la soledad. Esta es la confidente obligada, la que nos oye siempre atentamente y cuya benevolencia nos permite ser íntegramente sinceros y confiarle todo, incluso nuestros crímenes. Durante las borrascas de la vida ¿a quién acudir sino a ella? Por otra parte, queriéndolo o no, con ella nos encontramos siempre frente a frente. No miremos con malos ojos aquello que, entre otros favores, lo primero que hace es ponernos en comunicación con nuestra propia alma, que muchas veces sólo conocemos de vista, o nos ayuda a buscarla y encontrarla cuando andamos, como acontece generalmente, con una prestada. ¡Grande miseria!

No ha de entenderse por lo dicho que pondere la condición de las almas señeras; al contrario, creo a las otras, aunque vulgares, más necesarias; sólo quise decir que nos aprovecha también relaciones cordiales con la soledad. Así se hace del enemigo que armado nos espera en las

sombras, un amigo leal. Me creo bastante sociable y hasta mundano; sin embargo adoro la soledad y le debo acaso los goces más profundos de mi existencia. Perdónese me que hable de mi experiencia personal y me cite, lo que resulta siempre pretencioso. Sobre el tema que me ocupa hay muy poco escrito y en otro sentido que lo estoy haciendo yo. Lo que siento y pienso al respecto es lo único que conozco bien, y me parece no desprovisto de cierta miga, sobre todo, cuando considero que transformando la soledad irremediable en vida interior, y luego en actividad práctica o trabajo literario, pude conciliar, hasta cierto punto, el vivir para afuera y el vivir para adentro. Y esto puede serles muy útil a los demás.

Desde niño, sin duda a causa de mi propensión a estudiarme y mirar el mundo como espectáculo —tendencia que fortificó la asidua lectura del *Quijote*—, me parecía que todos convertían los molinos en gigantes y los rebaños en ejércitos; o sea porque no pudiera abrirme totalmente con mis condiscípulos, por falta de afinidad, empecé, aunque era de naturaleza muy comunicativa, a retrotraerme y aislarme. Sin que disminuyera por eso mi voracidad de vivir, me hice a ratos insular y adquirí el gusto de los goces hondos de la soledad y de lo que llama-

ría Goethe “de la contemplación”, goce sinietro. En cualquier sociedad solía aburrirme o sentirme molesto, deprimido, obligado a parecer lo que no era. Estando solo jamás me ocurría nada de eso. Al contrario, podía ser lo que era, sentía como aflorada toda mi personalidad y me invadía un íntimo contento, y a veces la embriaguez del poder, el poder de reducir el mundo a mi mundo, y en él vivir como un rey en su reino. Este estado de ánimo determinó presto la afición a leer, los gustos literarios y artísticos, la costumbre de borrar cuartillas, lo cual era ansia de comunicación que me volcaba a veces sobre el mundo y hacía enfrascarme en el gran libro de la vida, sin cuya lectura el poeta más alto y el filósofo más profundo se vuelven seres incomprensivos y obtusos. Pero mi sociabilidad era sólo temporaria; presto tornaba a las soledades del campo donde hacía mis curas de aguas y mis curas de reposo contra todo mal. Allí convertía la soledad en sanatorio, residencia de placer y gimnasio. Desde muy temprano me dije que era indispensable estar bien con la soledad. En los momentos de turbación o desencanto, en las grandes sacudidas o los virajes bruscos de la existencia, cuando perdemos la brújula y avanzamos en la noche oscura, ¿a quién acudir sino a ella?

## EL MARAVILLOSO SONAMBULISMO DEL HOMBRE

En el capítulo anterior, INTRAMUNDOS DE LA SOLEDAD, hablé de ciertas propensiones, unas instintivas, otras artificiales, que nos inducen a vivir representando lo que no somos, y engañar y engañarnos; lo que nos hace más impenetrables y, por consecuencia, más solitarios. Ahora hablaré de otras inclinaciones no menos extrañas que acentúan extraordinariamente la facultad de soñar de las criaturas y completan su conmovedor y maravilloso sonambulismo.

Helas aquí: dormidos o despiertos soñamos; los sueños nos impulsan a obrar y correr tras las ilusiones que forjamos; éstas adquieren, en ocasiones, tal intensidad, que se convierten en nuestras realidades profundas, porque son las que necesitamos y queremos con alma y vida; de ellas nacen las ilusiones constructivas que truecan los sueños en verdades más o menos durables. Luego los espejismos, las imaginérrimas, la locura del mortal, en suma, es lo que

Es la única confidente a quien podemos abrirle por entero el alma, confesarle nuestros pecados, nuestros crímenes, en la seguridad que nos escuchará con interés y perdonará. Con nadie podríamos confiarnos igualmente. A todos les mentiríamos.

“La existencia es como una agria montaña que subimos penosamente, salvando abismos insondables o precipitándonos a veces en ellos, para descender a toda prisa luego de haber alcanzado la cumbre... si la alcanzamos. Pronto llega el invierno, caen las hojas, los pájaros cesan de cantar y viene la tragedia de la vejez. Nieva sin cesar. Todo nos abandona: se van las golondrinas, se va la alegría de vivir, se va el amor; parten las ilusiones, los sueños, las esperanzas. La vasta tierra se hace cada vez más diminuta, más helada, más despoblada, hasta que quedamos solos frente a la soledad. Si la hemos cultivado, convertido en vida interior, fina sensibilidad, comprensión, ella sabrá sustituir lo que desaparece con la dorada juventud por sus equivalentes espirituales. Cerrará la noche e irán alumbrándose las estrellas. Nos hará revivir intensamente lo vivido, sin las angustias mortales y los dolores acerbos de la vida. Sabrá forjar los remedos de las ilusiones, los sueños y las esperanzas que nos hacen falta

para ir viviendo. Convertirá los desencantos en las primeras sonrisas de la realidad. Hará que nuestro teatro interno trabaje activamente y que en las piezas que se representan nos veamos más hermosos, seductores y favorecidos por las damas de lo que fuimos y que los encantos de éstas sean más deliciosos. Trocará en poemas las femeninas sonrisas. Nos dará fuerzas para rematar nuestra obra, luchará con el tiempo a brazo partido intentando detenerlo para prolongar la vida y, en fin, nos preparará para el trance final. Durante los últimos latidos de nuestra existencia no se separará un instante de nosotros. En la alcoba solitaria, a altas horas de la noche, mientras todos duermen velará junto a nuestro lecho, oirá nuestro entrecortado adiós, recibirá nuestro último suspiro y aun en la tumba será la sola, la única cosa de este mundo que no nos abandonará nunca, que permanecerá siempre, siempre a nuestro lado, amorosa y fidelísima...” (1)

(1) Incitaciones.

le da un sentido humano y razonable a la vida, que sin aquella locura la vida no tendría y a lo cual se debe el progreso de la humanidad.

¿Pero será verdad que vivimos tejiendo patrañas y engendrando fantasmas tras los cuales corremos? Quien lo dude no tiene sino observarse en cualquier momento para darse cuenta cabal de que dormido o despierto sueña. Hasta los seres de más precaria imaginación, y hagan lo que hagan, combinan, más o menos armoniosamente, lo que van fantaseando con lo que van viendo o recordando. Este continuo inventar fábulas se hace más patente en el niño porque no disimula y ejerce libremente las facultades taumatúrgicas que posee. Es un verdadero mago: transfigura, anima, encanta cuanto mira. Donde pone los ojos se opera un milagro. El árbol seco florece, la caña que monta se le antoja brioso corcel y corre carreras y las gana todas; si se sube a un banco lo convierte ya en automóvil, ya en avión y va por la tierra a doscientos kilómetros la hora o surca los cielos a velocidades vertiginosas.

En mayor grado todavía todos hacemos interiormente lo que el niño, pero sólo dejamos ver las imaginaciones que, por lo coherentes, parecen menos estrafalarias. ¿Quién no edifica castillos en el aire?; ¿qué espejo no le dice a

la fea que, si no bonita, es simpática o interesante?; ¿qué poetilla no se cree genio?; ¿qué oficialito no espera eclipsar a Napoleón?; ¿qué ser no lleva dentro de sí su novela, en la que escribe algunas líneas todos los días?; ¿quién no sueña?

En sueños hacemos posible lo imposible; pero cuando soñamos despiertos realizamos empresas tan estupendas, tan maravillosas, que superan cuanto imaginamos en sueños. La ilusión, y es gran suerte, gobierna al mundo porque nos sirve, nos consuela, convierte los males en esperanzas y nos incita a obrar. Ni chicos ni grandes escapan a su imperio. Los hombres de acción, prácticos, ahitos de sentido común, materialotes, industriales, banqueros, mercaderes; los que aseguran sonriendo "que no son líricos", lejos de ser los más realistas y positivos, son los más soñadores e ilusos: viven sacrificándolo todo, privándose de todo y renunciando a todo por un mito: acumular para otros, sin sospecharlo, grandes riquezas que su sordidez les impide gozar y de las que tienen que separarse forzosamente al irse al otro mundo, con la inmensa pena de no poder llevárselas en el cajón, y la acerba amargura de comprender que la fortuna fué dueña de ellos, pero ellos de la

fortuna no. A pesar de todo, sienten más perderla, que perder la vida.

Y el sonambulismo, que en ciertos casos extravía, lleva generalmente a buen puerto. Es tan incurable como benéfico: impulsa a vivir, a bregar; aleja el desencanto, el desaliento. Verdad que los mundos imaginarios chocan irremediabilmente con el mundo real, pero este desastre produce las tragicomedias de la vida. Esta no es otra cosa que la encarnizada lucha de nuestras ficciones con las realidades, hostiles a menudo, que nos circundan y a las que aquéllas vencen de esta sutil manera: disfrazándolas, haciendo, merced a una prodigiosa alquimia cerebral, que sean lo que deseamos y no lo que son.

Recuerdo la singular aventura de cierta joven que, de la noche a la mañana, debido a un fatal accidente, perdió la extraordinaria belleza del rostro, su riqueza y orgullo, más aún, su razón de existir. Vivía embelleciéndose y admirándose y haciéndose admirar, porque era además de bellísima, buena, inteligente, seductora, un amor de criatura. Cuando le quitaron los vendajes pidió un espejo, y los suyos se lo dieron temblando. En lugar del grito de desesperación que preveían, al contemplarse horriblemente desfigurada, la vieron, estupefactos, sonreír. Re-

pentina y providencial locura le hacía ver en el espejo, no la fealdad presente, sino la fenecida belleza de los gozosos días. Y siguió viéndose bella hasta que murió.

Y bien, todos los mortales llevan en la mano un espejo encantado que los induce a verse como desean y no como son. Gracias al espejito, el cobarde se juzga valiente, el tonto listo, el idiota sabio, y luchan y corren hasta que se mueren tras la mentira que, cuando menos, los empuja a vivir y a bregar. Ella los sostiene, los ayuda, los consuela. ¿Qué serían sin ella? Seres desencantados, vale decir, muertos, como lo habría sido la loca del espejo sin su locura salvadora.

La verdad, para los efectos de la conducta, generalmente no nos sirve ni interesa; lo que nos interesa y sirve son las ficciones, las mentiroas que favorecen nuestros deseos. No estoy bien seguro si fué Comte quien dijo antes de los pragmatistas: "Las únicas verdades verdaderas son las que nos convienen". Nietzsche proclamó el enorme papel de la ilusión en la vida, lo que el gran dramaturgo Ibsen llamaba la *mentira saludable*. ¿De qué valen entonces las verdades establecidas tan concienzudamente por la inteligencia y la inteligencia misma? Tienen grandísimo valor, pero no un valor abso-



luto. La inteligencia es una facultad soberana en su registro: interroga los hechos que le suministra la experiencia, indaga, clasifica, deduce, establece leyes generales, crea doctrinas, sistemas; pero como la que todo eso hace es la inteligencia de una persona, ésta con sus propensiones y antipatías enturbia el juicio, lo tuerce y lleva de las verdades relativamente puras y nunca desinteresadas, a las verdades fuertemente interesadas, humanas e impuras, que son las que necesitamos. El mismo Nietzsche afirmaba con no pequeña dosis de certera penetración psicológica: "La inteligencia es la mano de la voluntad". En efecto, deseamos; e inmediatamente, automáticamente, fabricamos la moral, la teoría o el ideario que permitié satisfacer nuestros deseos y nuestras necesidades. Remedamos todos, sin sospecharlo, a Federico el Grande, quien decía: "Yo primero me apodero de las tierras, que después nunca faltan pedantes que prueban mis derechos". Tengo para mí que hasta los sabios consumidos por la fiebre de probar experimentalmente tal o cual principio, los mueve tanto el ansia de conocer, como la voluntad de dominio, y la facultad de soñar. En lo que toca a lo emocional y lo pasional y los dominios del arte, los poderes de la inteligencia no son los más aca-

tados ni decisivos. La madre no adora a su hijo, ni el novio a la novia, obedeciendo a los dictados de la inteligencia, sino del corazón, y el corazón, ya lo sabemos, "tiene razones que la razón no conoce". También sabemos que nos conducen más los sentimientos que las ideas. No es un filósofo ni dos los que juzgan así; es toda una filosofía, la filosofía de la voluntad, que hunde las raíces en la Grecia de Heráclito, enciende la testa de numerosos pensadores de alto coturno desde la antigüedad hasta nuestros días y adquiere, con Nietzsche, la más alta y cabal significación.

Por su parte Bergson asevera: "La inteligencia se caracteriza por su incomprensión natural de la vida". De lo dicho, cuando menos, cabe deducir con íntegra certeza que la inteligencia ~~solo~~ no está capacitada para dirigir o crear el proceloso torrente de la vida; frecuentemente, cuando más queremos obrar por razones, obedecemos a impulsos que muy poco o nada tienen que ver con la razón. Sentado esto, urge declarar que, cuanto más cultos e instruídos son los pueblos, mayor es el influjo de la inteligencia sobre ellos en lo que atañe a la vida consciente, artificial. Por lo que toca a la vida profunda siguen imperando los móviles, los demiurgos del hombre primitivo, el

rosa expresión de un temperamento. Un pensador no nos dará nunca la verdad y la realidad, sino su realidad y su verdad. La verdad y la realidad puras sólo nos las daría una máquina de pensar. Donde intervenga una persona que piense, la verdad será la de esa persona.

Valery, que se burla un poco de los filósofos, pregunta: "Cuando un carpintero hace una mesa sabe lo que está haciendo; pero cuando un filósofo filosofa, ¿qué hace?" En realidad no lo sabe. Podríamos contestar que hace novelas. Va enjaretando accidentes dialécticos que lo llevan muchas veces a demostrar lo contrario de lo que pretendía; se entretiene aquí y allá, se pierde en mil laberintos, llega a conclusiones que no preveía y sospecha que podría haber llegado a otras completamente antagónicas. En fin, juega, sueña. Por suerte, tal cual vez acierta a crear mundos mágicos como los del artista, pero donde predomina más la inteligencia especulativa que la sensibilidad creadora. Esa es toda la diferencia.

No a la razón, mas sí a nuestra facultad de soñar debemos el haber salido de la animalidad y creado luego las culturas, las civilizaciones, que no fueron, al principio, sino sueños, ilusiones, engaños. Las facultades intelectivas en embrión no indujeron seguramente al hom-

bre de las cavernas a labrar sus utensilios y ornar con escenas de cetrería los muros de las cuevas que habitaba. En las largas horas de forzada reclusión, solo, frente a sí mismo y a la naturaleza grandiosa, impenetrable, hostil y llena de misterios, soñaba más que pensaba. La razón, débil aún y conservadora, sin la prodigiosa facultad de soñar, de crear mundos imaginarios, de evadirse de la sórdida realidad, lo hubiera confinado en los límites de una mentalidad no muy superior a la del gorila. Pero nuestro abuelo troglodita ya sueña, imagina, inventa patrañas como nosotros lo hacemos ahora constantemente, lo cual no nos impide imaginar y llevar a buen término obras magnas, fabulosas y por añadidura de aplicación práctica.

La irrefrenable tendencia a crear mundos imaginarios y someternos a sus arbitrarias leyes, la necesidad orgánica de forjar ilusiones y alimentarnos de ellas, son hechos incontables. Lo extraordinario, lo inaudito es que esto, lejos de enturbiar nuestra lucidez, la aclare y aumente. Existen ciertas layas de ilusiones, las vitales, generadoras de alucinados, que se truecan en videntes; fantasmagorías que se transforman en verdades; ficciones que se convierten en nuestras realidades profundas,

cual ya sabía forjar ilusiones y ponerlas al servicio de aquéllos. Más allá de la conciencia, un mago prodigioso, el instinto vital, de que nos habla Nietzsche, las forja, mientras que otro mago, lo que él llama el instinto de conocimiento, las va destruyendo a la larga con los poderosos disolventes del análisis, pero sólo para darle ocasión a aquel instinto de forjar otras nuevas. Uno crea incesantemente y el otro incesantemente destruye; y este juego, por veces trágico, se prolonga durante toda la vida y constituye el fondo de ella.

Por otra parte vemos la realidad al través de nuestras pasiones, voliciones, ideas, conveniencias y otras muchas cosas que naturalmente la deforman y descomponen; de otro modo no podríamos asimilarla. El mundo material inmenso, he dicho repetidas veces, no entra en nuestro diminuto cerebro; lo que apresamos son imágenes, representaciones, símbolos de él, esencias espirituales, con las que componemos nuestro conocimiento del mundo, mejor dicho, de un reflejo del mundo, que es como el rebote de nuestra manera de considerarlo. El saber, fuera de las ciencias experimentales, y aun, hasta cierto punto, dentro de ellas, tiene la forma y el color de nuestras inclinaciones. Proyectamos a éstas sobre la realidad y recibimos

una realidad diluída en aquellas inclinaciones. De ahí el subjetivismo del conocer. Consideraciones similares debieron de inducir a Einstein a declarar: "La física objetiva está aún por crearse". Si esto acontece con la física, ¿qué acontecerá allí donde los mecanismos subjetivos llevan la batuta? Y si a lo sentado se agregan las radicales alteraciones que las influencias de afuera y las de adentro ejercen sobre nuestro yo fantasioso, cambiante y soñador, se comprenderá que todo acontezca en nuestra vida como por arte de encantamiento y que seamos lo que en realidad somos: fantasmas en un mundo fantasmagórico. Porque no sólo cambiamos y nos disfrazamos nosotros; cambiamos y disfrazamos a las cosas según nuestro humor. Cuando estamos alegres las vemos resplandecientes; cuando tristes, opacas.

El mundo exterior existe, no cabe duda; pero tampoco cabe duda que cada hombre lo ve de una manera distinta. Con harta razón dice Amiel: "Un paisaje es un estado de alma". Tal afirmación, indiscutible refiriéndonos a los paisajes reales que cambian con nuestro estado de ánimo, resulta más evidente todavía si aludimos a los panoramas espirituales. La filosofía de cada pensador, de la misma manera que la obra de arte de cada artista, es la rigu-

porque las necesitamos urgentemente y queremos con alma y vida.

¿Cómo las ensoñaciones embusteras pueden dar pábulo, dentro y aun fuera de nosotros a las realidades más hondas? ¿Cómo nuestra condición radicalmente quimérica es susceptible de cambiarse en la prodigiosa cordura de los sabios, filósofos, poetas, inventores de alto rango, industriales de fuste, políticos de gran envergadura, economistas de cálculos infalibles como una tabla de multiplicar, y haber creado las ciencias, las artes, las letras, las industrias y todo lo que el hombre ha realizado desde que salió de la animalidad hasta aquí?

El problema es tanto más complejo cuanto que nadie escapa al ilusionismo, a la fecundísima locura general. Todos somos soñadores, locos, y cuanto más inteligentes más locos en el sentido de que son los que más oponen sus ficciones a las realidades, sus mundos ilusorios al mundo real, es decir, a lo que las cosas son en sí, sin las deformaciones que cada uno de nosotros les hace sufrir. La montaña, a pesar de que cientos, miles de espectadores la ven de distinta manera, sigue siendo la montaña. Pues bien, ésa es, limpia de los aditamentos que nosotros le ponemos, la realidad pura.

A menudo los hombres geniales o de grande

inventiva o de briosa imaginación izquierdean, nos parecen raros, extravagantes, sonámbulos en mayor grado que los otros. Las gentes suelen tenerlos por medio deschavetados. Desde luego rara vez poseen el sentido común del vulgo; libertados de ese lastre se remontan a las nubes harto frecuentemente, viven en las nubes, pero allí, a fuerza de urdir patrañas pasmosamente lógicas, ponen a menudo el dedo en la tecla de la invención que hace de un razonamiento una locomotora; intuyen las grandes leyes que rigen tales o cuales fenómenos; descubren verdades que se pueden probar experimentalmente, partiendo por lo común de hechos y actos ficticios, imaginarios, poéticos. La raíz de toda invención es casi siempre un pensamiento poético, un sueño, un raptó de la mente. La utopía de hoy suele ser la realidad de mañana. "El hombre es absurdo por lo que busca y grande por lo que encuentra", asegura un alto poeta. Icaro quiso volar; fué un soñador lo mismo que Leonardo y que todos los precursores; pero ahora las naves aéreas cruzan los mares y los continentes de polo a polo. De la alquimia, algunas vislumbres enturbiadas por la superstición y la charlatanería, surge la química, ciencia experimental rigurosamente exacta; de la astrología falaz y embaucadora, sale la as-

tronomía, otra ciencia que, como la química, era hace apenas dos siglos pura suposición, engaño y fraude; las nebulosidades del hechicero, del chariatán y las médicas, por arte de birlibirloque, se convierten en las luces nítidas de los clínicos y los cirujanos modernos.

Muy probablemente los millones de cosas que hemos realizado y los millones de inventos y descubrimientos que hemos hecho, fueron en sus orígenes juegos o embustes o ensoñaciones. El hombre primitivo, labrando el cuerno del rengífero se evadía del mundo real; era también un loco soñador de quimeras. Al frotar dos maderos, sin duda a fin de pulirlos como a la piedra, por puro entretenimiento o acaso para quitarse el frío, desvariando como todo el que sueña, produjo leve humito del que brotó un dios: el fuego... ¡Con qué ojos maravillados debió de contemplarlo! ¡Qué solemne instante! Aquella débil llamita cambió la vida entera de la humanidad naciente; de ella salieron una a una las industrias del fuego y arranca nuestro dominio del planeta. Era la chispa divina, la inteligencia que aparecía en la tierra y que, andando el tiempo, le permitiría al hombre medirse con los dioses, desterrarlos del Olimpo y enseñorearse del cosmos.

Tanta importancia tenía aquel descubrimien-

to que los griegos lo encarnaron en la fábula de Prometeo, una de las más cargadas de sentido de su mitología. Zeus, el padre de los dioses, castiga al Titán por haberle hurtado la chispa divina, o sea la inteligencia, y hecho temerario don de ella a los efímeros. El Titán expía su delito encadenado en un solitario e inaccesible peñón que azotan continuamente las tempestades: un cuervo insaciable le devora por las noches las entrañas, que vuelven a renacer durante el día, ofreciéndole a la feroz ave de rapiña carne fresca en qué cebarse. Prometeo es la humanidad atormentada por el ansia de saber y luchando con la naturaleza y las iras celestes. Es ya el rebelde que opone la ley suya a la ley inexorable del universo; el iluso que contrapone la libertad con que sueña a la necesidad.

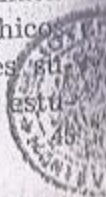
Lo único que alumbra y guía aquellas ansias supremas son los fuegos fatuos de las ilusiones. Sin ellas no podemos vivir; aun las pueriles son, hasta cierto punto, vitales. Nos engañan, pero nos inducen a obrar, a luchar, y cuando mueren causándonos el consiguiente dolor, está la nueva esperanza allí para reconfortarnos, y a poco, de las cenizas de la ilusión muerta, nace una ilusión viva y lozana, que durará lo que

duresu magia, su poder estimulante de la acción.

No cabe duda: la mentira saludable de la que han visto otros matices que con ella se relacionan, Pirandello, Jules de Goultier, Unamuno y antes de éstos, Schopenhauer, Nietzsche y sobre todo Cervantes, nos hace vivir generalmente el ilusionismo manso, normal, podría decirse, nos induce, aun extraviándonos, a desplegar energías de las que, clarividentes, seríamos incapaces. Lo dramático de las diversas etapas del soñar despiertos radica en que hemos formado con nuestras quimeras el mundo artificial del espíritu con su Olimpo, dioses, monstruos y pautas, y pretendemos someterle la vida, y regirnos por su razón, cuando la vida no acepta más leyes que las que ella misma se dicta para dilatar su imperio y su razón se encuentra en el polo opuesto de la razón del espíritu. Esta nos fuerza contra los engaños de los sentidos, los instintos antagónicos, las pasiones cegadoras, los espejismos arteros, a buscar la realidad, la verdad fuera de nosotros, siendo que la llevamos dentro y que forma parte de nuestra fisiología. Y lo realmente portentoso es que, a pesar de todos los pesares y malgrado que las teorías y los credos, hasta los de mayor formato, son puras imagerías, estas imagine-

rias se acordan armoniosamente, como las notas de una grandiosa partitura a todo lo que hemos soñado e imaginado, formando algo inmenso que, por partes, tiene la consistencia y los contornos precisos de la verdad y la realidad científicas y para nosotros lo son mucho más que las realidades y las verdades de la ciencia, prodigiosas hipótesis en fin de cuentas que hemos establecido para explicar otras hipótesis no menos prodigiosas. Lo peor o lo mejor, me inclino a creer lo último, es que aquel algo inmenso nos planta frente a la naturaleza en actitud rebelde y retadora y nos obliga a modelar con nuestras propias manos el ídolo que luego opera milagros y adoramos de rodillas.

La naturaleza no hace caso para nada de las grandes aspiraciones del hombre. Si no van demasiado lejos las tolera; si al contrario, las aplasta y sigue sus misteriosos designios ¿Pero qué son esas aspiraciones que hacen del hombre el gran revolucionario de la creación? Son plantas de estufa y para que vivan y medren nos ha sido preciso construirnos un invernáculo extraordinario, la conciencia humana. Fuera de ella todo es sometimiento a la despiadada ley natural: los peces grandes se tragan a los chicos, los astros mayores a los menores; todo es sumisión, esclavitud, iniquidad. Dentro del estu-



pendo invernáculo reinan la libertad, la justicia, el amor, la dicha común y cuantas ambiciones la criatura humana ha acariciado. Desde que nacieron nos han forzado a luchar por ellas, interiormente primero, para volcarse, después de fortificadas, sobre el mundo y plasmar a su capricho las realidades auténticas, sustituyéndolas por otras falsas, pero necesarias para los menesteres del vivir o crear otras nuevas. Esta transmutación de la realidad subjetiva en realidad objetiva constituye uno de los grandes milagros de la alquimia cerebral. Sobre ella nada dicen los filósofos. La libertad, la justicia, el amor, la dicha común, que son fiebres, delirios de nuestra ilimitada ambición, no existían ni en la naturaleza ni en las sociedades; y hoy, hasta cierto punto, existen y bregamos por realizarlas totalmente. Soñando nos hemos libertado de las peores fatalidades que nos esclavizaban y puesto a nuestro servicio inúmeras energías naturales, antes adversas. No nacimos para volar y volamos mejor que las aves; no nacimos para nadar y nadamos mejor que los peces; no nacimos para correr a velocidades vertiginosas por tierra, cielo y mar, y lo hacemos. Y bien: todas estas conquistas reales fueron sueños.

La milagrosa transmutación de la realidad subjetiva en realidad objetiva, y la virtud esen-

cial de la ilusión, que estriba en convertir los males en esperanzas e incitarnos a obrar, forman, junto con la otra no menos milagrosa transmutación de las ilusiones en nuestras realidades profundas sobre que ya discurrí, tres etapas álgidas del sonambulismo que vengo estudiando, el cual parte de las imaginерías pueriles que nos extravían sin más; aun dándonos razones de vivir, y rematan en las constructivas, las cuales crean vida a su alrededor y nos llevan por ignorados atajos a engendrar realidades y producir energías durables y actuantes.

De suerte que, si bien se mira, soñando, y eso es lo divino, constreñidos por el engranaje y las necesidades urgentes de nuestras propias fantasmagorías, inventamos millones de cosas materiales y espirituales, creamos otras tantas, salimos de la animalidad, nos hicimos hombres. Luego opusimos audazmente nuestra ley a la ley natural, y lo estupefactivo es que la vamos venciendo y haciendo cada vez más viables nuestras aspiraciones superiores, irreales, arbitrarias, contra naturaleza, como hijas del espíritu que son. No pudiendo legitimarlas como verdades lógicas, las legitimamos como ilusiones voluntarias, y vamos viviendo tan guapamente. Verdad que los mundos ilusorios chocan con los mundos reales; pero ya hemos visto que la

vida nace de la lucha de aquellas ficciones con las realidades y que las vencen disfrazándolas, enmascarándolas, haciendo que sean lo que no son. Y en esta lucha tremenda y desigual, para romper los círculos dantescos de la mísera realidad, hemos creado las ficciones mágicas de la poesía, las letras y las artes; luego las ficciones más rigurosamente lógicas de las filosofías, después las hipótesis prodigiosas y las verdades experimentales de las ciencias, y al mismo tiempo las cosmogonías, los credos, las mitologías, dilatando así infinitamente los dominios del espíritu, de la irrealidad, es decir, de lo contrario a la naturaleza. Y ya aquí llegamos a la cúspide cimera del soñar despiertos: la ilusión, las fantasmagorías, las quimeras, los espejismos, la locura del mortal, en conclusión, es lo que agranda inmensamente los poderes de éste y le da sentido humano y razonable a la vida, que sin aquella locura la vida no tendría, sería puramente vida animal sin creación ni progreso, como la de todos los animales; un estancamiento eterno en la prisión de una forma invariable. Al sonambulismo del hombre se debe el progreso de la humanidad; y ¡cuántos millones de cosas grandes el hombre ha inventado y hecho! Las culturas, las civilizaciones

son sólo pecados contra natura, sueños maravillosos.

Mas así como el proceso ascendente del saber salta de lo arbitrario y caótico a lo preciso y neto, de la irrealidad a la verdad científica, se produce otro proceso a la inversa o descendente, que torna, después de sacarle el jugo vital, a la superchería de donde salió, a cuanto no adquiera el perfil aguileño de la realidad útil o mejor dicho, del poder. Lo que salva al espíritu con sus poderes taumatúrgicos, que aumentan inmensamente nuestro poder real. De ahí que los resortes más poderosos que nos gobiernan sean la cruel voluntad de dominación y la facultad de soñar, que la atempera y humaniza.

¿Qué nos queda de las edades remotas excepto la conquista del fuego que transformó el planeta? ¡Casi nada! Fósiles, que fueron seres vivos; ruinas, que fueron templos; momias, que fueron hombres; estatuas, cacharros y algunos juegos de imaginación. Lo que caracteriza a los tiempos modernos es el vapor como fuerza motriz, la máquina, la electricidad, que en poco tiempo iluminó y revolucionó el mundo más que lo hizo el fuego en miles de años, y sobre todo las metamorfosis inmediatas de los descubrimientos de la ciencia en poder.



Lope de Vega dijo: "La noticia llegará con el rayo" y llega montada en el veloz corcel de la chispa eléctrica. Hemos convertido las imágenes y los sueños de los poetas en hechos derampanantes y energías poderosísimas: la locomotora, la imprenta, el telégrafo, el teléfono, la radio, el avión, el submarino, el automóvil, el ferrocarril, el tranvía eléctrico, el autobús... Ciertos sabios se preparan para emprender el viaje a la luna. ¿Quién osará afirmar con válidas razones que tamaña aventura es imposible? Esa palabra, como tantos *non plus ultra*, no tiene sentido para los inventores y los magos de los laboratorios. Después de las ascensiones a las regiones heladas de la estratosfera y de las excursiones con el telescopio por los mundos de lo infinitamente grande y con el microscopio a los mundos de lo infinitamente pequeño; después de las máquinas que piensan y hablan, de la televisión, y tantos miles de inventos que nos han conferido poderes supremos, todo no es sólo posible sino probable para el hombre sabio y omnipotente del futuro. Y la inmensa trayectoria del gorila al dios de carne y hueso, para quien la naturaleza y el alma no tendrán misterios y que ostentará en la diestra un cetro más fulminador que el de Júpiter, habría sido la obra eternamente inconclusa, sin nuestra divina facultad de soñar.

## LOS GRANDES TIPOS LITERARIOS

DON QUIJOTE COMO ESPEJO DE LO QUE SOMOS. — AL IGUAL QUE NOSOTROS ENGENDRA QUIMERAS Y CORRE TRAS DE ELLAS. — PERO ESAS QUIMERAS, DEL MISMO MODO QUE A DON QUIJOTE, NOS DAN RAZONES DE EXISTIR, OBRAR, PENSAR, INVENTAR.

Después de mis dos ensayos anteriores sobre nuestra propensión a representar lo que no somos, que es una exigencia de la vida social, y la tendencia irrefrenable a ilusionarnos, a crear fantasmas y correr tras de ellos, lo que yo llamo nuestro incurable sonambulismo, que es orgánico, fácil será comprender la tremenda lección que nos da el *Quijote*, la inmortal obra de Cervantes. En efecto, cuanto expresé en aquellos dos ensayos se desprende de lo que la lectura del gran libro, que obtuve como premio, a los 14 años, en unos exámenes, me sugirió e hizo intuir poco a poco. Desde aquella fecha remota he vivido viviendo el *Quijote*. En el pequeño

mundo del colegio, analizando las manías, los complejos, los espejismos, el soñar despiertos de mis condiscípulos, me decía a cada instante: "Convierten los molinos de viento en gigantes, y piensan y obran como el loco caballero". Esta idea de que todos habíamos perdido el juicio o, mejor dicho, de que nunca lo tuvimos, me causó extraordinaria impresión; a poco andar descubrí que los sueños nos hacían obrar; luego dime cuenta que muchas veces se convertían en realidades durables, porque eran lo que ansiábamos con alma y vida; después comprendí que a ellos se debía todo lo grande que había hecho el hombre sobre la tierra, incluso el haber salido de la animalidad; por último, observando nuestro maravilloso sonambulismo, llegué a concluir que lo que le da sentido humano y racional a la vida, es la locura del mortal; que sin ella la vida no tendría. Y en efecto, como creen Schopenhauer y Nietzsche, la vida no tiene finalidad ni explicación; pero el hombre, el ilusionismo del hombre, le da una: la humana prosecución de la libertad, la justicia divina, el bien, y el progreso, cosas todas que no están en la naturaleza, que son contrarias a la naturaleza; y para que puedan vivir esas plantas de estufa, si no fuera de nosotros, donde reinan la lucha sin cuartel, la esclavitud, y la iniquidad, ai me-

nos dentro de nosotros, nos hemos construido un invernáculo prodigioso, la conciencia humana; y ahí sí que existen e imperan aquellas grandes cosas, aquellos grandes sueños; y hasta suele acontecer que, después de robustecidos en aquel invernáculo, salgan al aire libre y se conviertan en realidades, de igual suerte que la alquimia embustera en química, ciencia experimental; la astrología embaucadora, en astronomía.

En un capítulo de *Incitaciones*, titulado "La locura del famoso hidalgo y nuestra locura", Cervantes nos muestra cómo vivimos soñando y oponiendo el mundo ilusorio que llevamos dentro, al mundo de las realidades tangibles, que está fuera de nosotros, y al que vemos según lo deseamos y no como es. Ahora bien, el que hace esto en grado superlativo, el paradigma del iluso es el loco. En efecto, no cabe ser más iluso, más sonámbulo que un loco. La criatura humana, merced a su divina facultad de soñar, mezcla constantemente las ilusiones con las realidades, y a esta extraña mixtura debe el modo de ser, la fisonomía psíquica que la distingue de las demás criaturas. Para el demente el mundo exterior no existe; hace caso omiso de él y vive sólo con sus sueños y nutriéndose de ellos. ¿Pero hacemos acaso otra cosa los de-

más mortales y particularmente los poetas, los artistas, los dramaturgos, los novelistas, los grandes soñadores, en suma, entre los que se podría incluir a los filósofos y hasta a los sabios? No, sueñan; sólo que de sus sueños, de sus quimeras, que muchas veces se truecan en realidades auténticas, vivimos todos. El *Werther*, la célebre novela de Goethe, enfermó a toda una generación; el romanticismo creó la sensibilidad romántica; el simbolismo la sensibilidad simbolista, el darwinismo tuvo influencia mundial. ¿Y qué fueron?; sueños maravillosos.

□ □

Para que la humanidad se vea de cuerpo entero, Cervantes le presenta un espejo que refleja la imagen de un loco, el prototipo del iluso, del sonámbulo, y nos hace ver insistentemente desde la primera página los espejismos que nos engañan, pero que nos hacen vivir. Esto, que es incontestable, me ha hecho considerar el *Quijote* como la expresión literaria más alta de nuestra facultad de soñar y convertir los sueños en realidades. Porque es el caso que la misma locura crea, por un tiempo, vida a su alrededor, como pasa con Don Quijote. La criada, la sobrina, el cura, Sancho, Sansón Carrasco, los duques y cien personajes más, giran en torno a él y él es el

resorte que los impulsa a obrar y tomar parte en sus descabelladas aventuras.

Y estas aventuras de Don Quijote, desde la primera a la última, van declarando que oponemos nuestro mundo de ficciones al mundo real, que no vemos las cosas como son, sino como deseamos o queremos que sean. ¿Y cómo habíamos de verlas tal cual son, si entre nosotros y ellas se interponen nuestras pasiones, intereses, ideas, y mil reactivos más que las atacan y deforman constantemente? Cien personas ven un paisaje y las cien personas lo ven de un modo diferente, y sin embargo la realidad es la misma. Esta deformación o alteración de la realidad es lo que, exagerando para que se vea mejor, nos muestra el *Quijote*. La universalidad de la obra finca no sólo en que cada uno de nosotros sea mitad Quijote, mitad Sancho, sino principalmente en que el gran libro es la expresión maravillosa del incurable ilusionismo que padecen todas las criaturas y que las hacen hermanas a todas. Chico o grande, pobre o rico, sabio o lego, no hay quien no viva soñando. No hay aventura, ni peripecia, ni episodio, ni personaje en el *Quijote*, que no nos enseñe eso. El buen Sancho encarna algo así como la razón que perdió el caballero tres veces loco; primero por serlo,

Cada poeta se cree un genio, cada violinista un Paganini, y esa creencia, generalmente infundada, esa ilusión falaz, pero que tiende el arco de la voluntad, los hace vivir y obrar; el poeta, hasta que se muera seguirá lanzando poemas a los cuatro vientos; el violinista, hasta estar en las boqueadas continuará rascando tripas. La realidad, la verdad es que no tienen talento, pero esa certeza no les sirve para nada; la mentira, en cambio, los impulsa a luchar, y aun siendo mentira, estimula la vitalidad y el dinamismo de cada uno de aquellos ilusos. Cuando Don Quijote recobra el juicio y pierde su locura, es decir, pierde la facultad de ilusionarse, muere. Y he aquí otra de las tantas acertadas de Cervantes. Al que deja de ser un loco soñador de quimeras no le queda otro camino que irse de este mundo, por la sencilla razón de que, sin forjarse ilusiones, o razones de existir, obrar, pensar, nuestra vida se nos hace irrisoportable.

Desde las primeras páginas de *Don Quijote*, Cervantes nos muestra al famoso hidalgo oponiendo el mundo ilusorio al mundo real. Los libros de aventuras caballeriles le han hecho perder el relativo juicio que tenía y caer en la más extraordinaria locura. Quiere imitar la vida de los estrambóticos héroes de aquellos novelo-

nes; quiere ser caballero andante y acometer *realmente* las estupendas aventuras que los Amadises y los Galaores sólo realizaron *imaginariamente*. Y en tales pensamientos limpia y afila la enmohecida lanza y la tizona, pergeña sus arreos de guerra y se viste con ellos, ensilla el flaco rocín, que se le antoja brioso corcel, y sale gozoso por los campos de la Mancha a correr descomunales aventuras y ejercitar la fuerza de su brazo y la fortaleza de su ánimo en deshacer agravios, enderezar entuertos, corregir abusos, proteger al inocente y al débil, perseguir al malandrín y establecer en todas partes la razón y la equidad, que él veía muy malparadas, en lo cual acertaba; y haciéndosele el campo orégano, como hacemos nosotros cuentas alegres persiguiendo las quimeras que no cesamos de engendrar, decía: "Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro". Y ya da por realizados Don Quijote sus sueños, exactamente como hacemos nosotros, y va por los polvorientos caminos de Montiel soñando despierto y dándose de testarazos con las realidades que topa; va con su idea fija como en el mundo cada criatura con su quimera.

segundo por enamorado, que constituye otra forma de aguda, aunque divina locura, y tercero por ser absolutamente desinteresado, cosa desconcertante, siendo el hombre puro egoísmo, gravitación sobre sí; por lo cual resulta el absolutamente desinteresado un loco de atar, y cuerdo el absolutamente interesado..., mientras los intereses no los hagan soñar; que es precisamente lo que le pasa a Sancho. Así que Don Quijote le hace bailar ante los ojos el gobierno de la ínsula y excita su concupiscencia, Sancho se torna tan iluso como el amo. Lo cual prueba que los que se creen prácticos y positivos viven soñando, como los demás viven engendrando fantasmas y corriendo tras de ellos. Pegan un salto del carronismo radical al ilusionismo agudo. Y éste es otro grande acierto de Cervantes.

¿Por qué deforma las realidades Don Quijote y vive viendo visiones? Porque entre él y las cosas se interponen los libros de caballería, que le han turbado el juicio y lo obligan a pensar y sentir al modo estafalario de los caballeros andantes. ¿Por qué se torna loco Sancho? Porque entre él y las cosas se interceptan las ambiciones, los apetitos, el burdo materialismo, que le hacen soñar con ínsulas,

ducados y hasta coronas, y creerse capaz de grandes empresas, siendo un pobre patán.

Ahora bien, en ese adaptar nuestro mundo ilusorio y cambiante al mundo real, inmutable, radica precisamente la brega del vivir.

A este Quijote y a este Sancho, que desde tiempo inmemorial estaban como diluïdos en el arcano de la condición humana, el genio de Cervantes les dió contornos precisos e hizo patentes. Al contemplarlos nos reconocemos, nos vemos sorprendidos en nuestras actitudes mentales más íntimas. Cada nueva generación los mira y se ve; y ve en ellos cosas que la generación anterior no había sospechado siquiera. El famoso hidalgo y el no menos famoso escudero están mezclados a nuestra propia existencia, forman parte principal de nuestra familia, *son nuestros verdaderos antepasados porque han vivido en cada uno de ellos*. Vivir, pues, consiste en inventar fantasmagorías más o menos durables, más o menos estimulantes de la acción humana y oponerlas a las realidades. ¿Y cómo pueden vencer las fantasmagorías a las realidades? Y bien, disfrazándolas, haciendo que sean lo que deseamos o nos conviene, y no lo que son. Todos, unos más, otros menos, nos juzgamos dotados de facultades extraordinarias para tal cual menester.

tructivo de las ilusiones y que éstas, los sueños, los espejismos, la locura del mortal, en suma, es lo que le da un sentido humano y razonable a la vida. Es asombroso que la locura sea lo que le da sentido humano y razonable a la vida, y, sin embargo, es así.

¿Cómo una mera, una burda ficción puede trocarse en verdad, en realidad incontestable, que a veces dura siglos? ¿Cómo la mentira nos sirve para vivir y la verdad generalmente no? ¿Por qué ofrecemos la careta, la máscara del yo profundo a fin de comunicarnos, y no la cara de ese yo impenetrable para nosotros mismos? He ahí, con otras cosas más, lo que traté de dilucidar, aunque simple pecador, en mis libros de imaginación, de literatura filosófica, conferencias y ensayos.

El subjetivismo del conocer y particularmente el del obrar; la extraña condición humana, nuestro sonambulismo, nuestro histrionismo, me han preocupado y apasionado desde la niñez. Las sugerencias me venían no de los filósofos —representan siempre la comedieta del saber— sino de la vida misma y de los libros de imaginación como *Don Quijote*, las novelas de Stendhal, Dostoiewski, Tolstoi. Y como buscaba tenazmente, algo encontraba. El año pasado publiqué *Incitaciones*, donde analizo, particu-

larmente en dos ensayos: "Soledad, fiel compañera" y "Don Quijote", ciertos aspectos de nuestra tendencia a hacer comedias y representarlas. Recientemente teatralicé y se representó *El Burrito Enterrado*, inspirado en un episodio de *El Terruño*, que acentúa esta verdad: para vivir es necesario que cada uno tenga su burrito enterrado, es decir, su ilusión fecunda, la cual suele ser, en efecto, sólo un burrito, una patraña cualquiera. Y lo que digo ahora, aparte del análisis del *Quijote*, se encamina a resolver, en la medida de mis fuerzas, este problema tampoco enunciado todavía y que considero fundamental: ¿qué vale el conocer, y hasta qué punto podemos prestarle crédito, si el que conoce deforma las realidades y las verdades hipotéticas que conocemos; si el que conoce ve el mundo al través del velo cambiante de sus necesidades, inclinaciones, ideas; y si el mismo cambia constantemente hasta el punto de negar hoy lo que afirmaba ayer, más aún, de ver hoy lo contrario de lo que veía ayer? El sonambulismo de las criaturas complica los más fundamentales problemas de la filosofía, que son el problema del conocimiento y el de la personalidad, los cuales, y esto lo embrolla todo, no pueden deslindarse como antes se creía. El filósofo que piensa no nos da ni puede darnos

Cervantes sabe a ciencia cierta, desde que Don Quijote empieza a limpiar las armas y da por buena la celada de cartón sin querer ponerla a prueba de miedo de hacerla añicos de un mandoble, como lo hizo en el primer ensayo, que opone la ficción a la realidad, lo que dará pie a muy cómicas peripecias; pero también sabe o siente primero y sabe a poco andar, que el delirio de grandezas y las extraviadas imaginaciones del paranoico se parecen extrañamente a las ordenadas, rigurosas y fantásticas imaginaciones del hombre cuerdo. En saberlo y habérselo mostrado con sus múltiples secuencias, encarnada en una exclusiva y prodigiosa creación de la fantasía suya, sólo suya, finca el principal mérito de Cervantes. Don Quijote no tiene antecedentes como Hamlet y Fausto, por ejemplo, ni en la literatura ni en la realidad. Es un personaje totalmente inventado, el más inventado de los personajes novelescos y al mismo tiempo el más real y universal. Todos somos ilusos en mayor o menor grado, todos vamos por el mundo con nuestra imaginación como en el manicomio cada loco con su tema, sólo que el tema del loco es invariable y nuestras ideas fijas o alucinaciones cambian; muere una y otra la reemplaza, por manera que, a ese respecto, nuestra locura sería más aguda

que la del loco si no fuera que el vivir soñando nos hace convertir a veces los delirios en realidades durables. Por eso la condición humana es tremenda y maravillosa. Por un lado vemos las cosas como las deseamos y no como son, lo cual nos convierte en fantasmas dentro de un mundo fantasmagórico, y por otra trocamos las fantasmagorías en verdades científicas, artes, industrias, culturas, civilizaciones.

Y aquí se me presenta un arduo problema no planteado todavía, del mismo modo que no han sido estudiadas ni enunciadas las verdades y las vislumbres que vengo exponiendo. Calderón dijo "que toda la vida es sueño y los sueños sueños son". En esto último erró; los sueños se convierten en realidades. Shakespeare aseveró más hondamente: "Nosotros somos hechos de la misma tela que nuestros sueños". Y en su deliciosa fantasía *Sueño de una noche de verano*, se dice algo aquí y allá de nuestro ilusionismo y hasta nos muestra a Titania, enloquecida por Cupido, acariciando una cabeza de burro; la ilusión no suele ser otra cosa. Pero sólo Cervantes mostró con casi todas sus secuencias las maravillas de nuestra facultad de soñar, aunque no vió, como no vieron Shakespeare, Calderón ni ningún poeta ni ningún pensador antiguo o moderno, el carácter cons-

el pensamiento puro; no nos da la verdad, sino modestamente su verdad, y su verdad es la expresión de un temperamento, de igual modo que la obra poética o la novelesca. Esto no les place a los filosofoides que se imaginan candorosamente que filosofar es repetir textos salidos de otros textos, que arrancan de otros textos. No, al contrario, la filosofía es creación; con cada filósofo, como con cada artista original, nace un mundo nuevo. El que no tenga sensibilidad e imaginación filosóficas, por más que sepa, sólo será un disco, un dómine pedante. Tendrá la ciencia, pero le faltará el don y la gracia. Y vuelvo a preguntarme: ¿qué vale el conocer y hasta qué punto podemos prestarle crédito? Sabemos millones de cosas que no sabía el hombre recién salido de la animalidad; por manera que no a nuestra ciencia, sino a nuestra facultad de imaginar debemos el haber dejado de ser gorilas y el haber inventado las ciencias, las artes, las industrias. El saber nos sirve muy eficazmente para obrar con discernimiento y vivir inteligentemente, pero la inteligencia no abarca sino una parte mínima de la vida; sola no sirve para dirigirla; detrás de la inteligencia están los instintos, las pasiones, los apetitos, las voluntades oscuras que la gobiernan en gran parte y de donde salen

las fuerzas creadoras, sin las cuales hoy mismo, a pesar de todo lo que sabemos, no habría invención ni progreso y nos cristalizaríamos, si no retrogradásemos, en el rígido molde de una forma, que, en última instancia, rompería la vida porque ésta no admite ninguna forma eterna; las rompe a todas y pasa, precisamente porque es perpetua creación.

Con razón decía Nietzsche: "La inteligencia es la mano de la voluntad"; en efecto, deseamos, e ipso facto nos fabricamos la moral adecuada para satisfacer nuestro deseo. En conclusión, la inteligencia, malgrado sus limitaciones y fines utilistas, que llegado el caso se transforman en puro ilusionismo, nos presta enormes servicios, aunque no tantos como la facultad de soñar y convertir a menudo los males en esperanzas, los sueños en realidades. Es una excelente práctica de higiene mental recordarlo. Los espíritus positivos, que en el fondo son muy quiméricos, y los filosofoides a quienes comúnmente se les agría y cuaja la leche del saber, lo olvidan, mejor dicho, no lo saben, y por eso nunca ven más allá de sus narices.

Pero volvamos a Don Quijote. Desde su primera salida vemos un mundo quimérico, disparado de la fantasía de Cervantes, que corre a



estrellarse contra el mundo real. Este choque da pábulo a todas las peripecias y aventuras del famoso caballero, aventuras y peripecias que difieren de las nuestras en grado, no en esencia. El es loco de remate y nosotros, a medias; tenemos manías, viarazas; cometemos locuras increíbles y de la misma manera que el loco oponemos nuestras imaginерías a las realidades. Del choque brota la vida de cada criatura porque el vivir, lo repito, es la lucha encarnizada entre nuestro mundillo y el mundo, entre nuestro ingénito y maravilloso sonambulismo y las realidades, y Don Quijote es el símbolo puro, la encarnación perfecta de la condición humana, que nos induce a forjar ilusiones, a engendrar fantasmagorías y hacernos sumisos esclavos de ellas.

Sigamos al famoso caballero cuando "tan contento que el gozo le reventaba por la cincha del caballo", echa a andar muy de mañanita por los caminos de Montiel, buscando caballeriles aventuras, y allá, al doblar la tarde, medio muerto de hambre y cansancio, divisa una venta. Pero entre él y ésta se interpone el fabuloso mundo que la lectura apasionada de los libros de caballería le ha inducido a sustituir al mundo real. Lo mismo hacemos nosotros. En seguida que ve la venta, Don Quijote la

transforma en castillo; el cuerno que suena un pastor para reunir su ganado, se le antoja el toque de trompeta que anuncia la llegada al castillo de los caballeros andantes; toma a las mozas alegres, que están a la puerta de la venta y lo miran atónitas, por pintiparadas duquesas y les habla como a tales; a pesar de su aspecto y socarronerías, cree que el ventero es el alcaide de la fortaleza; y, suprema ironía, se hace armar caballero por el que ha estado a pupilo en todos los presidios de España.

Y a pesar de que las realidades están allí dándole mil irrefutables testimonios de lo que son, Don Quijote las desnaturaliza, les pone el vestido que conviene para interpretar los personajes de su quimera y ajusta cuanto ve a las necesidades escénicas de ésta. Don Quijote, exactamente como nosotros, opone a la verdad su verdad, y representa, porque al igual de todos es actor, la fantástica pieza que se desarrolla durante la vida de cada uno y en la que intervienen todos los fantasmas de sus antepasados y todos los espectros de sus anhelos, esperanzas, odios, amores, recuerdos, ideas... Esta pieza, que se compone de miles de escenas e infinitos actos, da principio cuando nacemos y termina cuando morimos y se desarrolla en un escenario inmenso, la conciencia y el incons-

ciente de cada persona, donde se dan más comedias, dramas, tragedias y también farsas en un solo día, que se han representado en todos los teatros juntos del mundo desde que nacieron hasta la fecha.

Las aventuras de nuestro hidalgo en la venta son como un compendio de la obra, de lo que ésta será en su esencia. Página a página Cervantes nos muestra lo que él llamaba "el engaño a los ojos", o sea el ilusionismo y el histrionismo de los mortales; es decir, su sonambulismo, que abarca histrionismo e ilusionismo: ingénita tendencia a soñar y representar. Más que tendencia es función orgánica, como la del hígado secretar bilis. No podemos vivir sin secretar ilusiones y representar tragicomedias. Esa es nuestra misión en la tierra, nuestra divina locura y nuestra razón de existir.

¿Tuvo barruntos Cervantes de que es la locura del mortal lo que le da sentido razonable y humano a la vida? ¿Sospechó que las artes, las letras, las industrias, las ciencias, las culturas, las civilizaciones fueron, en sus orígenes, sueños y desvaríos? ¿Adivinó que las ilusiones embusteras, pero forjadas con los anhelos más hondos y las ansias más plenas del alma son nuestras realidades profundas? No sería imposible, ya que algo de eso, no todo, trasunta la

lectura reflexiva del libro. Mas no cabe duda que vió, aquilató y escudriñó apasionadamente las relaciones estrechas, el cercano parentesco de nuestra locura con la locura de Don Quijote. Tanta porfiada insistencia en mostrarnos los diversos aspectos del "engaño a los ojos" no fué fortuita ni inconsciente; al contrario, Cervantes intuye al principio y sabe después a ciencia cierta lo que está haciendo; conoce nuestra natural tendencia a vivir componiendo comedias y representándolas; vislumbra la necesidad perentoria de ocultar lo que somos y fingir lo que no somos para comunicarnos y hacer posible la vida social, que es puro convencionalismo y embuste. No sólo necesitamos mentir y engañar y que nos mientan y engañen, sino que adrede nos mentimos y engañamos nosotros mismos porque así cuadra a la pieza que estamos representando. No escuchamos las advertencias de nuestro sentido común, de nuestro Sancho, como el espiritado caballero no oye las sesudas palabras de su escudero advirtiéndole que se le antojan gigantes de descomunales brazos, lo que son sólo molinos de viento; pero al caballero, como a nosotros, no le hace falta la realidad verdadera, sino la necesaria para los fines que se propone, y arremete lanza en ristre contra los moli-

nos. Vencido y maltrecho, no atribuye el desastre a su error, sino a la mala voluntad de un hado enemigo. De parejo modo procedemos nosotros. Nos damos de las caídas y derrotas que padecemos, la explicación que más nos consuela.

Sancho no cree que los molinos sean gigantes, ni los rebaños ejércitos, ni la bacía del barbero el yelmo de Mambrino; pero en cuanto se interponen entre él y la realidad sus apetitos, se le evapora el sentido común, el práctico, el buen sentido, y cree en las ínsulas, los condados y hasta los reinos, que Don Quijote no deja de hacerle bailar ante los ojos, y se siente gobernador y hasta príncipe. Infalliblemente así obran los Sanchos. El hacer también alucinados a los hombres prácticos, fué otro gran atisbo de Cervantes. Los Sanchos tienen por locos a los Quijotes, y sin embargo los siguen y parodian, siendo su sonambulismo más insólito y estupendo puesto que disfrutan de sano juicio. Sancho, a pesar de su sancho-pancismo, es un loco soñador de quimeras, como todos los cuerdos, y Don Quijote, aunque recobrase la razón, continuaría creandó fantasmagorías a menos que se muriera, como acontece en la obra. Habiendo perdido el poder, el inmenso poder de ilusionarse, no puede vivir,

no tiene nada que hacer en este mundo al que venimos para forjarlas, acrecentar el acervo común de ellas e irnos con la música a otra parte. Don Quijote, en realidad, entrega el alma cuando ya le ha entregado a las Parcas la facultad de soñar.

Lo mismo nos pasa a nosotros: estamos muertos realmente cuando ya no podemos forjar mitos, espejismos que son siempre estimulantes de la acción, razones de existir. Parece triste, a primera vista, que la conducta humana tenga por fundamento cosa tan deleznable como lo son las supercherías; pero consuela que de esas supercherías salgan luego los prodigiosos inventos del mortal.

Como Don Quijote va el hombre, desde que nació, por los agrios caminos de la vida, luchando contra el orden natural de las cosas e imponiéndole su ley arbitraria al mundo, a la naturaleza y hasta al cosmos, puesto que cada vez lo penetra y domina más. ¡Existencia milagrosa! Un microscópico ser, habitante de un microscópico globo, perdido en el espacio infinito entre millones de otras esferas que lo harían polvo al primer choque, le arroja a cada instante el guante a las estrellas y osa medirse con el universo entero. Y los rayos de Zeus no lo fulminan. Ha inventado el pa-

rarrayos; la chispa eléctrica es su esclava, las fuerzas naturales lo sirven sumisas; corre a velocidades vertiginosas, vuela más alto que los cóndores, desciende al fondo del mar y lo escudriña; oye las voces celestes, fabrica aparatos prodigiosos con los que penetra todos los misterios, descifra todos los enigmas y vence a todos los dioses. En vez de vivir temblando ante el destino, ahora el destino tiembla ante el hombre.

Y sin embargo el hombre, esa paradoja estupenda de la creación, ese Quijote soñador de quimeras, es sólo un fantasma en un mundo fantasmagórico, que ha creado él como se ha creado a sí mismo. Pero ese fantasma trueca, por artes prodigiosas, la razón física de leyes inexorables en razón mística; parte de lo ilusorio, y encuentra lo real; busca patrañas y descubre verdades profundas; sueña, y convierte los sueños en estupendas invenciones.

Digámoslo sin tímidas reservas. Lo que le confiere al pobre mortal inmensos poderes es su maravilloso sonambulismo. He ahí la varita mágica que transforma la realidad bruta de las cosas en cosas divinas.

## MAR DE FONDO DE LA CRISIS MUNDIAL

### I

EL HOMBRE HA DEJADO DE SER LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS. — EL HOMUNCULUS QUE HA CREADO SE VUELVE CONTRA SU CREADOR. — EL CAOS DEL MUNDO ES UN REFLEJO DE NUESTRO PROPIO CAOS. — EUROPA O LA BARBARIE.

Al volver a mi país tras larga ausencia, me ha sorprendido grandemente la tranquilidad y el optimismo respecto a los problemas de la era industrial, que aquí se respira y contrasta con la tribulación europea. Sufrimos económicamente, financieramente, pero el alma y el espíritu no sufren. Allí la inquietud de los gerifaltes de la política y los hombres dotados de órganos perceptores más finos, es zozobra, angustia, alta fiebre y a veces desaliento profundo, al considerar que los conflictos del confuso mundo actual lejos de resolverse se intrincan y

multiplican. Quizás se ataca el efecto y no la causa. Después de la sangría abierta de la guerra, la desazón y el desencanto han ido creciendo. La sangre no ha dejado de correr. Las pócmas y los menjunjes de los galenos de la cosa pública no han dejado de fallar. Todos sienten que el suelo tiembla, que viven sobre un volcán y que en el cielo se amasan las tormentas. Entre tanto nosotros parecemos vivir en el mejor de los mundos. No seré yo, seguramente, quien aconseje el temor o el pesimismo, pero me parece que no estamos al cabo de la calle, que no nos damos exacta cuenta del significado y alcance de la revolución mundial, revolución, antes de nada, del alma, del espíritu y la conciencia, por lo cual afecta a todo el hombre, a todas sus creaciones, a toda la civilización. El optimismo inconsciente es ceguera, insensibilidad; no actitud precavida y valerosa. No da el grito de alerta, ni permite preparar la grande nave del Estado, ni la diminuta nave de cada individuo, para capear el temporal. Y el temporal sacude nuestras puertas. Nos viene rugiendo del resto de la tierra.

En momentos de tan intenso dramatismo sería por lo menos superfluo discurrir sobre la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente, o las mónadas de Leibnitz o las cate-

gorías de Aristóteles. Todos los materiales del conocimiento filosófico anterior a esta época, son como los bloques colocados de la enorme pirámide que hemos ido elevando. Ahora tenemos que poner otros bloques, y por último la piedra de cuatro filos, y una punta que coronará la pirámide e indique el acabamiento de una cultura y la urgencia de empezar otra. Ahí hemos llegado, y es fuerza crear las nuevas tablas de valores que pide la vida actual. Yo quisiera sugerir la perentoria necesidad de abrir los ojos del cuerpo y del alma, a fin de ver claro dentro y fuera de nosotros y estar prontos. Esta es la verdadera actitud del hombre moderno; pero estar prontos significa saber cabalmente, o al menos sentir lo que hoy somos, lo que queremos, y poseer cierto sentido del futuro. Una vislumbre del destino humano.

Estamos atravesando el momento más trágico y grandioso de la historia. El mundo es un caos, y ese caos entenebrece todos los ámbitos de él, y se ha infiltrado hasta en las conciencias más simples. No tiene una causa, sino miles de causas de múltiple raigambre, lo que aumenta en grado superlativo su complejidad, su impenetrable

maraña de misterios. El político ve sólo el fenómeno político, un ángulo del campo óptico; y lo mismo le pasa al economista, al sociólogo, al filósofo, al sacerdote, al comerciante, al obrero... No hay pupila, por telescópica que sea, capaz de abarcar la totalidad del caso, que por añadidura es cambiante, fugitivo, y se presenta cada día con matices distintos. Nadie sabe, ni puede barruntar siquiera, lo que va a sobrevenir. En lo futuro, ¿predominarán las potencias de las tinieblas sobre las potencias de la luz, los titanes sobre los dioses? ¿Va a peligrar la civilización occidental, *substractum* del saber, el poder y los preciosos tesoros del hombre? Lo ignoramos.

El fabuloso equilibrio de antagónicas fuerzas que constituía esa civilización, la única viva, la más grande de todas porque fué más allá que todas las otras juntas en el dominio de la naturaleza, en arrancarle a la tierra sus secretos y al cielo sus chispas divinas; la más rica de conciencia también porque ha resuelto y sigue planteándose el mayor número de audaces problemas, vacila, se desorganiza por la sencilla razón de que aquel fabuloso equilibrio se ha roto, las fuerzas que lo componían chocan entre sí y dan pábulo a desesperadas crisis. Crisis económicas, que determinan mil otras crisis fi-

nancieras, políticas, morales; crisis de la libertad, la autoridad, la confianza; dramática ruptura del presente, de todo el presente, con el pasado, con todo el pasado y en todo orden de cosas; y lo que es más grave y cargado de infinitos males, crisis del espíritu, la única cosa que, después de las grandes hecatombes, del hundimiento de las culturas, de las ruinas de las urbes, del diluvio destructor, del tiempo en que las civilizaciones se ahogan, queda, como el arca de Noé, flotando sobre las aguas. ¡Qué enorme drama! Es como si las mutuas atracciones que ejercen los cuerpos celestes unos sobre otros y los mantienen a distancia impidiéndoles precipitarse en el vacío o estrellarse, hubieran cesado bruscamente y entraran en patético conflicto.

Así en el mundo. La anarquía es total. No sólo las doctrinas, los credos, las ideas, los intereses, las apetencias de los pueblos entablan lucha, sino que en el fuero interno de cada hombre, los instintos, los ímpetus, los sentimientos levantan pendón de guerra y se disputan el dominio del alma. Y para agravar la situación, los espectros de la miseria, el dolor, la guerra, la barbarie, irguiéndose espantables en el horizonte por donde se broncea el sol.

Y caso paradójico: esto acaece precisamente

cuando el poder y el saber del hombre son casi inconmensurables. ¿Por qué? Quizás las ilusiones constructoras de mundos mágicos —la civilización entera es un artificio, un estado contra natura— nos han llevado demasiado lejos. No hay que olvidar la sentencia del viejo Paracelso: “Aquel que en cualquier orden de cosas pasa la medida, cae en la desesperación”. Quizás por aquella famosa ley de los contrastes del aun más viejo Heráclito, hartos de las trabas y maneas del apolónico orden, caemos en el dionisiaco desborde. Acaso sufrimos de una neurosis colectiva provocada por el desacuerdo profundo entre nuestros impulsos de aves de rapiña y las reglas morales que se oponen a su satisfacción. Acaso el mundo burgués, entre otras fallas, muere por no haber sabido convertir la riqueza en libertad y justicia, que era su alta misión, y su voluntad, si no expresa, implícita. Tal vez las fuerzas revolucionarias o las conservadoras o las económicas han desbaratado el plan establecido por la experiencia de los siglos. Tal vez sabemos demasiado. Es lo más probable. El instinto de conocimiento, que en la filosofía nietzscheana destruye las ilusiones favorables a la vida creadas por el instinto vital, pero sólo para darle a éste pie y ocasión de crear otras nuevas, parece haber vencido defi-

nitivamente a su adversario. Hemos perdido, entre tantas conquistas, el inmenso poder de ilusionarnos. ¡Tremenda calamidad! Conocemos los secretos de nuestro propio y divino juego. La ciencia, en sus grandes construcciones, se nos convierte ante los ojos espantados en ínfimas hipótesis; la filosofía en curiosas imágenes, espirituales expresiones de un temperamento dado; el arte en aladas ficciones. La verdad, el pensamiento puro, la cosa en sí, soportes en los cuales nos apoyamos, no existen, no han existido nunca, son puros aunque grandiosos espejismos. El mundo real existe, lo palpamos, pero lo concebimos de una manera distinta a lo que es, lo descomponemos para asimilarlo en series de sensaciones, representaciones, símbolos. Esa complejísima operación de los sentidos, merced a la cual el mundo exterior entra en nosotros, nos parece sencillísima, y es un prodigio de alquimia cerebral. La realidad bruta de las cosas no cabe en el cerebro; éste no ingiere una catedral, un panorama; lo que ingiere son las impresiones, las apariencias de las cosas, que se convierten en imágenes, obligándonos a trabajar sobre esencias espirituales, no sobre realidades. Aumenta el subjetivismo del conocer, que es relativo, y del obrar, que es completo, el que la inteligencia, formada en la

búsqueda del lado útil de las cosas, ponga entre éstas y nosotros un velo utilitario, que orgánicamente, sin designio preconcebido, no nos permite ver el mundo tal cual se ofrece a la vista, sino como a nosotros nos conviene que sea. Siempre nos formamos la moral adecuada a nuestra fisiología, intereses, anhelos. Un pueblo de sacerdotes se fabrica una moral de sacerdotes; un pueblo de guerreros una moral de guerreros; un pueblo de industriales una moral de industriales. Lo que no nos interesa no lo vemos siquiera, no entra en nuestro mundo perceptible. La inteligencia, a mayor abundancia de razones, es sólo la mano de la voluntad. Deseamos, e incontinenti nos construimos la ideología apropiada a la realización del deseo. El que quiera saberlo a ciencia cierta que se observe y observe a los demás. Hará descubrimientos que lo llenarán de asombro. Constatará que absorbemos el mundo o lo proyectamos, que pasa al través de nosotros y toma los contornos y los colores de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. El hombre no puede salir de la cárcel de sí mismo, pero las proyecciones de su yo son inagotables y se materializan en multitud infinita de descubrimientos, construcciones y creaciones. "El mundo es la prolongación de nosotros mismos" y lo percibimos como re-

bote de nuestro yo. Somos ante lo exterior como dos espejos cambiando sus imágenes, cambiando sus reflejos. La conciencia de este integral espejismo, que de diversos modos y por distintas vías han hecho más patente Nietzsche y Bergson en la filosofía, Einstein en la ciencia, Freud en la psicología, Proust en la literatura, nos llena de dudas, y hace que nos sintamos como sin suelo, sin norte y desamparados en un mundo fantasmagórico.

En verdad, sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse, aparentemente al menos —ya veremos cómo no es enteramente así—, que el hombre, y tal acontece gracias a ese fuego fatuo que lo guía y que el ufano llama la razón. ¡Pobre razón! Los sentidos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desoladas criaturas ven, oyen, piensan y quie-



ren, a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y arteros. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía por casco, la celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre, las mozas de partido por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras el ideal, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es la zafia aldeana Aldonza Lorenzo (1).

La realidad presente huye delante de nosotros, y cuando creemos asirla se desvanece como un fantasma; uno de los tantos fantasmas que incesantemente engendramos. De ahí que nos sea imposible creer en nada, porque nada resiste a nuestro análisis furibundo. Nuestro poder de destruir, sobre todo espiritualmente, corre parejo con nuestra facultad de construir suntuosos palacios ideológicos, que habitamos durante una temporada de verano y abandonamos luego para siempre. Sabemos que

los edificios son preciosos arabescos del gran mago que llevamos dentro sobre el cañamazo del mundo. Los dogmas, los credos, las verdades, que antes nos sostenían, han perdido su mágica virtud. ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido algo extraordinario y que explica, a mi entender, el desorden y la confusión reinantes; el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas. Ahora los sucesos son más grandes que él, van más ligeros que sus previsiones y lo desbordan. Ha dejado de imprimirle el ritmo de su inteligencia y su corazón a las inmensas energías de que dotó a la civilización, y éstas se desmandan y entran en conflicto, exactamente como le pasa al individuo cuando deja de gobernarse y se anarquiza.

El caos del mundo es un reflejo fiel de nuestro propio caos.

Las impetuosas mareas de la vida han derribado las murallas y los diques del orden racional, si es dable llamarlo así, y nos arrastran mar adentro. Como el doctor Fausto, la humanidad ha fabricado en los matraces y retortas de sus fantasmagorías un homúnculus prodigioso, que se llama civilización industrial. El juguete, fértil como el progenitor en invenciones y sortilegios, ha adquirido terribles potencias; posee una voluntad incoercible y contradictoria, vivo trasunto de la nuestra, que no alcanzamos

(1) *Diálogos Olímpicos*, por Carlos Reyles.

a discernir; se insubordina y amenaza a su creador.

¿Qué hacer?; ¿volver atrás, echar máquina atrás y servirnos de las viejas normas que nos dieron antaño una finalidad y una razón de existir? Imposible. Para ello sería necesario primero borrar con el codo lo que escribimos con la mano, olvidar lo que pensamos, lo que sentimos, lo que somos, y reducir además considerablemente el número de habitantes del globo. No se muda de civilización como se muda de casaca. La civilización es como una majestuosa escalera. Cada peldaño indica un sentir y un pensar, un modo peculiar de concebir la vida y el conocimiento. El hombre actual está en el último peldaño y forzoso le es contemplar el panorama del mundo desde él y vivir su tragedia. Cada época crea la tabla de valores necesaria para la vida que está viviendo, y ésa es precisamente su alta función. Contra lo que se ha dicho dejándose llevar por similitudes superficiales, el pasado no se repite jamás. Aunque en el fondo acaezca lo mismo, el sentido es distinto y ese solo hecho lo trastrueca todo. Cada día todo es nuevo bajo el sol. No cabe regresar. No podemos detenernos. Tenemos que seguir creando, que seguir adelante empujados por el torrente irresistible de la vida, hasta descifrar

todos los enigmas de la Esfinge, hasta agotar las posibilidades que nos ofrece el destino, hasta destruir tal vez lo que hemos creado en tantos siglos de sobrehumano esfuerzo.

□

□

La realidad, la verdad que afiebrados buscamos a fin de tener un punto de referencia, un poco de tierra firme, un dios en el cual apoyarnos, está dentro del hombre mismo, y finca en su voluntad de dominio, de la cual es prolongación, no cosa opuesta a ella, aunque no se haya dicho la voluntad de conciencia, mundo donde no reina la ley del cosmos, sino la ley del hombre, empeñada en establecer el reino de la libertad, la justicia y la dicha, en el imperio mismo de la iniquidad, la esclavitud y el dolor.

La naturaleza desconoce la libertad y la justicia humanas: es tiránica jerarquía, sumisión, obediencia ciega de las energías débiles a las fuertes. Los peces grandes se tragan a los pequeños y los astros mayores a los menores. Pero el hombre se rebela. Desde que sale, por su solo esfuerzo, de la animalidad, lucha a brazo partido contra la naturaleza para someterla. En lugar de obedecer quiere mandar; en vez de esclavo pretende ser tirano. Su grandeza

"El mamífero metafísico le ha hecho a la creación una jugarreta parecida. A fin de romper el círculo mágico de la norma natural, del que no pueden salir los seres ni las cosas; a fin de libertarse de las tiranías de la materia, que no lo deja despojarse de la vestidura animal y satisfacer sus ansias de escalar los cielos, el hombre le arroja el guante al Destino, se encastilla en el alma, eleva sus fiebres y crea artificialmente, dentro de sí también, la temperatura moral que producirá luego el portento de una libertad y una justicia propias, el prodigio de una conciencia, el milagro de un mundo en el que no manda la cruel voluntad del universo y donde el primate libertado campa por sus respetos y vive como un rey en su reino. Y como el vertebrado, protegido por su temperatura, subió hasta el hombre, éste haciendo escudo de su conciencia, asciende hasta los seres de esencia divina y se dispone a enseñorearse del Olimpo" (4). 5

El saber cuál es la condición intrínseca y los límites del ser humano nos inducirá a no exigirle más de la cuenta y evitar las contradicciones en que incesantemente caemos. La humanidad ha ido acumulando contradicciones. La crisis actual es, en buena parte, la suma de

las contradicciones pretéritas y la causa, acaso, de que el hombre no sea la medida de todas las cosas. El signo del tiempo es el airón del des-acuerdo interno. Las doctrinas, los hechos, los fenómenos de nuestra época no están de concierto con lo que somos; parece que no tuvieran sinfónica relación con lo que pretendemos. Predicamos el desinterés y obramos interesadamente; y no cabe, hasta cierto punto, otra conducta, siendo el hombre pura gravitación sobre sí; queremos la libertad y somos esclavos de los instintos, las pasiones, la herencia, la necesidad; y, en determinada proporción, es saludable que así sea; anhelamos la paz, la equidad, la liberación de las clases oprimidas, y llevamos a los cuatro puntos cardinales del planeta la lucha y el dominio por medio de las armas, las fuerzas económicas, las ideologías; porque no conviene llamarse a engaño: las ideas y los anhelos no son menos combativos que los ejércitos; sólo que el dominio de la fuerza nos indigna, y el de la fuerza trasmutada en anhelos e ideas, no.

Pallas, la diosa de la razón, salta de la testa del padre celeste lanzando un grito de combate. Los griegos la armaron de lanza y escudo. Las ideas no son vírgenes tímidas de albas manos y blando corazón; son intrépidas amazo-

(1) *Diálogos Olímpicos.*

estriba en ser hijo de sus propias obras. Habiendo nacido desnudo de cuerpo y alma, indefenso y miserable, osó revolverse contra el universo entero y fabricar con sus débiles manos y pueriles ilusiones el mundo que anhelaba su bravo corazón: un mundo libertado de la inicua ley del cosmos. Si hubiera venido a la vida con una ciencia ya hecha y el discernimiento del bien y del mal, habría sido menos grande que promulgando su ley e imponiéndosela a los dioses mismos; si recibiera de lo alto, por modo milagroso, la verdad, la libertad y la justicia, y no impusiera después de crearlas con risas, lágrimas y sangre su justicia, su libertad y su verdad, no habría realizado el estupendo milagro de darle a la vida, en medio de la indiferencia absoluta de la naturaleza por el destino humano y la carencia de todo fin moral, el significado preciso y la finalidad trascendente que hacen de la vida una divina empresa.

Mas ¿será posible que triunfe la rebeldía del mortal? La historia de la creación, rica en episodios dramáticos, registra otras rebeliones que salieron vencedoras asegurándoles a los revolucionarios una existencia menos esclava de la fatalidad. Tal la que llamó Remy de Gourmont, inspirándose en Quintón, pero sin sacarle ninguna consecuencia metafísica, la insu-

bordinación vertebrada, acaecida en el remoto escenario marino, cristalina y salada cuna de todas las especies.

¡Prodigiosa aventura! Al disminuir con el enfriamiento progresivo de la tierra la temperatura del medio vital, indispensable al progreso de los organismos existentes, la mayoría de éstos, para vivir, aunque declinando a medida que la temperatura declinaba, aceptaron humildes la opresión exterior y se hicieron siervos sumisos de ella. Pero el vertebrado se insubordina; rehusa ponerse al diapason del ambiente que lo constriñe a someterse o correr el riesgo de morir; no acata el mandato implacable que lo condena a enfriarse y descender; prefiere la descomunal pelea, se repliega sobre sí, reconcentra sus fuerzas, hace un esfuerzo supremo, y por alquimias ignotas, crea la increíble, la estupenda, la maravillosa facultad de producir calor, de mantener dentro de sí las condiciones térmicas primitivas y óptimas que le son necesarias para vivir y prosperar, y así asciende por la escala zoológica arriba, hacia formas cada vez más complicadas y perfectas de la animalidad, mientras las especies sometidas se estancan en su evolución ascendente o retroceden hacia las modalidades más inferiores de la vida.

ruso es sólo una máscara de la voluntad de dominación y posesión. Europa es la barrera, y por eso pugna por destruirla, no antes de haberse apoderado de su saber, olvidando que éste es el producto de un aparato de precisión cronométrica: el espíritu europeo. No cabe aislarlo de la civilización occidental; para asimilarlo hay que haberse nutrido en las robustas ubres de aquélla. Es muy poco probable que los trescientos mil bolcheviques que le hicieron marcar a la fuerza el paso comunista a ciento sesenta millones de rusos de mentalidad medieval y a las masas asiáticas convulsionadas por el morbo soviético, puedan tener alguna influencia honda en la suerte del mundo. ¿Qué le ofrecen?: las manos vacías y unas curiosas concepciones y extraños métodos que han convertido a Rusia en pavoroso presidio. La liberación de los pueblos oprimidos y del proletariado, el paraíso del obrero, la tierra para el que la trabaja, la socialización de las fábricas, luego el plan quinquenal, ha venido a parar en eso: tiranía, ruinas, miserias, esclavitud, desesperación y reino del terror. Y no quiero hablar de los horrores de la revolución ni del más grande crimen de Lenin: la decapitación de las cabezas pensantes de Rusia y el martirio de los intelectuales.

Según él, nada tenía que hacer con los intelectuales. Ningún fanático hace buenas migas con éstos. Y Lenin lo era en alto grado. Lo impulsa la pasión, el resentimiento, quizá el odio del plebeyo hacia los primores de la cultura que no comprende. El revolucionario, inhumano y satánico con puntas y ribetes de místico, posee eficiencia para destruir; llegado al Poder su acción se resuelve en una serie de fracasos y contradicciones, porque no lo guía la ciencia y el razonamiento del experimentador; le falta además sensibilidad, y es por ello, malgrado el intelecto potente, pero macarrónico, un espíritu falso.

Lo que salva la revolución bolchevique en sus albores no son las ideas de Lenin, son los ejércitos de Trotski.

Del evangelio de Lenin, queda muy poco en la Rusia de Stalin. La Rusia actual no tiene otro propósito que la producción. El bolcheviquismo es un imperialismo económico, paralelo al capitalismo yanqui, sólo que inmensamente más materialista y preparándose en la moderna escuela para serlo más profundamente aún. Por ese camino el hombre nuevo será el tróglodita tecnificado. Y Rusia una inmensa usina sin espíritu ni alma, pero poderosa, aunque haría falta averiguar si una concepción de la vida

nas que en los riscosos campos de la conciencia toman feudales castillos, entran a saco villas y ciudades, incendian, matan, destruyen los templos y las mieses y hacen prisioneros y esclavos. Una humildísima sensación se introduce a hurto en el receptáculo misterioso de la célula nerviosa; sigilosamente se atrinchera allí; congrega muy luego en torno suyo otras sensaciones hermanas y al mismo tiempo combate y destruye poco a poco, pero tenazmente, las sensaciones antagónicas. Así dilata sus zonas de influencia a los centros nerviosos; conquista, después de muchas maniobras prolijas, las fuertes posiciones de los lóbulos cerebrales; invade los dominios del alma, haciendo riza y estrago de lo que se opone a su marcha triunfante y sale por fin en son de guerra audaz y avasalladora al mundo exterior, para transformarse, ejerciendo las mismas violencias, en hechos reales e imperar sobre otros hechos.

Al impulso belicoso debe el mortal mucho de lo grande que ha hecho sobre la tierra. Ese impulso, ahora delirante, nos desquicia. Pero no hay que desesperar. El descorazonamiento es un estado de sepultura. Al contrario, urge adoptar una actitud confiada y valiente ante las temibles Esfinges que hoy nos salen al encuentro. El ser que hizo del rayo sumiso mensajero y

le arrancó a los dioses tantos poderes, sabrá ponerle un chaleco de fuerza al desmandado homúnculus que creó en sus portentosos laboratorios y reducir a sabias euritmias las discordias del mundo. Es la misión de la inteligencia al servicio de la voluntad humana, forma sutil de la energía cósmica, donde no reina el caos, sino un orden establecido por infalibles leyes.

La cultura occidental es la única Minerva capaz de dictarle al mundo, como mil veces lo ha hecho, la nueva tabla de valores que las necesidades del presente reclaman. Los pueblos de las dos Américas pertenecen a esa cultura, millonaria de posibilidades y deben defenderla si no quieren gemir mañana bajo el yugo de los bárbaros. Porque son las invasiones de los bárbaros lo que nos espera si Europa se debilita en luchas intestinas y acaba de perder el prestigio —ya puesto en la picota por la guerra— que le daban su poder de construir y de destruir, sus armas terribles, ciencias, artes, industrias, de la que es precioso *subtractum*; y así como la piedra filosofal, la técnica, que tanto codician la China, la India, el Africa, toda el Asia, todo el Oriente y particularmente Rusia, porque es un instrumento de dominación, Rusia tiende económicamente y espiritualmente a ocupar más espacio en todas las tierras. El marxismo

puede ser poderosa sin alma ni espíritu. A decir verdad, como lo hacía ver hace luengos años en *La Muerte del Cisne*, los factores económicos, cuya supremacía hoy nadie discute porque se palpa, porque casi no se puede pensar sino económicamente, son puro deseo de poder, que es el ánimo de las criaturas, y a eso, más que a otras razones, deben aquéllos su fuerza y su grandeza incontestables, lo cual no quiere decir que sigan siendo lo que son: opresores. Al contrario, Mammón sueña con la libertad y la justicia.

□ □

¿Y la dicha común? ¿Y la comunión de los hombres? Y bien, tales fines los lograrán, a pesar de la anarquía momentánea, los intereses y no el desinterés; la riqueza de todos y no la miseria de todos; el orden y no el caos. Libertad y Autoridad necesitan un reajuste y un limpión de afeites engañosos, como la democracia, el socialismo, el comunismo y el hitlerismo. Muy comúnmente bajo la máscara de Minerva aparece ceñudo el rostro de la Gorgona. Hoy más bien clamamos por el orden y no por la libertad. Donde quiera que se establece la autoridad surge el orden. Donde quiera que surja la libertad, mal entendida, nace el desorden.

Esa palabra, que tantos sacrificios nos cuesta y por la cual tanto hemos suspirado, es quizá sólo una palabra que quiere decir otra cosa. Es acaso como las novias, que rehusan un beso, no por falta de amor, sino por sobra de *rouge*. No niegan los labios, pero para que se nos den es preciso quitarles la pintura.

Hemos recibido pequeñas dosis de libertades a cambio de infinitas esclavitudes. Buscamos algo menos falaz. El estallido de los gobiernos de fuerza, el caso de que las tres nuevas formas políticas del mundo, los hechos de más velamen de nuestra era, bolcheviquismo, fascismo e hitlerismo sean dictaduras; y sobre todo, la tendencia de las sociedades modernas a conferirle los volantes del mando al Estado, el monstruo frío de Nietzsche, pero cuya constante y acentuada intervención en la organización de las actividades, que reclama la complejidad e intrincamiento de los intereses, nos incitan a pensar en otro sentido de las libertades, los derechos, y otra estructura estatal, que seguramente rebasará la democracia de viejo cuño, el socialismo, el comunismo, el fascismo y el hitlerismo.

El experimento ruso es un ejemplo de las contradicciones y los avatares rápidos de la época. Ha pasado por varias metamorfosis. Lenin, después de suprimir la moneda; entregarles

las fábricas a los obreros; los bancos a gentes que nada entendían de finanzas; establecer la igualdad de salarios, lo que significaba igualdad de aptitudes; destituir y perseguir a los técnicos y cercenar las cabezas pensantes de Rusia por atribuir a las masas no sé qué ciencia infusa que ya le había conferido la Grande Revolución, declara sin empacho: "Las masas necesitan directores que las encaminen e illustren", confesando así la aptitud superior de ciertos hombres en el arte de gobernar la nave de los Estados... después de haberlas construído pieza a pieza e inventado la brújula. En un abrir y cerrar de ojos pasa la edad realmente revolucionaria del bolcheviquismo. *La Revolución Desnaturalizada* se titula un libro de Trotski. Los Soviets adoptan el código burgués que condenaba a muerte la prédica. Se hacen financieros, industriales, militaristas. Ahondan las taras del parlamentarismo, crean ejércitos de funcionarios y rematan al fin en una dictadura de la producción. El capitalismo, a pesar de sus máculas y embrollos, los ha vencido al primer cambio de golpes. Mammón aplasta si no convence. Es un dios. Stalin exclama: "Capitalismo y Comunismo pueden vivir juntos". De hecho el capitalismo, sin verborragia ni doctrinas y por inesperadas vías, se va haciendo

comunista en los Estados Unidos. Y mañana se levantará frente al comunismo ruso, el polo opuesto de la democracia, y será acaso su correctivo.

Entretanto, múltiples causas prolongan la situación caótica del mundo y atentan contra la civilización occidental. Son las principales el desquicio de la economía y la finanza, cuya génesis es difícil establecer cabalmente; la desviación trágica del mecanismo hacia la esclavitud y no la libertad del hombre; la ruptura harto radical del presente con el pasado, que crea situaciones nuevas a las cuales ningún actor está habituado; la guerra latente de las naciones y el desacuerdo, no señalado, de los factores políticos y los factores económicos, que los políticos incongruamente manejan y dirigen. Como en caso de pugna no pueden ir contra sí, van contra éstos. La democracia social pide un Parlamento donde estén representados todos los intereses y no sólo los partidos y sus fracciones. Un Parlamento político expresa la voluntad política, pero no la voluntad social. Esto ha producido y produce enormes confusiones, transgresiones y subversiones. Pero lo peor de todo es la incapacidad de ilusionarnos.



Europa sigue siendo el fruto colmado del instinto de soberanía, militar, material, moral, espiritual, y el foco de luz y de energía más poderoso de la especie humana. Gracias a su dinamismo, espíritu infinitamente inventivo y anhelo constante de saber y conquistar, se ha hecho inmensamente sapiente y civilizado todo el planeta. Donde posa su varita mágica surgen continentes desconocidos, inmensos territorios, islas floridas, razas, pueblos, que arranca de la barbarie; es decir, de la vida vegetal y empuja a la más vida. Convierte en un triquitraque los páramos en vergeles. Suprime las pestes, alarga la existencia en el sentido de la longitud, la latitud y la profundidad. Inventa nuevos sentidos y nuevas dimensiones. Considérese lo que el europeísmo ha hecho del Japón en sólo treinta años y lo que sería hoy Rusia si los dictadores rojos lo hubieran adoptado y adaptado a sus fines en vez de poner en práctica tantas apocalípticas majaderías. Nuestra cultura ha acrecentado inmensamente el poder del hombre europeo, y eso no es gollería. Por medio de aparatos prodigiosamente ingeniosos pone en súbita comunicación a los pueblos separados por miles de leguas; merced a otros, multiplica hasta el infinito sus dominios materiales y espirituales. Descubre mundos fantásticos en el

invisible átomo, universos en el Universo. Su ciencia gana en maravillas a la misma naturaleza. Se encara con el cosmos; se mide con el Destino, desafía a los dioses. Su mágico poder hace de la vida un perpetuo milagro. Abre un garaje y sale corriendo un *pur-sang* mecánico a doscientos kilómetros la hora; abre un hangar y sale volando un pájaro de metal con un palacete dentro; abre una caja de música y sale cantando un dios. La cultura europea vence más con la gracia que con la fuerza. Si se emplean los ejércitos, van con ellos la grande Armada de las ciencias, las artes, las industrias, precedidas de la divina facultad de soñar. Nunca la tierra vió tantos prodigios. Nuestro saber pone en las manos más humildes, bienes, placeres, goces, tesoros que antes no conocieron ni los reyes. La actitud escéptica o despreciativa de muchos representantes del espíritu ante la era presente, demuestra que no comprenden, que no son actuales, que son fósiles. No comprenden que la cultura europea peca por exceso, no por defecto; por sobra de virtud y de virtualidades; que probablemente los conflictos de hoy son las ágitaciones y los dolores de un alumbramiento. A pesar de la confusión percíbense algunas vislumbres. A Europa le pesa la corona, pero aun en medio de la crisis mun-

dial, sigue inventando y dominando, aunque no económicamente; y ahí se aloja, como el diente en su alvéolo, uno de los más poderosos elementos de perturbación.

El centro de gravedad económico, que estaba en Europa, se ha desplazado a los Estados Unidos, rompiendo un equilibrio de siglos, que agravará el imperialismo económico bolchevique. El instrumento de dominación, que Europa cedió generosa, la técnica, funcionando mal, se vuelve contra ella. Si acuerda el ritmo de su inteligencia al ritmo acelerado de la civilización industrial y acierta a crear una nueva tabla de valores para la vida que está viviendo —lo que no pueden hacer los Estados Unidos ni Rusia por creer demasiado en la realidad bruta de las cosas, y falta, en suma, de complejidad espiritual adecuada al caso— el hombre tornará a ser la medida de todo: mandará. Aquí el optimismo no es cobardía como quiere Spengler, sino deducción lógica. Como sometió al rayo someterá a la máquina. El “ganarás el pan con el sudor de tu frente” caerá sobre la máquina. En vez de esclavizar al hombre, lo libertará, que es su verdadero fin; y éste, perfeccionándola constantemente, construirá instrumentos tan maravillosos, que un solo día de trabajo le bastará para el sustento de todo el año. Entonces, li-

bertado, con mucho tiempo disponible para la especulación, la investigación científica y la invención, ejercería su incoercible instinto de dominio en terminar la conquista de la naturaleza y arrancarle a Zeus, unas tras otras, todas las chispas divinas. Vendrían infaliblemente las grandes síntesis de las ciencias. Y el poder de la criatura humana sería tan inmenso que ni los mismísimos dioses le pondrían coto ni límites. Quizá entonces le sería dado intervenir en el orden del universo e impedir las hecatombes siderales que nos amenazan, o que nuestro planeta se helase, como parece ser el natural fin que lo espera, y rodará inerme, envuelto en el sudario de sus fantasmagorías, por el espacio infinito.

Si no logra cumplir en la hora presente su misión histórica de restablecer los equilibrios rotos y forjar ideales nuevos, nuevas ilusiones vitales, nuevas razones de obrar, querrá decir que nuestra cultura ha entrado en la edad senil, edad desencantada, terreno yermo donde no brotan las flores de la esperanza; y entonces perecerá, ahogada como otras culturas, en el mar de mareas siempre crecientes de lo pretérito. Pero el remolino, el espantable vórtice sería tan grande, que arrastraría a toda la civilización.

Bien mirado, por trágico que sea el desenlace de la crisis mundial, lo esencial permanecerá, aun en medio de la barbarie. Quedará el hombre con su deseo de poder, el alma, la sangre y la carne suyas, afilado por la virtud de imaginar. Y tornará otra vez, como lo hicimos nosotros, a arrancarle sus secretos a la avara Naturaleza e imponerle, poco a poco, la feble ley de su diminuto mundo a la ley todopoderosa del cosmos inconmensurable. Volverá a fabricar máquinas e instrumentos que le permitirán ver lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, volar a regiones donde los cóndores no se elevan, nadar mejor que los peces, subir al quinto cielo, descender al fondo del mar, vencer en la carrera a los animales más veloces, suprimir las distancias, que es lo mismo que suprimir la fatalidad, crear las ciencias, las industrias, el arte, por medio del cual aspirará un momento del tiempo cambiante corriendo hacia la muerte, hacia la nada, y lo fijará en obras vivas de eterna belleza. Y sobre todo soñará y convertirá los sueños en realidades espirituales más fuertes que la realidad misma.

Y no habrá acontecido nada definitivamente irremediable, nada terrible, ya que, al decir de un ruso, "lo más terrible de todo es que no hay nada terrible". Pero Europa tiene aún muchas

cartas en la mano y triunfará después de haber hecho examen de conciencia y reajustar los valores de su cultura. Ella nos aconseja varias actitudes mentales que impone este dilema, al que deben afrontarse valientemente los hombres, las mujeres y los jóvenes que piensan, sobre todo los jóvenes: Europa o el caos. De ella nos puede venir la luz, del resto del mundo, sólo tinieblas.



## II

\* ¿QUE SOMOS? ¿QUE QUEREMOS? ¿QUE PODEMOS?

¿Hasta dónde hemos ido demasiado lejos y hasta qué punto nos hemos quedado demasiado cortos? ¿Cómo conciliar lo que en nosotros será siempre naturaleza y civilización, que es, y lo será cada día más aún, estado contra natura? ¿Por qué medios hacer armónicas estas antinomias: libertad y autoridad, interés propio e interés general, voluntad de dominación y equidad, el yo y el tú, gravitación sobre sí y altruísmo, la guerra, que cada individuo lleva dentro de sí, y la paz a que aspiran las sociedades? ¿De qué modo impedir la lucha de los factores económicos y luego la guerra de las naciones? ¿Cómo dominar a la máquina? ¿Cómo gobernar al desmandado homúnculus que hemos creado y se vuelve contra nosotros? Sobre todo, ¿por qué arte forjamos una nueva ilusión

vital? Finalmente, ¿por qué el hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas?

He ahí el examen de conciencia que debe hacer contrita la humanidad para ver claro, confesar sus culpas, afirmarse en sus certezas y disipar el caos del mundo.

¿Qué somos? Somos, como la materia, las otras formas de la vida, los módulos de las almas, un poco de barro de esencia divina, una manifestación sutilísima de las energías cósmicas. Siendo la materia depósito de energía no debe extrañar que el hombre, hijo de aquélla y compuesto de los mismos elementos, también lo sea. Cuando hablamos comúnmente de energía nerviosa, muscular, cerebral, anímica, no parece sino que lo barruntamos. A pesar de las travesuras de cierta especie de neovitalismo y las argucias de la metafísica, en lo palpable, en la jurisdicción de los hechos susceptibles de un principio, al menos, de demostración, el avance de las ciencias concurre por vías distintas y múltiples a destruir las viejas dualidades de la materia y la energía, de lo inerte y lo inanimado, de la bestia y del hombre, del cuerpo y del alma, dividida asimismo en dos, según Pitágoras y Aristóteles: la *Nous* o alma pensante e inmortal y la *Psiquis* o alma vegetativa y perecedera. Las manifestaciones vita-

les son consideradas como metamorfosis energéticas de parejo estilo que los procesos químicos. La vida parece distinta de la energía y el pensamiento diferente de la vida, porque el análisis común sólo acierta a ver las perlas, no el hilo del collar que las une. Pero muchos sabios proclaman sin ambages que las piedras viven y mueren, que los metales se fatigan; que la materia, aun la más pesada y consistente, es velocidad pura, una forma estable de la energía; la vida un *complexus* de operaciones físico-químicas de la misma naturaleza que las progenitoras del individuo cristalino, el cual nace, asimila y se reproduce como la substancia viviente; la inteligencia, un modelo singular de máquina explosiva de más rápidos efectos, pero no de distinta fábrica que la inteligencia física, directora de la maravillosa adaptación de los órganos sexuales de las plantas para ser fecundados por los insectos o preparando en el andar de los siglos los faros luminosos de los halosauropsis, a fin de que éstos puedan servirse de sus órganos visuales en los abismos tenebrosos del mar, adonde no llegan las ondas clementes de la luz. Todo vive de la misma vida y una es el ánima de toda cosa.

Nos maravilla y acoquina a una que esa áni-

ma guerrera, esa actividad creadora y a la vez mortífera, porque al propio tiempo guerrea y armoniza, que los físicos descubren en las entrañas del átomo, mundo de patéticas luchas, los fisiólogos en la célula viva y los psicólogos en los orígenes del pensamiento, los moralistas la columbren en el fondo del acto moral y en el corazón de las sociedades.

Los astros, atrayéndose mutuamente para devorarse, se mantienen a distancia. Así se establece en el cosmos un dinámico equilibrio de cuerpos y fuerzas desconocido en nuestro planeta. Aquí reina la guerra sin tregua ni fin. Guerrea el mar con la tierra, las plantas con las plantas; guerrear los animales con todo y entre sí; lo mismo los hombres, aun cuando se asocian. El impulso belicoso de éste, más avasallador que el de las fieras y los elementos mismos, lo han hecho el rey de la creación.

*Con rigor enemigo,*

*Todas las cosas entre sí pelean.*

Dice el manso fray Luis de León; y otro fraile, el padre Gracián, no tan manso —inspiró a Schopenhauer y puede considerársele entre los precursores de Nietzsche—, corrobora: “No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento”. En otra ocasión insiste ampliando: “Todo este universo

se compone de contrarios y se concierta de desconciertos”.

Sea el mundo físico o el moral, el alma o el cerebro, el principio propulsor es el juego divino de la energía. Los hechos muestran la garra felina. Las guerras religiosas y las rivalidades enconadas de las doctrinas y las sectas; las herejías y los cismas combatidos por el fuego y por el hierro; las persecuciones feroces de los idealistas; las revoluciones rojas de los teóricos; la propensión irrefrenable de las Iglesias y las filosofías a convertirse en poder; actualmente los imperialismos burgueses y los proletarios, revoluciones, tiranías, guerras, y la transformación del fascismo y del comunismo en militarismos y dictaduras de la producción, instrumento de dominio, muestran hasta qué punto los principios activos del impulso belicoso, aunque disfrazados por ideales máscaras, ordenan las evoluciones de las huestes espirituales para la conquista y sumisión del mundo. Los aparatos y máquinas de guerra cambian en las diversas contiendas por la dominación, pero el resorte es el mismo bajo la engañosa disparidad de las formas. Los ejércitos emplean armas y estratagemas; las diplomacias argucias; seduc-

ciones y dulces violencias el amor; imperativos categóricos las morales; castigos los códigos; y las religiones milagros para convencer, recompensas para seducir, y terrores para dominar. Nada escapa a la inflexible ley que ordena imperiosamente a todas las cosas reñir e imperar. Cuanto existe en cielo y tierra es conquista y opresión de la energía triunfante sobre la energía vencida; cuanto nace o se forma en el tiempo y en el espacio, crimen y robo. Los peces grandes devoran a los pequeños, las bacterias al hombre, los pensamientos robustos a los débiles, los dioses a los dioses. Cada fenómeno, cada realidad, cada concepto, se alimentan de la carne viva de los otros. No podemos dar un paso sin hollar una flor, sin oprimir alguna cosa, sin cambiar golpes con alguien. Mas de esta lucha eterna y sin cuartel de los elementos, los organismos y las voluntades, nacen los astros, los seres y las almas (1).

□ □

X "Sin contrarios no hay progreso", asevera el místico William Blake. "Vivimos de la muerte de los otros", afirma bonachonamente A. France.

Siendo yo estudiante de filosofía anoté en un

cuaderno de apuntes estas frases: "Carácter guerrero de todos los fenómenos. Tendencia del hombre a poseer y dominar", que el espectáculo del mundo y la naturaleza y algunas frases recogidas aquí y allá, no tanto en los filósofos como en los clásicos castellanos, me sugerían. Los gérmenes de *La Muerte del Cisne* proceden de ahí, y no del comercio íntimo con las doctrinas de Nietzsche que me encontré mucho más tarde, de vuelta de mil excursiones, buscando confirmación de aquellas vislumbres en las filosofías y hasta en las religiones. Y siempre regresaba con algunas placas curiosas en mi kodak de viajero. Pude revelar y fijar que desde el naturalismo jonio, las cosmogonías y las éticas pierden el carácter divino y toman el perfil de las explicaciones de la conducta donde entran los fermentos energéticos de la voluntad de dominación nietzscheana. En la antigüedad, el estupendo Heráclito nos advierte que "la guerra es la madre de todas las cosas". Calicles nos da lecciones de ultra-aristocratismo e individualismo feroz, que dejan tamañitos los idearios de Maquiavelo y el profesor de Basilea. Lucrecio habla, antes que Darwin, de la lucha por la vida, la ley más inmutable y absoluta de la naturaleza. Más acá, Espinosa asegura que "el derecho natural es el derecho del más fuerte".

(1) *La Muerte del Cisne*, por Carlos Reyles.

Hobbes, con grande copia de razones, sienta como principio del obrar, el deseo de poder. Pascal arguye que la fuerza es una entidad que no se deja manejar como uno quiere porque se trata de una calidad palpable, mientras que de la justicia, calidad espiritual, podemos disponer caprichosamente, y llega a esta conclusión: "No pudiendo hacer fuerte lo justo, se ha hecho justo lo fuerte". Vauvenargues afirma: "Todo se ejecuta en el universo por la violencia". Petrarca se le había adelantado diciendo: "Sin lid ni ofensión, ninguna cosa engendra la Naturaleza", y Oscar Wilde: "Cuando el derecho no es la fuerza, es el mal". Es una idea cara a los poetas. Pero volvamos a los filósofos. Helvecio proclama: "La fuerza es un don de los dioses; armándote de esos brazos membrudos el cielo te ha declarado su voluntad. Huye de estos lugares, cede a la fuerza o combate"; bellas palabras, hijas del mismo numen inspirador que induce a ponderar Kant, el grande moralista del imperativo categórico y entusiasta admirador de Rousseau, "los efectos saludables del antagonismo, de la discordia y del deseo insaciable de posesión y de mando", y deja caer de los labios de Carlyle las duras e inmaculadas perlas de su idealismo altanero y señorial: "La fuerza bien entendida es la medida de todo

mérito; toda realidad durable es justa, porque demuestra su acuerdo con las leyes eternas de la naturaleza; el derecho es el eterno símbolo de la fuerza", lo cual lo lleva a concluir con Strauss, que "la Necesidad es la Razón misma", o con Nietzsche: "que el Derecho es un legado de la Fuerza y el Bien y la Verdad, formas antiguas de ella" (7).

Por manera que el fuego viviente de Heráclito, el deseo de poder de Hobbes, el instinto de soberanía de Mandeville, el instinto de vivir de Schopenhauer, el instinto invasor de Blanqui, la fuerza fundamental del ser humano de Stirne, el principio selectivo de Lamarck, Darwin, Spencer y la escuela evolucionista; la expansión de la vida de Guyau y las ideas-fuerza de Feillet, en cierto modo el plan vital de Bergson, anuncian o corroboran la franca e intemperante voluntad de poderío del gran revolucionario de la filosofía y el reconocimiento teórico, más o menos profundo y cabal, del ímpetu combativo, que, en la práctica, ha dirigido los movimientos desordenados o armónicos del alma humana. El reconocerlo no implica renunciar a las aspiraciones superiores de solidaridad, como veremos más adelante, ni tampoco negar las verdades religiosas, que en el

(7) *La Muerte del Dios.*



plano de la religión son verdaderas, pero que huelga esgrimir en la especulación filosófico-naturalista.

□

□

Sí, somos un depósito de energía que tiende a encarnarse en actos, hechos, ideas, forzosamente beligerantes, dado su ilustre prosapia. El espíritu resulta ser la beligerancia mayor, precisamente por su intensidad extensiva, vale decir, por su fuerza dominante. Renán delataba el carácter opresor de los imperios espirituales. Europa domina al mundo por su dinamismo creador. A poco de observar la vida caemos en la cuenta de que todo ideal, toda ilusión, todo ensueño, todo amor, impera sobre amores, ensueños, ilusiones e ideales vencidos. Por añadidura, somos egoísmo en acción, gravitación sobre nosotros mismos, pero he ahí nuestra trágica grandeza: no queremos serlo, y lo más extraordinario es que, hasta cierto punto, lo logramos. Del egoísmo aguzado por las levaduras de la más vida, a la que tiende la vida fatalmente, la cual, dicho sea de paso, no acata otras pautas que las dictadas por ella misma para dilatar su propio imperio, brota, como flor en rama espinosa, el altruismo. De la voluntad de dominación, espoleada también por la más

vida de las ilusiones vitales, nace lo que no vió Nietzsche: la voluntad de conciencia; acicate, no freno de aquélla; y henos convertidos en opresores y egoísmos andantes que tienen por Dulcinea la equidad.

Altruismo y voluntad de conciencia son dos cosas formidables inventadas por el animal más belicoso y que ignora el resto de la creación. El yo único de los animales, confinado por la necesidad fisiológica y obedeciendo al instinto de la especie, no rompe el círculo de hierro de los procesos puramente vitales, no se plantea problemas, los recibe del exterior o de los imperativos hereditarios y resuelve, si puede, según órdenes perentorias; no manda, obedece ciegamente y vive y muere sin darse cuenta, sin penetrar un punto ni asomarse siquiera un solo instante al misterio de la vida ni al misterio de la muerte. El hombre se ha escindido en dos: un yo que vive, y otro que observa y le plantea al primero, desde los albores de la civilización, problemas cada vez más complejos, de lujo, podría decir, que van mucho más allá de las necesidades fisiológicas y son como el índice de su poder. Ambos yo están en la relación del leño y la llama, sólo que esta llama no consume el combustible y se comunica a otras cosas sin quemarlas; bien al contrario, transmitiénd-

brica el mundo encantado de la conciencia, donde reinan la libertad, la justicia y el amor, en el imperio mismo de la esclavitud, la iniquidad y la lucha. En otro pasaje, Apolo, discutiendo con Dionisos, proclama: "Como todas las cosas del universo, animadas o inertes, materiales o espirituales, el hombre tiende a ocupar más espacio. Tú lo has dicho y yo no tengo ningún empacho en confirmarlo, pero escucha bien: ese instinto de soberanía, gravitación sobre sí, deseo de poder, que todos esos pretenidos motes y otros más le han puesto los filósofos a aquel esencial dinamismo, es tan fuerte y tan sutil a la vez en el alma humana, que para fortificarse, adueñarse de todo y osarlo todo, aun de lo imposible, se fabrica siempre el muy brujo, la moral que conviene a sus designios, transformándose entonces, como el gusano en mariposa, de materia en espíritu, de sórdido egoísmo en altruísmo generoso, de fiero instinto de dominación, que era cuando gusano, en dulce ilusión vital, que es cuando mariposa. He ahí el grande milagro y el grande misterio.

"Y desde que nació la ilusión maravillosa venció a tu instinto y a mi razón y tomó el gobierno del mundo. La era humana comienza con la ilusión. Más que saber fabricar instru-

mentos, lo que distingue al hombre de la bestia, es saber fabricar ilusiones. Estas lo han hecho descender a todos los abismos y subir a todas las cumbres. Son las alas del alma.

"No conozco a esa deidad milagrera, ¿quién es? —interroga Zeus a los dioses, que se han reunido en olímpica asamblea para dilucidar los conflictos del mundo—. Que se levante y hable.

"Y los ojos estupefactos de los inmortales vieron adelantarse a la bellísima Pandora y declarar con voz de una pastosidad y dulzura infinitas, cual si por labios tuviera una flauta y por boca un panal de miel.

"—Yo, Pandora, soy la deidad que los efímeros llaman Ilusión —y sonrió; y su sonrisa llenó de gozo el corazón de los dioses.

"—¡Pandora, Pandora! —exclamaban admirados y jubilosos; y corrían hacia ella y la cubrían de apasionadísimos besos. La alegría de los inmortales llenaba el celeste alcázar de estruendosos clamores. Apolo reía como un niño. Hefaisto, viendo la perfección de su obra, lloraba de contento; las Horas y las Gracias, dirigidas por la resplandeciente Afrodita, dancaban como ebrias bacantes en torno a Pandora; Hermes la colmaba de elogios, y hasta la augusta Pallas, enternecida, la estrechaba de

doles su fuego viviente, las galvaniza, las espiritualiza, porque el tal fuego es alma y espíritu. El troglodita, ornamentando el cuerno del ren-gífero, lo anima; dibujando en las lóbregas pa-redes de su cueva escenas de cetrería, empieza a crear mundos mágicos, se convierte en tau-maturgo, en ilusionista, sueña; se separa por una parte de la naturaleza cada vez más, y va viviendo cada vez más en sus sueños, en sus fantasmagorías, siendo, por otra parte, cada vez más naturaleza, más vida, gracias a algo muy etéreo: las ilusiones que lo hurgan, y que engendra el instinto vital, el gran mago, quien quiere siempre la más vida. Las ilusiones dilatan hasta el infinito los horizontes de ésta, lo cual explica el íntimo consorcio de la ilu-sión y la vida.

□ □

Valéry dice, asombrado ante el poder de los sueños: "El hombre es ese animal aparte, ese bizarro ser viviente que se ha opuesto a todos los otros, que se eleva sobre todos los otros por sus... sueños, la intensidad, el encadenamien-to y la diversidad de sus sueños, cuyos efectos extraordinarios llegan hasta modificar su na-turaleza, y no solamente su naturaleza, sino la naturaleza que lo rodea y que él ensaya infati-gablemente de someter a sus sueños".

"Quiero decir que el hombre está incesan-temente y necesariamente opuesto a lo que es, por la preocupación de lo que no es, y que engendra laboriosamente o genialmente quan-to hace falta, para darle a sus sueños la po-tencia y la precisión de la realidad, imprimiéndole, por otra parte a ésta, alteraciones cre-cientes que la emparentan con sus ensueños".

Spengler asegura en un libro reciente algo semejante: "La técnica humana y sólo ella es independiente de la vida de la especie humana. Es el único caso en la historia de la vida en que el ser individual escapa a la coacción de la especie. Hay que meditar mucho para com-prender lo enorme de este hecho. La técnica en la vida del hombre es consciente, volunta-ria, variable, personal, inventiva. El hombre es el creador de su táctica vital. Esa es su grandeza y su fatalidad".

Aunque simple y pecador he dicho yo, antes de Spengler y de haber leído a Valéry, casi lo mismo, pero analizando y explicando el caso y dándole otras proyecciones, en *La Muerte del Cisne* y los *Diálogos Olímpicos*, particu-larmente en los últimos. Ya relaté la colosal aventura del vertebrado, cuya conclusión es ésta: el hombre se rebela contra la ley del cos-mos, quiere imponerle la suya, y para ello fa-

cuando en cuando contra sus firmes y virginales pechos. Y la deliciosa criatura correspondía con gracia inefable a los halagos de aquellos mismos que al enviarla Zeus a la tierra con el funesto presente para Prometeo, a quien quería castigar el padre olímpico por haberle hurtado la chispa divina y hecho peligroso donde ella a los hombres, la ornaron al partir de irresistibles hechizos y colmaron a porfía de preciosos dones. Eunomia, Dike y la dulce Irene, las vírgenes de los pies sonrosados y ágiles, la cubrieron de flores printaneras, cuyos aromas embriagaban el sentido; las Gracias divinas, Aglaia la brillante, Eufrosina la del regocijado corazón, Talía la sonriente, pusieron en el largo y flexible cuello de Pandora un fantástico collar de oro y piedras preciosas cuya vista desvanecía; Afrodita, maestra en el arte de seducir, la armó con las supremas virtudes de la belleza y las magias de la sonrisa, la actitud armoniosa y el tocado voluptuoso; Hermes le concedió el don de persuadir o engañar por medio de las palabras dulces y suaves como caricias; y Zeus, por fin, dióle la caja fatal que contenía los males inherentes a la belleza y la seducción.

"De pronto éste lanzó una formidable carcajada y exclamó:

"—¿Pero eres tú, la misma criatura enviada por mí a la Tierra para esparcir los males que merecía la audacia del Titán; tú, Pandora, dechado de la seducción y la perversidad femeninas, la benéfica deidad de que nos habla Apolo? ¿Bromea acaso el dios luminoso?"

Aquí urge declarar que en la mitología griega, Pandora es una deidad maléfica; baja a la Tierra para esparcir los males y castigar a Prometeo, vale decir, a la humanidad, que le ha robado a Zeus el fuego de la inteligencia, la chispa divina. Pero va revestida con los encantos, hechizos y embrujos de la ilusión. A mi ver el mito quedó trunco; no alcanzó a dar la flor culminal. En mi ficción, Pandora es, como la ilusión, la que convierte los males en esperanzas; tarea que está en íntima relación con los atributos y virtudes que le otorgaron los dioses.

"Al oír las palabras de Zeus, los dioses tornaron a sus asientos mansamente, como se retiran las olas de la curva playa al seno del mar; reinó el silencio y Pandora habló así:

"—Sí, omnipotente Zeus; Apolo dijo verdad: yo, Pandora, soy la alegría de los mortales, la sonrisa del mundo, la flor maravillosa de la vida. Cuando bajé a la tierra y me presenté al precavido Prometeo, éste, temiendo tu ven-

ganza, no quiso saber nada de mí ni del fatídico regalo que me ordenaste entregarle en castigo de su temeraria ambición; entonces acudí a su hermano Epimeteo, el cual, menos advertido, abrió la funesta caja y los males se diseminaron por el mísero globo, quedando únicamente en ella, porque no pudo volar, la debilucha esperanza. Los efímeros, que vivían felices y descuidados, sin ensueños, ansias, ni fiebres ambiciosas, al conocerme conocieron, ¡ay!, también los deseos sin nombre, las inquietudes del alma, los dolores del pensamiento, las angustias del saber, los tormentos del orgullo, los martirios de la ilusión. Yo, apiadada de ellos y creyendo hacerles un bien, les llenaba los ojos de paradisiacas visiones que infaliblemente se convertían en sórdidas realidades o fieros desencantos. En lugar de calmarlos, mis capciosas promesas los enardecían y enloquecían más. ¡Pobres criaturas! Con mortales ansias buscaban los bienes, los tesoros ocultos, las tierras prometidas, los paraísos que yo les hacía imaginar sin punto de reposo y que ellos deseaban en seguida afiebradamente. Su deseo, exasperado por múltiples y prolifas imaginaciones, que unas veces se llamaban cosmogonías, otras religiones, otras sistemas filosóficos, les plugo espiritualizar y hacer ama-

ble la miseria del mundo y no tuvo límites; su osadía, espoleada por mil seductores espejismos, degeneró en furiosa locura: creyóse capaz de todas las conquistas y aspiró a todas. Cual si fueran víctimas de un extraño embrujo que los impulsara a transformar tierra y cielo, al compás del capricho fueron dando los efímeros en la flor de concebir el mundo y concebirse ellos mismos, no como era aquél y eran ellos, que eso hubiera sido hartamente desencantador, sino como convenía a la delirante ambición humana, que fueran para desear más y osar más... Así, a fin de acometer animosamente las descomunales aventuras de enderezarle los entuerros a la naturaleza, enmendarle la plana a los dioses y otros empeños semejantes, el débil se creía fuerte, el tímido valeroso, el tonto listo, el efímero inmortal, y todos osaban con más ardor; así también, a fuerza de desearlo (tanto puede el deseo), la tiránica necesidad se les antojó pintiparada libertad; la arbitraria fuerza, legítimo derecho; la necesaria iniquidad, voluntaria injusticia; y todos también, a pesar de los cuentos desengaños que les acarreaba a cada paso tamaña tergiversación, seguían impertérritos adelante, porque yo, para consolarlos y darles nuevos bríos, tras cada derrota y cada desencanto los arrancaba de las negru-

ras del abatimiento, metiéndoles en el alma las luces de la esperanza... Y sucedió una cosa estupenda, maravillosa: poco a poco las inquietudes torturantes, las ansiedades dolorosas, las angustias mortales y todas las penas y todas las tristezas del ser humano empezaron a teñirse de esperanza, a tomar las formas seductoras de la esperanza, a rematar en esperanza, hasta que en esperanza monda y lironda se convirtieron. Y los efímeros dejaron de sufrir, porque sufrir por lo que se quiere y considera un bien, no es sufrir; hiciéronse sonámbulos para quienes el mundo era sólo la prolongación de sí mismos, y su existencia fué desde entonces un prodigioso y perpetuo encantamiento que los hizo insensibles a las miserias de la realidad. Uno tras otro los males desnaturalizados y como desprovistos de sus terribles virtudes, lobos sin colmillos ni afiladas uñas, fueron entrando sumisamente en mi caja. Y por eso, ¡oh padre!, en este solemne día puedo devolvértela como me la diste: con todos los males dentro... pero, al revés de antes, sólo queda fuera, sólo queda en el mundo, la esperanza, una esperanza robustecida y agigantada por el dolor infinito del hombre.

"Y haciéndole a Zeus una graciosa reveren-

cia y poniéndose luego de rodillas, le entregó la caja fatal" (1).

Pandora es en esta fábula la que convierte la enemiga realidad en vital ilusión, los males en esperanzas. Desde que bajó a la tierra y gracias a los sortilegios que empleó para hacerles olvidar a los mortales su miserable condición, el hombre se hizo un animal metafísico, y vive luchando heroicamente por escapar al yugo de la ley natural y vivir según la suya propia.

Eso es lo que el hombre quiere y ha logrado en gran parte. La historia humana nos revela página a página, párrafo a párrafo, línea a línea, el esfuerzo tozudo y titanesco del hombre por modelar la naturaleza, el universo y hasta los dioses, a su capricho, a su imagen, a su medida. Para el caso inventa portentosos instrumentos y ficciones más portentosas todavía, que multiplican sus fuerzas y le dan razones de existir y obrar humanamente, aun en medio del glacial silencio de la naturaleza y su indiferencia absoluta por el destino humano. Preciso es confesar con Schopenhauer y Nietzsche que la vida no tiene explicación ni finali-

(1) *Diálogos Olímpicos.*

dad; pero nosotros, impelidos por sueños e ilusiones, le hemos conferido una, síntesis de todo lo que hemos soñado: la realización de la libertad, la justicia, el amor y dicha común. Este empeño *est un peu là*, perdura porque lejos de amenguar el impulso belicoso lo azuza, aunque transportándolo a otro plano, el plano de la conciencia, obra del hombre. Cada estado de conciencia, cada doctrina, es una beligerancia, un nuevo campo de batalla para nuestro deseo de poder.

Conceder que las ilusiones gobiernen el mundo nos subleva, porque nos parece algo así como poner el árbol de la vida, el árbol del bien y del mal, el árbol de la ciencia, con las raíces al sol, siendo que, al revés, así los hundimos en el limo primario. Las ilusiones son nuestras realidades profundas. Son nuestras sombras astrales. Son las proyecciones de lo que soñamos y queremos con todas las fuerzas de la naturaleza inmutable del hombre: su voluntad de dominio, posesión y creación.

Los ensueños hunden la raíz larguísima y profusa en los antros temerosos de la conciencia subliminal, donde está el pasado inmenso, el presente multiforme y el futuro más inmenso aún que el pasado, y que acaso se compone de

la misma substancia y tiene los mismos contornos de nuestros sueños...

□

□

Los filósofos pesimistas, los que sólo juzgan congrua y decente una actitud escéptica y despectiva ante la imaginaria del hombre y el caos del mundo por ella producido, ven la parte negativa y no la constructiva de las ficciones. Ven que la civilización es, en el fondo, fantasmagoría, pero olvidan que esa fantasmagoría ha creado mundos portentosos tan consistentes, durante un tiempo, como las piedras, y realidades espirituales más existentes y profundas que lo real. Nada más cierto que nuestro incurable sonambulismo, ni nada más erróneo que suponerlo carente de dirección e incapacitado para interpretar los designios inflexibles de la vida, del alma, del espíritu, que son a todas luces, el más espíritu, la más alma, la más vida.

Ese sonambulismo nos ha hecho salir de la animalidad y forjar en las tinieblas con sudor, lágrimas y sangre, nuestro propio y prodigioso destino. Mañana, quizás nos sea dado descrifrar las líneas de su mano y entonces veremos claro, dejaremos de ser dementes; sólo que yo no sé si, al perder la locura, ganaremos algo.

Por lo demás, que al fin la naturaleza domine al hombre y lo reabsorba en su seno, es posible y aun probable; mas ese *al fin* representa milenios, lo cual es para nosotros la eternidad, que tenemos por delante y debemos vivir... Los derrotistas del espíritu adoptan una actitud obtusa e injusta frente a la actualidad caótica. Es la de muchos, es la de casi todos los pensadores. No se mide el volumen y la densidad de una cultura en plena crisis; no se aquilata la potencialidad y excelsitud de la inteligencia de una época por lo que destruye, sino por lo que ha creado y crea; no cabe lógicamente renegar del mundo so pretexto de que se trata de un artificio, ya que de artificios vivimos y hemos vivido siempre, y a ello debemos el dominio de tierra, mar y cielo; es absurdo menospreciar el poder del hombre cuando su poder raya en lo infinito y por eso mismo no acierta, momentáneamente, a encarrilarlo en ningún riel. La paz se compone de muchas guerras; la armonía de muchas discordias. Descuidan los representantes del espíritu su alta misión, que es la de crear valores para la vida que estamos viviendo, como quería Nietzsche, aunque él mismo se apartase de tal finalidad para considerar el mundo como un gran espectáculo y confinara en el esteticismo heroico, vacío de volun-

tad de dominación e ilusiones vitales, carne y latido de su filosofía.

□

□

El instinto de vivir es más optimista y valiente que los filósofos. No desespera, busca, inquiere, se afana en encontrar soluciones, labora las conciencias secretamente. Las maniobras de la política, la economía, los Estados, poco representan; son apenas burbujas del mar de fondo, reflejos de las nubes que pasan sobre el agua quieta, comparadas a las corrientes submarinas y las contracorrientes, la enantiodromia de Heráclito, que remueven y dislocan los cimientos de las viejas concepciones de la vida.

Pusimos la esperanza en el otro mundo y establecimos un orden místico, mientras la ciencia iba conquistando a éste y erigiendo en normas otras verdades y otras ilusiones. Aquella esperanza nos satisfizo relativamente durante un período. La fincamos luego en las dichas terrenas, lo que implicaba el respeto de la vida y el dominio del planeta, la creación constante de bienes, los intereses humanos en vez de los intereses divinos. Y tampoco estamos satisfechos, sobre todo después que nuestro homínculus se ha sublevado contra su creador. Comprendemos que nos falta algo, que este algo



sólo lo encontraremos en el alma, y andamos en busca de nuestra alma, descuidada, olvidada, inmersa en un mar de saber, poderes y misterios. Las miradas hacia el oriente, el espiritismo, el retorno a la astrología y los horóscopos; la boga de las asociaciones teosóficas, las investigaciones de los psicólogos que escudriñan los abismos de la conciencia; las exploraciones del psicoanálisis por inmedibles e ignotos territorios del alma, dan elocuentes indicios del anhelo, de las ansias de conocernos en las reconditas y los hondones de nuestra intimidad, y establecer en nosotros mismos la tierra prometida, la verdad verdadera, la ilusión vital, el dios en que apoyarnos, sólo que con signo opuesto a la fe, al renunciamiento y también al quietismo oriental. Queremos someter a nuestros medios de investigación científica la substancia, la estructura y los límites del alma y la conciencia. El conocimiento que resulte será, acaso, la tierra gorda donde arraigue el nuevo árbol del bien y del mal, nutrido por las raíces con los zumos de la naturaleza, nutrido por las hojas con las energías celestes.

En realidad, ¿qué podemos? El hombre tiene en la mano izquierda una cornucopia capaz de satisfacer los apetitos y abreviar la sed del mundo, y en la diestra los rayos jupiterianos para

aniquilarlo, si quiere. ¿Qué hará? Mejor dicho, ¿qué podrá hacer? Por lo que ha hecho ya, no es del todo imposible conjeturarlo. Podrá conciliar lo que en nosotros será siempre naturaleza; y la civilización, estado contra natura, si respeta lo fundamental, el ímpetu batallador e inventor que nos empuja, quieras que no, hacia la más vida material y espiritualmente, y si domina en el resto por entero a la naturaleza, a fin de ponerla al servicio de nuestras... ficciones. En esa conquista, lejos de ir demasiado lejos, nos hemos quedado demasiado cortos. Todo bien considerado, los artificios y las magias del mortal, puesto que existen, perduran y mandan, demuestran que estaban en las posibilidades de la madre naturaleza y que el estado contra natura es sólo apariencia. Podrá el hombre poner al diapasón, por igual arte que lo ha hecho con la vida y las ilusiones, cosas de mayor velamen y fuste, libertad y autoridad, individuo y colectividad, el yo y el tú, pero sólo cuando vea reflejarse en los ojos de los otros su propia imagen, su propio interés. La unión, hoy necesaria, de los individuos y los pueblos, la harán los intereses y no el desinterés. El desinterés es la perla falsa de la moral. Altruismo sin el trampolín del egoísmo, espíritu sin materia, alma sin cuerpo, vana palabre-

ría. Podrá la humana criatura suprimir los armamentos, las guerras, las luchas económicas, las sociales; colocar los bienes al alcance de todos; impedir la inicua explotación del hombre por el hombre, y la más inicua explotación todavía, del hombre por el político; hacer que el fuerte le sirva al débil de rodrigón y guía; podrá, en conclusión, crearse un mundo a su completa imagen y semejanza, tornando así a ser, más que nunca, la medida de todas las cosas; pero conviene no echar en saco roto que ese mundo, hecho a su medida, será pura energía y sueño, ímpetu belicoso e ilusión.

### III

LA ARENA MOVEDIZA Y LA ROCA DURA DEL ALMA

#### *El rumbo fijo del destino humano.*

Todas las épocas, aun las más cumbres y brillantes, tuvieron quien las tachase de decadentes y pronosticara el fin del mundo. Después de la Grande Guerra, sobre todo, los profetas de la decadencia forman imponente y tumultuosa legión, a cuya vanguardia van, triste es decirlo, los pensadores. En vez de crear valores para la vida, su alta misión, crean valores para la muerte. Los conflictos de las doctrinas, las pugnas de los intereses, las contradicciones, el caos del mundo actual y el descorazonamiento consiguiente son, por desgracia, evidentes. Esta evidencia nos autoriza a diagnosticar una crisis, que es tránsito; pero no una decadencia, que es estado, acabamiento, fin. Cuando mucho, y con no escasa dosis de

pesimismo, podemos decir que no sabemos cuál será el resultado de aquella crisis: si la victoria o la derrota; la luz, u otra noche de mil años.

Juzgando fríamente la potencialidad de la era industrial y los inmensos recursos del hombre moderno, cabe suponer que se trata del pasaje accidentado y peligrosísimo de un estado de la cultura a otro, sin duda, mejor, porque ahora hemos puesto a la vista fallas y taras, dudas y ansias, resistencias y problemas, que antaño no percibíamos. Conocido el mal, es más fácil ponerle remedio. Pero la magnitud del mal nos espanta. Nuestro análisis, sacudiendo el árbol de la vida, ha hecho caer las hojas muertas y los frutos secos, ilusiones y esperanzas agotadas. Muchos frutos más se están secando y muchas hojas secas caen al suelo. Urge no confundir el perecer definitivo, con un cambio de estación. Ni aquilatar la belleza y lozanía del árbol en el invierno, cuando está despojado de las galas primaverales. Para retratar esta época, catastrófica cual ninguna, y ver hasta qué punto aciertan los agoreros del juicio final, habría que enfocarla teniendo en cuenta que fotografiamos un ciclón.

Antes de la guerra se había escrito *El estúpido siglo XIX*, que es un libro estúpido, y

otros de la misma tendencia, aunque de más fundamento. Se hablaba de bancarrota de la ciencia, degeneración, inmoralidad, craso materialismo, decadencia. En oposición al optimismo de *L'Avenir de la Science*, de Renán, y las candideces progresistas de Berthelot, Brunetiere escribía *La Fallite de la Science*. Los idearios democráticos y su correlativa creencia en el progreso fatal e indefinido, con el cual hoy nadie que piense comulga, pasaban muy malos ratos frente a los grandes observadores del alma humana y las sociedades: Balzac, Stuart Mill, Renouvier, Maurras, Ferrero, Sorel, y sobre todo el formidable Nietzsche, y Spengler. Este último, en la *Decadencia de Occidente*, nos demuestra que las culturas tienen la misma fragilidad que las vidas. Nacen, despliegan las gracias de la hervorosa adolescencia, llegan al punto álgido de su vitalidad, traducido por la facultad creadora, declinan, y perecen. Las civilizaciones muertas, la india, la china, la griega, la romana, han pasado por etapas similares a la nuestra y conocido el período auroral, el creador, los imperialismos militares y económicos y hasta la aglomeración, la vivienda cara, y concluido por no tener, antes de periclitarse, como lo anuncia Spengler para la era presente, otras posibilidades de extensión

que la extensión económica. Los hechos en esto último, parecen darle razón. La supremacía de lo económico en las sociedades modernas salta a la vista y se explica: la extensión económica es lo único que por su naturaleza y volumen le ofrece dilatada palestra a la voluntad de dominación, posesión y creación del hombre industrial. La edad técnica cuenta apenas un siglo y se distingue principalmente de las otras edades por su mayor espíritu inventivo. De donde se deduce que, lejos de estar la civilización industrial en decadencia, ajustándonos a la argumentación de aquel filósofo, y adoptando como índice de las culturas su poder creador, acusaría la nuestra extraordinaria vitalidad. El conubio de la ciencia y la industria es tan fecundo en maravillosas creaciones, que obscurece las creaciones de la ciencia pura y la especulación filosófica. Pero si nos paramos a considerar los descubrimientos, las doctrinas y obras que salen de los laboratorios, los gabinetes de los pensadores y los talleres de los artistas o los inventores, no se tarda en comprender que el llamado desdeñosamente progreso material rebosa de riquezas espirituales y anímicas, que precisamente por su profusión y diversidad no han podido centrarse en un alma y un espíritu. Eso aparte de que nosotros, para tomarle el

pulso, empleamos termómetros y barómetros de otras épocas, que no registran las fiebres ni las presiones atmosféricas de la edad industrial. Ambas son tan altas que los aparatos se rompen sin marcar los grados.

□

□

Sería muy saludable que el alma y el espíritu multiformes de la época actual cristalizaran en un cuerpo de contornos bien definidos; pero pareceme sandez pretender que tenga éste el alma y el espíritu de la Edad Media o de otra cualquiera edad; y es lo que pretendemos cuando lamentamos la ausencia de virtudes ascéticas o heroicas, que hoy no existen porque son inactuales, inutilizables. Nuestro ascetismo está en los laboratorios, los institutos, las universidades, los gabinetes de los sabios y los pensadores; las leyes de previsión social, las inúmeras sociedades de beneficencia, los suntuosos hospitales. El heroísmo, que creíamos perdido, lo hemos visto día a día durante la guerra en tierra, cielo y mar, y lo vemos a diario en el corazón de los investigadores: bacteriólogos que se inoculan mortales enfermedades al estudiarlas; radiólogos que se dejan amputar los dedos, luego las manos, después los

brazos, y al fin mueren sin abandonar sus terribles experimentos. Tenemos los héroes, los santos y los mártires que necesitamos, y es tan absurdo declararnos decadentes porque no sean lo que fueron los de otras épocas, como mirar por encima del hombro a Grecia porque no tuvo aviadores, cines, ni autos.

Nuestro progreso material es indiscutible y no tiene ni remoto parangón con el de ninguna otra civilización; nuestro poder inventivo crea incesantemente estupendas maravillas, como jamás vieron los ojos humanos; en el dominio de la naturaleza hemos ido más lejos que fueron nuestros mayores. Y este solo hecho bastaría para darnos la superioridad, porque constituye, desde que el hombre salió de la animalidad, el designio y el esfuerzo máximo del hombre. La historia de la civilización corre pareja a ese esfuerzo, hasta llegar con él en nuestros días al hombre humano, cada vez más humano, esto es, cada vez más libre de las tremendas fatalidades que lo esclavizaban. Ahí radica nuestra vertical y superlativa libertad.

Cuando se habla de crisis espiritual, habría que entender la agonía de un espíritu viejo, agotado, sin nervio ni músculo para la vida actual. Los millares de libros que se escriben, las múltiples tendencias filosóficas, sociológicas,

científicas, literarias, estéticas, dan sugerentes indicios de que la llama de la inquietud espiritual flamea, aunque con formas y colores distintos. Nuestra llama es otra cosa, es llamarada. No tenemos como Fausto dos almas, sino varias. El fuego viviente de Heráclito no se centra en un foco; ni la filosofía platónica, el arte gótico, Dante, Leonardo, ni el Renacimiento, sino en muchos focos: Nietzsche, Bergson, Freud, Edison, Pasteur, Einstein, el capitalismo, el industrialismo, el comunismo, las ciencias, las artes, los ferrocarriles, los palacios flotantes y los sumergibles, los rascacielos, el cine, la radio, el auto, el avión; todo esto nos da una idiosincrasia peculiar y un deseo de poder, que nos empuja, como en ningún otro tiempo, a la más vida, la más alma, el más espíritu. Si ese ímpetu fuera el signo de la tensión vital de las culturas y, en resumen, no creo que pueda ser otro, el volumen y la magnificencia de la nuestra, sería aplastante. Si se emplease como cartabón del progreso la creación de bienes, lo que llenaría de contenido el término hueco de progreso, el resultado sería idéntico.

Las palabras decadencia, cultura, espíritu, no dicen nada congruo aplicadas con su añejo sentido a hechos novísimos y de naturaleza distinta, si no antagónica. Para medir la altitud

de la civilización industrial, punto cimero de la era moderna, debemos emplear otros medios de apreciación y teniendo presente su complejidad, movilidad, dinamismo, multiplicidad de problemas, antes desconocidos, e ideales, y que estamos en plena revolución mundial, una revolución de todo el planeta, todas las sociedades y todo el hombre. Un abismo del mar, donde concurren mil impetuosas corrientes y contracorrientes, es tumulto y torbellino, no apacible remanso. Este torbellino, ¿para qué ocultarlo?, arrastra a la sociedad burguesa. Es un *factum*. Nosotros ya no somos burgueses o estamos dejando de serlo. Tenemos otra alma menos satisfecha y sumisa, más libre e inquieta. Las señoritas que fuman, beben y zapatean, protestan, sin saberlo, contra la vieja moral. La crisis del pudor, la relajación de las costumbres, nudismo, culto del cuerpo, deportismo, rebusca de nuevas normas espirituales, éticas y estéticas, que no tienen entronque o no dependen de las crisis políticas ni de las económicas, dan indicios elocuentes o torpes de un cambio de frente de la mentalidad y la sensibilidad, y el ansia de otra cosa en armonía con lo que ahora somos.

Nos hemos despojado del sentir burgués, lo mismo que de la economía burguesa, y queda-

mos flotando agarrados a la vida, que no se detiene en ninguna ola, mientras él se hunde con sus engendros, marcados con los estigmas de la imposibilidad, la decrepitud o la descomposición.

La psiquis moderna, que va abriendo su flor en la cumbre del árbol de la vida, está colocada más arriba de aquellas formas. Gracias a la guía, al brote puntero, se eleva el árbol rectamente, pero la cúpula se aleja gradualmente de las raíces.

□ □

¿Qué busca el trabajo obscuro y como con sordina, del hombre auténticamente moderno? Sin duda darle armónica solución a las antinomias del pasado, que sumándose forman el caos presente; y parejamente encontrar en sí mismo la roca firme sobre la cual elevar otras torres de Babel. Mientras los factores económicos luchan y se destruyen mutuamente, y los pueblos, arruinándose, se preparan para la guerra, y las trapaceras diplomacias se engañan, y las doctrinas políticas disfrazan apetitos, concupiscencias y ambiciones inconfesables, el espíritu nuevo, harto de tanta mentirola y de confundir las vejigas con las linternas, condena las luchas económicas, sociales y militares;

la esclavitud política de los pueblos débiles, el capital opresor, la holganza de unos y el trabajo forzado de los otros; pero también condena la democracia *standard*, mecanizante, niveladora por el rasero de lo más inferior, porque suprimiendo las excelencias humanas elimina los fermentos y las levaduras que afinan las masas. La era industrial o superindustrial ha menester de masas inteligentes, dinámicas y elásticas, capaces de seguir los cambios rápidos de dirección que van a sufrir las sociedades futuras. Todos iguales y todos inferiores es un grito de muerte; todos desiguales y todos superiores, cada cual en lo suyo, es un grito de vida. Ninguna ley podrá hacer que un enano tenga la talla de un gigante, ni pareja utilidad social el apto que el inepto. Y es por su utilidad social que se medirán las excelencias. Los excelentes serán los que mejor sirvan a la colectividad. La grande función de las democracias, bien entendidas, sería la de producir superioridades en cantidad y calidad de todo orden. Por eso, su fundamental defecto es que nunca han existido. Nunca han realizado aquel magno cometido. Al contrario, ella y sus sucedáneos entrañan un inconfeso principio negador de la personalidad, adverso al florecimiento del hombre superior. El experimento ruso con la decapita-

ción de los intelectuales y el odio a los diferenciados, es el remate lógico y extremo de la democracia entendida al revés, y al revés se ha entendido siempre. Lo primero que perece es la libertad, la equidad, la fraternidad; conviértese en tiranía sin freno alguno la autoridad; en trabajos de forzados el despliegue gozoso de las energías naturales; el trabajo en ajeteo de hormigas y éste en mecanización. El capitalismo, por su parte, llega, aunque sin tiranía, al mismo resultado: la estandarización de las mentalidades, la condenación del espíritu y el alma; la moral de la usina.

Ni yanquismo, ni comunismo, ni la política, la filosofía, las artes, las letras, ni ninguna manifestación actual de la mentalidad burguesa, muestra el alma en gestación del hombre de la era industrial, devoto de la ciencia, ansioso de conocerse y realizarse, consciente de su grandeza y su miseria, analizador del mago y del monstruo que lleva dentro de sí, ardido explorador de las potencias oscuras que lo gobiernan y que quiere poner a su servicio, enamorado locamente de la usina, la máquina, la velocidad, y dispuesto a dominarlas, así como a la naturaleza y al cosmos...; pero que aun no ha encontrado la verdad, la mentira saludable, el dios en qué apoyarse para analizarlo cualita-

tivamente y cuantitativamente... y someterlo también.

Lo que encuentran los Freud en las selvas vírgenes de lo inconsciente, nos subleva. "Lo que prometía ser una caverna protectora, es una cueva de pus", dice el gran psicólogo Jung. A nosotros y para nuestros fines, quizás nos conviene saberlo. Escarbando, escarbando, descubrimos, además de la brama que enciende al hombre y las Furias de los instintos primarios, un fondo común o alma colectiva, más bien dicho, humana, que por encima de las pugnas naturales y el pavoroso aislamiento de cada yo, nos une y concierta. Esa alma, que lucha por salir de la cueva y empieza a apuntar en el horizonte como una aurora, es, a una, voluntad de dominación y voluntad de conciencia, egoísmo y altruísmo, individualismo y colectivismo. Reconoce la celsitud del yo, lo exclusivo suyo, y las normas del grupo de donde salió, tan reales y conminativas como aquél. Alma verdéricamente humana detesta la guerra, las luchas de clases, las económicas, que no sean creación de bienes para todos, las mentirolas de las relaciones sociales cimentadas en la engañifa del desinterés, la rapiña o la bajuna envidia; aborrece la nivelación porque es mecanización, los privilegios opresores de la fortuna

porque sos inicuos, las promesas del ñoño idealismo porque son como las promesas de las tierras celestes, y el hombre moderno tiene sed de vino y hambre de carne, y hambre y sed de justicia y libertad verdaderas. Husmea que la única realidad, la roca dura sobre la cual elevar los edificios éticos, es el ímpetu belicoso y las ficciones que engendra incesantemente, y que éstas cambian, después de haberle dado un tiempo razones de vivir y obrar, pero que pueden durar siglos, y por saberlo las acata y se siente responsable de sus sueños. A la vez aconseja la actitud de agilidad, el cambio rápido de velocidades que implica destreza y a la vez creencia en el camino que se va a tomar.

El hombre nuevo será, a lo que parece, no el troglodita tecnificado que nos propone Rusia y en menor grado los Estados Unidos, ni el estático del Oriente, sino el dinámico del europeísmo que se esfuma, el hombre pronto, ágil, apto, cambiante como las circunstancias, adobado por la cultura y la técnica; hombre universal que ha dado la vuelta al mundo de su conciencia y del conocer; formidablemente sapiente, taumaturgo y mudable porque sabe que sus ficciones, aunque sean sus realidades profundas, son volanderas. Y eleva más arriba las antenas y los aparatos perceptores a fin de oír el último sus-



piro de lo que muere y el vagido de lo que nace y salta de un trampolín a otro.

Existen hombres dueños de finos tentáculos y filamentos nerviosos sutilísimos que los ponen en misteriosa comunicación con lo que va a venir, que poseen una especie de sentido del futuro. Cuando ejemplares de esa excelsa condición abundan en los pueblos, éstos se hacen videntes, palpan lo porvenir y adoptan la actitud del hombre pronto, vigía y acróbata a la vez. Siempre se encuentran prestos para evolucionar al compás de las necesidades y ponerse a la temperatura del clima. Disfrutan del pingüe privilegio de oír cada toque de oración y adoptar el arresto consecuente. Van montados en el convulso lomo de la ola que avanza. Ninguna es la última en dibujar las sinuosidades y los vértices de su fiebre sobre la arena lisa. Lo que cada ola escriba lo borrará la siguiente y así seguirán grabando sus diagramas en la playa, unas tras las otras incansablemente, impertérritamente hasta que se seque el mar, y debemos alegrarnos: el mar acaso no se seque nunca, y lo que importa es la vida o sea el oleaje.

□ □  
¿Dónde están los videntes? ¿Dónde los hom-

bres prontos? Los representantes del espíritu, los observadores oficiales del tiempo se envuelven en la capa parda del escepticismo y sonríen desdeñosamente. Sus antenas se han roto, no captan las ondas del futuro, han perdido la facultad de crear los valores necesarios para la vida que estamos viviendo, sus ojos se vuelven hacia los sarcófagos y las momias del pasado; son momias ellos mismos. Los gerifaltes de la política no ven, ni pueden, ni les incumbe, sino lo inmediato, los problemas del minuto, y lo enjundioso es lo que trasciende del minuto. Las masas van a la deriva, impulsadas por las necesidades más apremiantes, pero en las conciencias suprasensibles se ha encendido una llamita débil, vacilante, que puede extinguirse o comunicarse a todas las conciencias y producir el incendio de una nueva fe en la celsitud del destino humano, cimentada en la verdadera condición del hombre. Si no es dado considerar sus grandes ensueños: libertad, justicia, amor como verdades lógicas, cabe aceptarlos como ilusiones voluntarias, que sobre dar pábulo a la acción fecunda se transforman en los dominios de la conciencia en realidades morales y verdades vivientes. La libertad, hablo particularmente de la grande, la que nos emancipa de las fuerzas naturales que nos esclavizaban,

y es el cogollo de su vida, las culturas, las épocas, las naciones, y según como la vivan, según la fuerza alucinatoria de lo que construyan sobre aquella arena, así será la calidad y duración de ellas.

En todas mis obras he mostrado alguna fase del central dramatismo humano, fuente de nuestra miseria y nuestra grandeza. Y lo he hecho ya simbólicamente, ya formalmente. Sin embargo los críticos no lo han visto. ¿Pero qué ven los críticos? Sus doctrinas, su mundo perceptible. Nada más. Fuera de él son ciegos... Y no debe extrañar. Cada libro es un yo, en su esencia, incomunicable. Nadie lee lo que está escrito, sino lo que cada yo, incomunicable también, quiere leer. La simpatía descubre un tanto el misterio de cada cual. Pero el crítico prefiere la lógica. Y la lógica, sin la simpatía, no sirve para comprender cumplidamente.

Un protagonista de *El Terruño*, espécimen de la indigestión universitaria, discute con su suegra Mamagela, mujer realista, de instinto certero, con sus puntas y ribetes de socarrona. La escena pasa en la campaña convulsionada por la guerra civil. Tocles desespera, considera sus intereses comprometidos, se echa a muerto, actitud muy común de los verbalistas. Mamagela confía, lucha, trata de salvar los intereses

de todos. Cambia los males en esperanzas. Es realista. Aquél exclama, no sin visos de razón:

“Considerándolo bien, sin engaño metafísico, sin idealismo deformador de la terrible realidad, ¡cuánta locura en la brega de vivir!, ¡cuánta temeridad en el empeño de vencer! La ola nos arrastra y nos creemos, insensatos, los señores del mar. El alma de los muertos y el alma de los vivos, luchando encarnizadamente dentro de nosotros, nos empujan de aquí y de allá, nos traen y nos llevan, nos suben y nos bajan; instintos animales y virtudes adquiridas, intereses y sentimientos, apetitos y aspiraciones atribúlanos y marean; los sentidos nos engañan a porfía y deslumbran las fantasmagorías del mundo, y la razón misma, esa facultad de la que tanto se ufana el hombre, no hace otra cosa que producir espejismos tras los cuales desatentados corremos... A veces se me ocurre que la existencia es una gran pesadilla y que todos somos sonámbulos, y no sólo las criaturas sino las cosas también. Sí, todo es ilusión; el sonambulismo es universal”.

Mamagela replica:

“Oyéndote, lo único que saco en limpio es que has tenido tus ilusiones y tus desencantos. Aquí donde me ves, también tuve yo mis desvaríos y mis desengaños. De chica quería ser

era ayer pura ilusión y hoy es, en gran parte, realidad viva; la justicia, pura gollería ayer, y hoy verdad en vías de integración; el amor y el altruísmo, ayer sueños de color de rosa, y hoy frutos, aunque verdones todavía, de las transformaciones fatales en las sociedades humanas de la agresividad y el egoísmo. El más grave delito que puede imputársele al bolcheviquismo es el de haber hecho descender en la humanidad el nivel de la libertad, la justicia y el amor. Gran crimen porque va contra la grande esperanza del hombre; porque va contra la revolución mundial, que cuenta milenios, y cuyo rumbo invariable hacia metas bien definidas de la aspiración humana es contrario al de la revolución rusa, retrógrada, por lo tanto, y reaccionaria.

El hombre, desde que deja de ser bestia, se rebela contra el instinto de la especie, el destino y el cosmos. Es un eterno revolucionario frente a la creación. Quiere vivir según su ley, y siglo a siglo la va imponiendo a la naturaleza, a los otros seres, a los dioses. Rusia se ha apartado de la humanización y lo que ésta implica: la más vida, la más alma, el más espíritu y la fraternidad de los hombres. Es un "ritornello" del pasado, una vuelta al primitivismo, en pugna con la ciencia y la conciencia modernas. El pensar colectivo es un pensar de tribu. Los bolchevi-

ques son revolucionarios hacia atrás. Se han petrificado en una forma ensayada y abandonada por la vida y que, en suma, sólo existió un instante como programa. No me inspiran grande simpatía los fantasmas. A Stalin, al parecer, tampoco. Con él sale Rusia de la mitología y las reacciones burguesas y entra en la era industrial. Ha hecho un esfuerzo extraordinario, monstruoso podría decirse, y salvo la tiranía y la explotación del proletariado propio y ajeno, sería injusto imputarle otras fallas que al capitalismo yanqui... sólo que éste es más comunista. El capital no pertenece al Estado, ni va perteneciendo a los banqueros, sino a los accionistas, al pueblo y, en muchos casos, a los obreros de una fábrica.

□ □

No puedo explicarme cómo hay gentes que no ven con angustia, o simplemente no ven, la grande tragedia del hombre corriendo tras los fantasmas de la verdad, el bien, la realidad que él mismo engendra y destruye para percatarse al fin, que la única realidad está en su yo y que éste es sólo arena movediza sobre la cual, sin embargo, le es preciso edificar... Tragedia enorme, de infinitos actos que también viven,

monja y fundadora de órdenes como Santa Teresa; de grandecita, princesa de las *Mil y una Noches* y dama principal... Después me casé con Goyo, salimos al campo y empecé a tener hijos y criarlos... Y aquí me tienes, gorda y contenta. ¿Por qué?; porque cumplí con mi deber. Ya casada, mi deber era olvidar los sueños juveniles y velar por el porvenir de mi marido y mis hijos. Y en eso puse alma y vida, sin meterme en más averiguaciones ni darme esos trotes de si es o no es que tú te das. ¿Para qué sirve buscarle cinco pies al gato? A mí sólo me interesaba lo que me era útil en mi tarea, que no fué tan fácil como tú puedes suponer. Goyo tiene sus debilidades; por bondad y pereza habría comprometido cien veces sus intereses si yo no hubiera estado a la mira. Le gustaba el juego y los lindos palmitos, el trago y la parranda... ¡Ay, hijo mío!, me ha hecho falta mucha paciencia y mucha aguja de marear para traerlo al buen camino, unas veces con lágrimas, otras con risas, ya con verdades, ya con estratagemas como la que te voy a contar pidiéndote que me guardes el secreto religiosamente”.

Y aquí le refirió la verdad sobre cierta belicosa hazaña del bonachón Papagoyo, quien, comprometido por sus correligionarios y tam-

bién por conservar la clientela de la pulpería, se decide a formar en las filas revolucionarias. A hurto de Mamagela y en connivencia con Foroso, cocinero y asistente, hace sus preparativos, empuña el arrumbado lanzón patrio, que en otra peripecia guerrera de sus mocedades sólo le había servido de caña de pescar, y renegando de los amigos que lo habían puesto en aquel doloroso trance, abandona mujer, hijos y almacén.

Temerosos ruidos se oyen en la noche enlutada y tormentosa. Se pierden; creen que los persigue alguna partida de colorados salvajes y empiezan a disparar, sintiendo detrás de ellos el martilleo de los cascos enemigos. Un relámpago les descubre la pulpería y a ella enderezan. Pero un enemigo les ataja el paso. El pulpero, pacífico, pero valeroso, ataca lanza en ristre. Oyese un alarido desgarrador y casi simultáneamente el sordo quejido de Papagoyo, que Foroso ve rodar por tierra y quedar tendido boca arriba. Cuando desvanecido lo entran en la casa, Mamagela constata que no tiene herida alguna y sólo sí dos grandes moretones en el pecho, que ella suponé ser dos bolazos. Examina la lanza, ve que está tinta en sangre hasta la media luna y hace que todos recen por el enemigo difunto.

Sin embargo, su conciencia cristiana le impide dormir. Muy de madrugada se levanta y sale al campo. Divisa el caballo de Papagoyo, pastando con el apero puesto; cerca, el borrico que han abandonado allí, junto con algunos mancarrones cansados, fuerzas gubernistas, duerme tranquilamente, tendido en el suelo. Pero del salvaje muerto ni rastro. Buscándolo se aproxima al burro, cuya inmovilidad le parece extraña, y descubre que está muerto con un tremendo lanzazo en el pecho. Y adivina, comprende la aventura de Papagoyo. El enemigo muerto es el borrico; el alarido desgarrador que ha sentido Foroso, un rebuzno; los bolazos en el pecho de Papagoyo, el par de coces que le asestó el pobre asno al sentirse herido. Ríe a desternillarse; luego reflexiona y decide sacar partido de la cómica realidad. Le ordena a Foroso enterrarlo en el monte cercano y le hace creer a su marido y a todo el vecindario que allí duerme el último sueño el enemigo muerto en descomunal batalla por el ínclito Papagoyo. Este juzga haber cumplido sus deberes partidarios y no vuelve a pensar en revoluciones; la tranquilidad y la dicha entran en la casa junto con la mentira; la clientela del almacén aumenta con el prestigio del héroe. El instinto vital de Mamagela se sirve de una apariencia

engañosa para obtener la ventura de la familia y la prosperidad del negocio.

“Créeme, Tocles —concluye—; cree a esta vieja que tiene menos letras que tú, pero más ciencia del mundo. Para vivir es necesario que cada uno tenga su burrito enterrado. ¿Qué importa que sea un burro y no un salvaje como Goyo cree? Para él y para todos, y buen cuidado he tenido yo de que así sea, es un salvaje, lo cual vale decir: deber cumplido, tranquilidad de conciencia, tributo pagado a la causa, y en resumen: la seguridad mía de que no abandonará insensatamente familia y hacienda y se irá a la guerra. Ya ves si tiene importancia lo del burrito”.

Riendo, con la boca alegre y los ojos tristes, contestó Tocles:

“Muy cierto es lo que usted asegura y su manera de obrar en este lance tan bien intencionada como traviesa; pero no es menos cierto que si don Gregorio conociera la patraña, correrían grave riesgo la tranquilidad de la familia y los otros bienes alcanzados por embuste. ¿Y no le parece triste que la felicidad humana tenga por cimiento cosa tan deleznable como lo es la superchería?... Por otra parte le diré que hay dos clases de criaturas: unas que nacen para enterrar el burro, otras para des-

enterrarlo. Las primeras constituyen la generalidad, las segundas marcan la excepción; aquellas triunfan y gozan, éstas luchan y padecen sin triunfar; pero sus torturas son, si bien se mira, altamente estimulantes y útiles para el mundo: desenterrando burros podridos lo obligan a matar y enterrar otros nuevos y así se remudan y están siempre frescas las ilusiones".

En *La Raza de Caín*, que data de treinta y nueve años atrás, hay ya barruntos de esta certeza. Cuenca, el pintor filósofo de *El Embrujo de Sevilla*, dice, calando más hondo: "Cervantes reveló, no ya la locura española, sino la locura universal. El *Don Quijote* es la visión más profunda y completa que un artista haya tenido de la condición humana, de esa condición miserable y divina al mismo tiempo, que nos hace vivir engendrando espejismos, fantasmas y fuegos fatuos, y correr desatentados tras de ellos. Pero de ahí, y eso no lo dijo Cervantes, nos viene nuestro mal y nuestro bien: las ilusiones nos llenan de desencantos... y de esperanzas; nos extravían... y nos llevan a encontrar mil ocultos caminos; nos enloquecen... y nos hacen darle a la existencia una finalidad razonada que, sin la locura del hombre, la existencia del hombre no tendría. Sí; lo que le da sentido a la vida y legitima las aspi-

raciones superiores de la humildad, es la locura incurable del hombre" (1).

Esto es un trasunto de lo que había expresado con mayor copia de argumentos en los *Diálogos Olímpicos*, y cuya síntesis es: las ilusiones dan pábulo a la acción, engendran vida, se transforman en realidades durables.

Perdóneseme que insista. La portentosa facultad de soñar, a la que, asociada al ímpetu belicoso, debe el hombre todo lo que ha hecho y lo que es, me ha parecido siempre digna de apasionada atención y sido el eje de mis reflexiones habituales. "Lo más terrible de la verdad es que, quien la busca la encuentra", decía Remy de Gourmont. El que explota un solo filón y en eso pone sus cinco sentidos, más que topo debe de ser si no lo conoce mejor que los otros, y no descubre algo, una pepita de oro del conocimiento, una recóndita relación entre las cosas, que a veces, articulada a otras generales, las altera, o las pone en un plano imprevisible, cobrando así extraordinaria importancia. Sobre el asunto, a fuerza de considerarlo desde todos los ángulos, he tenido ciertas intuiciones y vislumbres no exentas de originalidad y gravedad. Me lo demuestran lo que ahora descubren pensadores de alto coturno y lo que antes

(1) *El Embrujo de Sevilla*, por Carlos Reyles.

sólo vieron incompletamente otros de más atuendo todavía (1).

Por ejemplo, Nietzsche no se percató que la voluntad de dominación, base de su filosofía, crea para dilatar su imperio, la voluntad de conciencia, protectora de las aspiraciones superiores del mortal, que aquélla parecía condenar, y que no sólo forja ilusiones durables, sino que éstas son nuestras realidades profundas porque salen del inconsciente, y la existencia pasada, presente y acaso futura de la humanidad, hablan por boca de ellas. Debajo de la arena movediza del yo, empieza a aparecer un subsuelo firme.

Además, los problemas de la conciencia y la personalidad son muy actuales y palpitantes. De su solución pende nada menos que continúe o se disipe el caos del mundo. Mientras el hombre sea caos, el mundo, de reflejo, lo será. Necesitamos sondar nuestros golfos y abismos inexplorados. Sospechamos que no tendrá fundamento lo que no se funde en nosotros. Eso provoca el ansia de conocernos y la boga de ciertas especulaciones psicológicas y metafísicas. Pero hasta ahora, nuestro análisis poderoso, ha convertido implacablemente en arena movedi-

(1) Nietzsche, Ibsen, Bergson, Freud, Adler, Spengler, Valéry, Proust, Joyce, Pirandello, Jung...

za la tierra firme del alma que buscamos. Sin embargo existe, aunque no lo hayan advertido los filósofos por aquello de que a veces duerme el buen Homero.

El nihilista Pirandello es el único optimista con quien he podido topar entre los escritores de fuste. Al menos él ve el carácter constructivo de nuestras ficciones. En *Cómo y por qué escribí los Seis personajes*, afirma: "La nueva ética nace de esta concepción: responsabilidad moral de los creadores de esas ilusiones en las que, por cierto tiempo, la vida toma la consistencia de la verdad". Hasta la admirable tragedia *Enrique IV*, como observa Crémieux en un notabilísimo estudio sobre Pirandello, sólo nos ha mostrado el extravío crónico, congénito de la humana criatura, la evanescencia de sus ficciones y su personalidad, la imposibilidad de conocerse sino como imagen y no conocer a los otros de otra manera que como imágenes también. "Cada ser es ante cada otro ser, aun de aquel de quien es amado, como un mendigo delante de una puerta que no se abrirá jamás para dejarlo pasar. Quien entrará no será nunca él con el universo que lleva en sí y tal como él lo ve y toca. Será un desconocido de usted, se-

sueños son sueños. Algunas ilusiones, las prístinas, llamémoslas así, persisten, echan anclas en el alma, se agarran con uñas y dientes a la vida, duran, cabalgan sobre el tiempo; no son activas durante un fugitivo instante solamente; conservan su virtud milagrera; más todavía: la acrecientan día a día; hora a hora, minuto a minuto. Nuestro sonambulismo, creador y destructor, contra lo que creen los pensadores, avanza hacia una meta, asciende, tiene una estrella polar que lo guía en la noche oscura, progresa aquí, sí, indefinidamente. Jamás ha habido mudanza o retroceso en lo que es ímpetu belicoso, voluntad de conciencia, un mundo cada vez más grande dentro del mundo; dominio de la naturaleza, siempre en crescendo; explotación del globo, cada vez más intensa; exploración del cosmos, cada vez más osada; saber, poder, riquezas, espíritu inventivo, creación de bienes, acercamiento de los hombres y los pueblos señeros y hostiles antaño, ayer lento y penoso, y que hoy las maravillas de las ciencias ponen en íntima e instantánea comunicación, que después se convertirá en comunión. He ahí la explicación y la finalidad precisas de lo que juzgábamos mudable y vano ajeteo; he ahí el rumbo determinado y determinante de la vida humana a través de las edades. Aquí

el alma. Y ya se notan síntomas de reacción. Se han publicado cartas de señoritas estudiantes anhelando la vuelta al nido, a la vida hogareña, al matrimonio tradicional y sin promiscuidad colectiva. El gran crimen estriba, a mi entender, en haber convertido una pasión tan inmensa en cosa baladí, insignificante, casi despreciable. La chatura del amor ruso me parece indicio inequívoco del prosaísmo y la chatura del materialismo ruso. Animalizar, desprestigiar, despoetizar el amor, es arrancarle a nuestra vida más intensa e íntima, encanto, misterio, humanidad. No tiene nada de extraño que ciertas concepciones soviéticas rematen en craso materialismo. Me pregunto lo que va a salir de las escuelas donde se catalogan como monsergas burguesas cuanto atañe al espíritu y al alma. Al intelecto que no haya sido unguido por el crisma del amor, le faltará el grano de sal, del don y la gracia. No tiene nada de insólito que aquellas concepciones conduzcan derechamente y sin remedio al hombre máquina, al hombre deshumanizado, al hombre sin espíritu y sin alma. Presumo, más bien dicho, tengo por matemática verdad, que allí donde se despoje al amor de sus sutiles aromas espirituales, bajará el nivel de la vida y el hombre quedará disminuido.



mejante al que él, dentro de su universo impenetrable, cree ver y tocar en usted". Era un aspecto del espejismo, no todo él. Un punto de vista, el de muchos pensadores de ahora, que mucho abarca y de intenso dramatismo. Faltábale llegar al carozo, a la índole constructiva de nuestros sueños, engendrados de vida y realidades. Algo de esto entrañaban la ilusión vital de Nietzsche y la mentira saludable de Ibsen, pero sin llegar a sus definitivas conclusiones.

En una cabalgata histórica, el personaje que va disfrazado de Enrique IV de Alemania, marchando junto a la dama de quien está enamorado y que ha adoptado la indumentaria de Matilde de Canossa, protectora de Enrique IV verdadero, cuando, aterido de humildad y frío, solicitaba el perdón del papa Gregorio VII, cae del caballo, caída provocada arteralmente por su rival Balcredi, golpea el suelo con la cabeza, pierde el juicio y se cree de veras el personaje que representa.

Le hace pegar a su existencia un salto atrás de ochocientos años y la fija, como si el tiempo no transcurriese, en un episodio, su sumisión al papa. El es y será siempre Enrique IV delante de Canossa. Su demencia, como la de los cuerdos, pretende detener en una forma al to-

rrrente de la vida, que no se detiene en ninguna. Muchos años después, recuperada la razón, continúa fingiendo, por motivos que sería ocioso enumerar, el extraño papel que le ha reservado el destino, y les impone a todos su locura, los obliga a vivir según su locura; provoca un patético conflicto entre la cordura del loco y la locura de los cuerdos, los llena de torturantes angustias dejándoles entrever que él, el loco, sabe y condena, mientras los otros dudan y tiemblan y hasta llega, en el paroxismo de su razón verdadera y su demencia fingida, a vengarse, hiriendo mortalmente a Balcredi, que le ha robado veinte años de vida, el amor de Matilde y hecho sentir insidiosamente la irrevertibilidad del tiempo pasado, que por Balcredi no ha vivido...

¿Tiene doble intención el que la vida, la realidad, el drama humano nazcan, como en el caso de Mamagela, de una superchería, y que el primer acto del ímpetu belicoso, que es la vida, sea precisamente una estocada?

Una cosa enorme, contra la cual se estrellan todos los pesimismo, está ahí delante de nosotros: es la vida. De buen o mal grado debemos vivirla, y para ello darle una modalidad, que luego ella misma destruirá para exigir otra y después otra. Sin embargo, no todos nuestros

Si se considera la importancia que tiene para ellas el ser seductoras, no parecerá frivolidad, ni cosa baladí, y menos, pecado, la innata coquetería de la mujer. Hasta las más primitivas conocen los poderes del ornato y son refinadas coquetas. Cuando hechiza, cuando desplegando sus encantos enamora, es cuando la mujer se siente más mujer y se pone en camino de realizar su alta misión, que consiste en inspirar una pasión durable y luego tener hijos y criarlos. La Iglesia es muy naturalista y terminante en esto; ordena: "Hombre, tú trabajarás; mujer, tú parirás". Pero para cumplir el mandato es necesario primero hechizar. Después de esto, que nuestra dulce enemiga vote si se le antoja, que defienda los derechos de la mujer, que trabaje, que vuele, que juegue al *bridge* o al *golf*, pero su vida plena está en el hogar. Ahí es inmensamente superior al hombre; fuera de él, el hombre es inmensamente superior a la mujer. Basta contemplarlos. Aquél está hecho para luchar; ésta para encantar. A ella le corresponde, como a la vestal, que el fuego sagrado del hogar, que es el fuego sagrado del amor, no se extinga, alimentándolo perpetuamente con las hierbas aromadas de sus gracias. Es la sacerdotisa de Venus. Sus encantos la obligan a encantar, y no sólo al marido, sino a los hijos.

no se trata de ficciones pasajeras, de la arena movediza del yo, del espejismo artero y sus cambiantes paisajes, sino de lo perenne, de la roca dura del alma. Nacen y mueren las generaciones, las culturas, las civilizaciones; todo cambia, todo muda y el rumbo siempre el mismo. Este impulso hacia adelante y en un sentido, es prueba acabada de nuestra permanencia y nuestra continuidad reales, existentes como las montañas y anunciadoras de lo que fuimos, lo que somos, y lo que queremos ser. Desde el mísero troglodita al poderoso hombre moderno; desde la lóbrega caverna hasta la grandiosa urbe, millones y millones de criaturas en miles y miles de años, han seguido el mismo derrotero y, agregado algo al radioso misterio de convertir en vida y realidades materiales y espirituales nuestra invencible voluntad de dominio, posesión y creación. Ella nos lleva, entre otros apocalípticos fines, y a pesar de las guerras y de todos los pesares, a la unión del género humano. El espíritu, órgano prensivo de la voluntad, hará fatalmente la comunión, porque está en el rumbo fijo del destino. Los pueblos empiezan a ver su imagen reflejada en los ojos de los otros. Y su asociación para una empresa máxima, que no excluirá las competencias, como no las excluye entre

los hombres del mismo país y que al fin remata en la prosperidad de éste, es el fruto maduro que va a caer del árbol de la vida. La nueva ilusión, que asoma por el horizonte donde se levanta el sol, nos habla al oído quedamente, muy quedamente, de unicidad, universalidad, comunión, poderío infinito, sabiduría y riquezas maravillosas, valores de eternidad; no torres de Babel, sino torres de esmeralda que empiezan a elevarse sobre lo que no cambia, y resisten a los embates del tiempo y al análisis destructor: el rumbo fijo de nuestro destino. ¡Qué cariciosas melodías, qué grandiosos poemas sinfónicos podrían salir de esas cajas de música, de esos discos que todavía no hemos puesto en nuestros fonógrafos!

## EL ESTILO ES EL HOMBRE

Mucho se habla en Hispanoamérica de nuestra expresión, Dulcinea por la que suspiran tan ansiosamente los galanes, que muchos de ellos han llegado a acariciar el temerario intento de poner de patitas en la calle el magnífico idioma que heredamos de España y pergeñar, con los modismos y peculiaridades que el ambiente engendra en cada país de habla española, un instrumento lingüístico a la medida de él y que sea como la proyección de su alma. Naturalmente parece, y por añadidura necesario, que cada pueblo busque su expresión como cada escritor su estilo. Lo que no creo ni me lo harían creer todos los frailes descalzos del mundo, es que eso pueda obtenerse rompiendo el instrumento heredado y por las obscuras vías de la ignorancia y no por los luminosos caminos del saber. Siempre será más factible templarlo según convenga a nuestra voz, que construir otro instrumento, lo cual demandaría siglos. ¿Y para obtener qué?: una serie de jergas y jerigonzas.

tanto más particularísimas, en vez de la unidad de lenguaje que tantos servicios nos ha prestado, nos presta y nos prestará.

La situación de América sería semejante a la de la Argentina, si en cada provincia con los modismos locales se construyera un dialecto diferente. ¿A eso nos encaminamos? Evidentemente no. Lejos de acentuar las diferencias y las peculiaridades, monedas que no se cotizan fuera de la región, las clases cultas de todas las provincias y repúblicas de la América hispana tienden fatalmente a uniformar su parla y hablar un español cada vez más rico y limpio de términos de oriundez bastarda. La razón salta a los ojos: dentro de las clases cultas están los escritores, y son ellos y no el pueblo, como vulgarmente se cree, los que ponen en circulación, aun sin proponérselo, guiados por un instinto seguro, términos y giros a veces de legítima cepa castellana y otras veces nuevos, pero a los cuales el genio de la lengua les abre los paternos brazos.

Los aportes del vulgo al acervo del lenguaje y sus invenciones son torpes por lo general, porque no conoce el idioma ni posee el genio de la lengua en el mismo grado que los intelectuales en los pueblos civilizados o los hechiceros parlanchines en los salvajes. Las voces,

los criollismos, las expresiones típicas, las sentencias gauchas que atesora Martín Fierro, son la obra de la imaginación creadora y de los grandes medios expresivos de un escritor genial y no del pueblo. El don verbal de Hernández, en su género, no tenía nada que envidiarle al de los príncipes de las letras en el suyo. Ninguno de éstos fué más acabadamente en sus creaciones "la fina acomodación del lenguaje a la visión interior".

Los idiomas son organismos vivos, no cosas fabricables. Obedeciendo a mil necesidades físicas y psíquicas nacen y se desarrollan muy lentamente. Sin necesidad de escindir-se toman en cada pueblo, en cada provincia y en cada escritor, tal o cual timbre, tal o cual vibración, tal o cual acento: Cervantes, Quevedo, Góngora, San Juan de la Cruz, hablan la misma lengua y, sin embargo, ¡qué radicales diferencias entre unos y otros! La razón estriba en que todos tienen estilo propio, lo que me induce a pensar que nuestra suspirada expresión la encontraremos, no merced a las virtudes germinativas de una jerga especial, sino a la magia milagrosa de un estilo.

Parece obvio afirmar que para escribir, lo primero es saber escribir. Esta perogrullada toma el cariz en la América hispana de inusitada

novedad. Son muy raros los escritores que mantienen cordiales relaciones con la gramática, la retórica, e íntimo comercio con los clásicos, no para imitarlos, sería pueril, sino para sorprender los secretos de su léxico, la riqueza del vocabulario, el arte sutil de los giros, verdaderas coyunturas de la lengua, lo que la hace flexible, flúida, ágil. Nosotros despreciamos olímpicamente gramática, retórica y clásicos: independencia y machismo criollo rechazan cuanto signifique disciplina, conocimiento formal del idioma, y de ahí las manquedades y cojeras de la expresión, el estilo indiferenciado, pobre, incoloro, aguanoso, sin nervio ni relieve ni vigor. Observe el lector que no se trata de sintaxis ortodoxa o casticismo confitura literaria; se trata de fuerza, precisión, tonicidad, vida y también de honradez literaria. No hay virtuoso de la frase sin señorío absoluto de la lengua; de lo contrario, el escritor auténtico no sería aquel que acierta a decir cabalmente lo que los otros hombres piensan de un modo vago, caótico, y no pueden expresar. El puede. En cada oración proyecta su alma, asegura que existe, proclama paladinamente: "Ego sum". El escritor sin poderosos medios expresivos, línea a línea declara que

no existe, línea a línea firma su partida de defunción.

Rompa la pluma y haga otra cosa. Nunca podrá remontar el vuelo; nunca su verbo paralítico será el cóndor, que haciendo majestuosas espirales asciende a las alturas heladas y puras; nunca se lanzará de allá arriba sobre su presa, fulgurante y veloz como el rayo; por ponderadas que sean sus facultades querrá cantar una romanza y, en vez de notas, emitirá vagidos; no conocerá jamás el goce supremo de escribir para realizarse, para ser; finalmente, nunca, nunca conocerá la maravillosa urdimbre de las palabras, ni sabrá que son mundos mágicos llenos de imágenes, símbolos y misterios, habitados por traviesos geniecillos y dioses taumaturgos de infinitos poderes.

Los clásicos, humanistas de alta categoría, eran grandes artífices de la palabra. El castellano, en sus manos, llegó a tener matices, donaires, magnificencias y trabazones sutiles, a que no han llegado los escritores modernos de la península, y menos aún los sudamericanos. A pesar del supuesto endulzamiento, que a mí me resulta entonación acaramelada y empalagosa, hemos empobrecido la lengua en términos, giros y sonidos. Nuestra parla, hay que reconocerlo, de nada sirve meterse el dedo en

el ojo hasta el codo, es misérrima, monótona y como sin coyunturas. Eso explica la rigidez, la torpeza y el pensar turbio. Afortunadamente, los escritores mejor dotados reaccionan y viran hacia un español más preciso y elástico.

Era el lenguaje del siglo de oro una manera de decir donosa, elegante y lapidaria a la vez. A pesar de lo abundosos y del párrafo largo, y el mechado con oraciones accidentales, solían ser los clásicos muy sintéticos cuando lo reclamaba el discurso. A menudo se servían de la elipsis y echaban abajo la leña seca de la frase con grande oportunidad. Góngora hubiera podido darle lecciones a Mallarmé, y de seguro ejerció y ejerce influencia indiscutible en la lírica española y también entre los modernos poetas franceses. Un poema de Verlaine lleva como epígrafe estos dos estupendos versos de Góngora:

*A batallas de amor  
Campo de pluma...*

Y un libro de Valéry ostenta como retadora divisa otros dos. Son, sin duda, la esencia poética de un hecho que Góngora observó. En el cristal de roca las refracciones de la luz suelen dibujar como estrías o viborillas violetas,

verdes, rojas. Góngora comprueba el fenómeno, extrae por instinto las sustancias poéticas de la explicación lógica; descarta lo prosaico y lo superfluo; transforma, gracias a las sabias alquimias de su imaginación, la viborilla en serpiente, el cristal de roca en rocas de cristal y dice sintética y poéticamente:

*En rocas de cristal  
Serpiente breve.*

Y si estos versos no tuvieran la genealogía que imagino ni otra alguna, y carecieran, por añadidura, de sentido, serían igualmente bellos, porque lo son en sí independientemente de su significación. Aun despojados de sentido lógico les queda el sentido poético, que en poesía es casi todo para los que no padecen de sordera literaria. A los que no comprenden sería oportuno aconsejarles, sin acritud, al contrario, con dulzura maternal, que dejen las letras y estudien las matemáticas.

Gracián usa en prosa contracciones y síntesis parejamente hábiles y enérgicas. Para que tenga mayor importancia lo concreto y esencial que las parrafadas confusas y gerundianas, asevera: "Más obran quintaesencias que farragos". La sola oposición de quintaesencias

y fárragos vale un largo discurso. El acertado y original empleo del verbo obrar aumenta lo contundente y el valor literario de la frase. En esta otra oración que antes de afinarla fué seguramente así: "Los discursos si son buenos y son cortos son más buenos; si son malos y son cortos son menos malos", Gracián elimina con su varita mágica en tan breves líneas nada menos que seis veces el verbo ser, que las harían pesadas y torpes, y la frase queda convertida en esta joya: "Los discursos si buenos y cortos, más buenos; si malos y cortos, menos malos". Nadie que no conozca a fondo la gramática, la retórica, los clásicos, y no sea al mismo tiempo un escritor de fuste, podrá construir una frase tan sintética y bella.

Pero la buena sintaxis, la precisión, el buen gusto literario no bastarían para asir la expresión propia que tanto ansiamos, ni le darán a nuestro español, sin bastardearlo ni mutilarlo, el timbre original, eco fiel de nuestro espíritu, que distinguirá al lenguaje rioplatense de los otros timbres del castellano. Lo que diferencia a un escritor de todos los otros, es el estilo. Este pende más del ser que del conocer, de la visión, de la técnica. Sólo dicen "Ego sum" los escritores que tienen un estilo. Los otros no son: parecen, simulan, adoptan actitudes men-

tales superfluas, porque no las dictan ninguna alta necesidad, como acontece con el escritor auténtico. Este se vuelca y juega íntegro en cada frase, y cada frase es una actitud del alma, un estado de la conciencia nacional que se hace visible; de donde surge la enorme importancia del escritor. Si tuviéramos los rioplatenses doscientos escritores de estilo original, encontraríamos de inmediato nuestra expresión en todo orden de cosas. En cambio, ese tipo de plumífero que recurre a los expedientes, las engañosas de baja estofa, los groseros prestigios del metaforón, la hojarasca, los fililíes, arrequives, perifollos, recamos y perendengues retóricos, porque su frase no es bastante bella ni perfecta para osar mostrarse desnuda, nos desvía del hito que perseguimos; engaña y corrompe. Carece de la condición fundamental del escritor: la sinceridad. Cuanto escriba será falso; será un eco, pálido reflejo de lo que han dicho otros. Nunca nos dará una sola gota de agua de su propio manantial, porque no lo tiene: su insinceridad lo prueba. El que tiene personalidad, un sí mismo bien deslindado, *quelque chose dans le ventre*, en suma, no puede no ser sincero, no puede darle al público gato por liebre; sin querer le mostrará las entrañas ensangrentadas, pero vivas, que diría de Musset; le brin-

dará aquellas páginas escritas con caracteres indelebles dentro de sí y que él sólo puede descifrar, de qué nos habla Proust. La sinceridad lo impulsará a buscar lo suyo y a trabajar arduosamente para expresarlo con vigor y justicia, y así se redondea y alquitara la personalidad y el estilo. Escribir será para el escritor verídico, una trágica excursión por sus cavernas interiores, y luego una lucha a brazo partido para arrancarles su secreto, ya dulce, ya amargoso a los fantasmas y duendes que las habitan. Ante una cuartilla en blanco temblará, porque sabe el tormento que lo espera corriendo tras las intuiciones que, como relámpagos, nos deslumbran un fugaz instante y entran en las tinieblas, tras las vislumbres que como espectros se desvanecen al querer aprisionarlas en la cárcel de los términos irremplazables. Del prolijo entronque de éstos, pende el conubio de la emoción y del lenguaje, y que nazca de las reales bodas un ser vivo. De tales luchas, de tales trágicos esfuerzos, no tienen ni remota idea los escritores insinceros y fáciles a causa de ese defecto precisamente. Sólo que nunca dicen lo que quieren, sino otra cosa muy distinta. El esfuerzo sostenido desarrolla una facultad verbal extraordinaria que se atrofia en la inacción. Los que escriben al correr de la

pluma ejercitan la memoria, no el talento; son superficiales, no tienen sinceridad, ni conciencia, ni personalidad, ni, por lo tanto, estilo, porque el estilo es el hombre o, cuando menos, la impronta de la psique del escritor. El estilo podrá ser incorrecto, desprovisto de los cristianos sacramentos de la sintaxis, pero nunca le faltará nervio, vitalidad, y atraerá porque ha sido escrito con sangre y revela un modo de ver típico, calidad de suyo fascinante: sugiere la existencia de un cosmos acabado de nacer.

Y esto es el escritor que posee el don, la gracia y la ciencia: sortilegio; el otro es puro subterfugio. El lenguaje de éste se compone de signos sin alma; el de aquél de signos cabalísticos. Su estilo semeja una casa de sabia arquitectura, bien orientada y llena de aire y de luz. Por los anchos ventanales entra el jardín a las piezas y las decora. En el frontis se lee este letrero: "Aquí vive y lucha un hombre". La casa del seudo escritor, mal construída, de aspecto sospechoso, ostenta otro cartel que reza: "Aquí no vive nadie". Y es verdad.

Por lo que antecede, difícil será no comprender cuántas posibilidades le ofreció y cuántos horizontes le abre, al escritor de raza, el dominio de la lengua. A medida que de ella se va enseñoreando, más se acerca al estilo propio,



inconfundible, revelador de la personalidad, el que, existiendo cada vez en mayor número de escritores, rematará a la postre en la expresión peculiar de un pueblo. No se trata en el fondo de una cualidad literaria, sino de ser o no ser, de existir o no existir. Tener estilo es ser, existir. Los problemas de la forma son problemas vitales. ¡Por algo los países de Hispanoamérica, que sólo tienen alma y mentalidad prestadas, suspiran por la expresión original que les permitirá ser!

La preciosa e inagotable herencia que nos dejan los grandes escritores, es su estilo. Podrán las verdades que sustentaron envejecer, arrugarse y perder el carácter de verdades; podrá borrarse de nuestra memoria hasta el recuerdo emocionado de aquéllos y vivir tan sólo en los bronce y los mármoles que los consagran; podrán estos mismos volar en pedazos o hundirse en las frías entrañas de la tierra. Pero el estilo perdurará. Es harto rico de contenido humano para que la humanidad, a quien lo que más le interesa es el hombre, no le dé albergue en ciertas células cerebrales o lo incorpore a su sangre. Por otra parte, el estilo no se deja morir, lucha, se hace fluídico y de mil modos se infiltra en los vericuetos más escondidos de las almas. Sí, ¡pingüe patrimonio

y alto ejemplo el del estilo! El *abstractum* de las potencias y virtudes del escritor, su esfuerzo heroico para ser sí mismo, ansias y renunciaciones, victorias y derrotas, ardideces y pavoras, el dramatismo de sus problemas y los terribles experimentos que hizo materiales, sentimentales, espirituales, toda esa alma, toda esa vida, toda esa substancia, miserable y divina, ha quedado extractada en su estilo como el perfume en el frasco.

El estilo es la imperecedera estatua del escritor.

## LAS FLECHAS DE CUPIDO

LA MUJER MODERNA. — LA CASTIDAD DEL DESNUDO. —  
¿CRISIS DEL PUDOR O CRISIS DE LA MOJIGATERIA?  
— LA MORAL AUSTERA DEL DEPORTE. — LA REVAN-  
CHA DEL CUERPO. — CULTO DE LA BELLEZA, LA  
FUERZA Y LA VITALIDAD.

El amor es una pasión que todos sentimos, pero que nadie conoce sino por su propia e incompleta experiencia; diferente, por otra parte, a la de nuestros semejantes. Sabemos muy poco en realidad, y es grande desdicha, del sentimiento al que no sólo debemos nuestra existencia material, sino la máxima parte de nuestra alma y nuestro espíritu. En efecto, hasta las ideas más abstractas y heladas suelen tener comúnmente, si se escudriñan sus misteriosos orígenes, una encendida raíz de amor. Y no debe extrañar, si tenemos en cuenta que la extensísima gama del sentimiento amoroso llena las inmensas cavernas del inconsciente y va

desde las tempestades de los sentidos y las furias del corazón, a los arrobos, pasmos, tras-pasos, deliquios y éxtasis del amor divino. Eros ocupa nuestra vida, el mundo, el universo. La mitología griega nos lo dice. En el cosmos primero reina la discordia, el caos, y después las mutuas atracciones, el equilibrio, las sinfonías celestes: Eros, en una palabra. Y hasta en el Olimpo el niño ciego se inmiscuye en todo y les dicta leyes a los mismísimos dioses.

Voy a abordar un tema, no ambiguo ni pecaminoso, sino grave, austero, infinitamente trascendental, aun reducido a lo puramente humano. Y lo haré sin dogmatismo, sin pedantismo, sin los humos filosóficos de los textos, que cualquier persona medianamente leída podría citar a montones. Salvó ciertas generalidades, serían esos textos de otras épocas, letra muerta para nosotros; en cambio, nos aprovecharía mucho, sobre todo a la mujer, que es puro amor, y que por rara excepción rompe los círculos mágicos del amor en que cae prisionera a poco de andar por la vida, conocer ciertos aspectos de esa pasión que hace los días claros y los días sombríos, las noches tranquilas y las noches sin sueño de nuestra existencia. Sin embargo, en las aulas, aparte de las elucubraciones sobre la educación sexual, hechas por se-

ñoritas generalmente, no nos dicen nada o nos dicen muy poco de su verdadera naturaleza. Habría que hacer lo contrario. Puesto que a todos nos herirán más o menos mortalmente las flechas del niño ciego; puesto que a todos nos hará probar sus mieles y sus hieles y tendrá influencia decisiva sobre nuestra vida entera, sería prudente saber algo de las buenas o malas inclinaciones del hijo de Afrodita y aprender a acorazarnos, en lo que cabe, contra sus flechas envenenadas.

Conocer la naturaleza del amor nos permitiría o ayudaría a orientarnos, perfeccionarnos y elevarnos. Parodiando el conocido refrán podría aseverarse: "Dime cómo amas y te diré quién eres". Por la manera como siente y comprende el amor, le sería dable al psicólogo sagaz inferir lo que es y lo que hará una criatura humana en su breve paso por la tierra. Nuestro sentido del amor tiene influencia decisiva sobre nuestro destino. La razón cae de su peso: es uno de los estímulos más activos de la sensibilidad y la mentalidad de cada persona. Los actos de los individuos y hasta los sucesos que les acaecen, tienen el mismo tinte de su afectividad. El amor de doña Inés salva a don Juan de la condenación eterna, pero don Juan ha sabido inspirar el amor de doña Inés.

Tan próximo está el amor de la carne pecadora del amor divino, que aun el drama de *El Burlador de Sevilla*, del engañador de tantas mujeres, del seductor por excelencia, es un drama religioso.

Es muy difícil definir el amor. Ni en los antiguos ni en los modernos, desde Anacreonte a Proust, he encontrado definición cabal que abarque sus infinitos matices. Varía con el clima, las estaciones, la altura de los años. Cada época, cada país, cada criatura lo siente de distinta manera. Para algunas es locura, maleficio; para otras delicias inefables, goces supremos; para el monje hurano, libidine, lujuria; en el mejor de los casos, animal instinto de reproducción; para las almas ardientes y puras, un estado de gracia que, remontando la corriente de los sentidos y pasando por el amor platónico, puede llegar a las alturas donde se da la flor estilizada del amor místico. El amor sensual y los refinamientos de la voluptuosidad tienen, por caso raro, su expresión literaria culminante en el *Cantar de los cantares*, que forma parte de la Biblia, obra cimera a cuyas tonalidades profundas no han podido darle equivalente Atenas ni Roma, ni los sentimientos alambicados y retorcidos de las Cortes de Amor, ni menos las furias eróticas y orgías líricas de

los románticos. Diríase que el amor, a medida que pierde carne y sangre, inspira menos profundamente a los poetas, aunque de vez en cuando le arranque hondos acentos las amorosas de gran estilo como Heloísa, la monja Mariana Alcofurado, *mademoiselle* de Lespinasse...

Un sentimiento que llena la vida, que abarca los bajos fondos y las cumbres de los sentidos y del alma, lo abyecto y lo sublime, el vicio y la virtud, lo humano y lo divino, es por fuerza arduo, si no imposible de definir. Sin embargo, por múltiples y antagónicas que sean sus modalidades, tiene un fondo, una raíz común. El amor, aun el más platónico, aun el divino, es afán de posesión, si no material, espiritual; si no del objeto, del amor mismo. Pero al propio tiempo es en muchos casos ansia de darse, de fundirse en el ser amado, un desasimiento de todo lo que no sea él, de depositar a los pies del ídolo cuanto se posee: dicha, fortuna, honra, vida. Por él la virgen abandona a los padres, la madre a los hijos, el hombre a todos sus bienes y dignidades. Naturalmente, me refiero al amor de grande formato, que muy poco tiene que ver con lo que llamaría Stendhal el amor gusto, el amor vanidad; amoríos, no amores;

brotos de la galantería y no del pasional tronco del Amor.

Sí; existen secretas correspondencias, misteriosas afinidades entre el amor sexual y todos los otros amores; entre lo erótico, la sensibilidad, la emotividad, la inteligencia. En el artista, el poeta, el novelador, se hace visible la enredada raigambre del amor. El culto de la belleza y el de la mujer se confunden quizá por aquello de que "la belleza es toda la mujer". Esto explica tres cosas: que los donjuanes verdaderos sientan la belleza, sean artistas y perciban hasta en sus menores detalles los encantos femeninos; que el principal atributo de la mujer sea la belleza y que todas quieran ser bellas, seductoras, hechiceras, porque un instinto seguro les repite sin cesar al oído: "Tu belleza es tu fuerza, y esa fuerza es irresistible y pondrá a tu alcance el amor, la dicha, el poder y todos los dones de este mundo". ¿Cómo renunciar a tantas cosas? ¿Cómo no seducir para conseguirlos, aun a riesgo de pecar?... ¿Cómo resistir a las tentaciones de los sentidos, del corazón, del alma, sin crueles torturas ni seguro desequilibrio nervioso? La religión, la moral, los afectos hondos y los derivados espirituales, que la imaginación les da a los reclamos de la sexualidad, apartan a la mujer de

los frutos prohibidos, la ayudan en la verdadera lucha que a veces se ve obligada a sostener cuando todo en la vida le habla de amor, para conservarse pura y ser luego digna esposa y digna madre, según el modelo impuesto por la sociedad cristiana.

A la Iglesia, lo mismo que al Estado, les interesa más que el individuo la familia. Se asegura que las coacciones contra el instinto más fundamental del ser humano desequilibran muchos sistemas nerviosos y llenan de enfermas los hospitales y los manicomios. Es posible, pero no conviene dejarse impresionar mayormente por los fueros de la naturaleza. Los morales han ido siempre contra ella para hacer posible la vida social. La civilización es un estado contra naturaleza. Durante miles y miles de años, de siglos, el hombre ha aprendido a frenar sus instintos, ha aprendido a disciplinarse, y en un ser disciplinado la contención de ciertos ímpetus y apetitos, por más naturales que sean, no llegan a tener, sino en contados casos, las lamentables consecuencias de que nos hablan los galenos, sobre todo después de Freud. En cambio, ¡cuántas ventajas para la sociedad, la familia y la mujer misma! Las existencias más dichosas y logradas, mi experiencia me dice

que no están del lado del pecado, sino de la virtud.

Y eso será así mientras la sociedad, la familia y el Estado sean lo que son. Ahora cambian de organización y por eso el amor cambia. En Rusia una concepción nueva ha traído otra forma del Estado y, por consecuencia, de la sociedad, la familia y el amor. Este ha perdido su importancia; pero no así el matrimonio. Se predica y practica el amor libre, porque la mujer es tan independiente y usa una moral erótica de manga tan ancha como el hombre; se basta a sí misma y no tiene ninguna necesidad del matrimonio para asegurar su existencia y su derecho al amor. Cuando se casa, después de uno o varios ensayos de vida en común —la castidad, al revés de lo que pasa entre nosotros, no tiene allí ningún precio—, es realmente por amor y no para llegar a la ansiada meta del matrimonio, ya que para vivir su vida plenamente puede pasarse sin el matrimonio. Lo que preocupa a las jóvenes no es el casorio, sino el amor, su calidad, sus probabilidades de duración y promesas de ventura dentro del casorio. En eso no está mal el amor ruso, pero las consecuencias de la prodigalidad femenina han incorporado a las costumbres prácticas abominables tan nocivas para el cuerpo como para

Ella convierte el hogar en un templo del amor, donde todo, hasta los objetos materiales, nacen del amor y respiran amor. Mas para conseguirlo, es indispensable que la mujer sea la predestinada, la amorosa, y tenga el instinto o una idea clara de su alta misión. Teniéndola, aunque sea ignorante, una estrella polar la guiará. En cambio, las pedagogas, las latiniparlas, las marisabidillas, suelen olvidarse que son mujeres, pierden todos sus atractivos y, a pesar de sus luces, quedan sumidas en una noche oscura. Inspirar una pasión durable es más difícil que hacer muchas conquistas. Y las que inspiran esa pasión y logran por añadidura la dicha, no son las damas donjuanescas, las vampiras según el último figurín de Hollywood, sino, ¡quién lo diría!, las esposas intachables. Estas auténticas amorosas suman a los encantos de la belleza, las prendas del corazón, del alma, del espíritu. No son Cleopatras, son mujeres de una seducción dulce y tranquila, pero irresistible, porque le ofrecen al esposo una dicha que él reconoce única e irremplazable. Su presencia ahuyenta de la casa los dramas y las tragedias; ante ellas los males pierden el veneno y se truecan en esperanzas. Son, sin sospecharlo, grandes ilusionistas como todas las virtuosas del amor. Cuando sonríen, los pájaros

cantan en las ramas y las rosas se abren en el jardín. A este tipo de mujeres es a las que yo he visto inspirar, sin proponérselo naturalmente, el amor más apasionado y fino que es dable concebir: el amor puro, sin ansia de posesión, sin angurria carnal, que se deleita y satisface sólo amando, amor que no pide amor, sino amar.

Se asegura que el matrimonio mata el amor. No lo creo. En todo caso, no más que las uniones ilegítimas, si se evitan las intimidades prosaicas y no se le despoja de su misterio. No se debe olvidar que el amor es un misterio. Lo que mata al amor es que se gasta. Por otra parte, el deseo y la inquietud son acicates del amor, atan; la posesión y la seguridad hartan, desatan. No todas las mujeres son vestales para hacer durar lo que sólo es encantamiento, embrujo, pero deben hacer lo posible por serlo. Sin encantamiento no hay amor. Dos seres que se aman, se transfiguran, se subliman, se ven como no son. El amor es el alquimista que trueca en sus mágicos alambiques los defectos en perfecciones, la fealdad en donosura. Para todo amante la zafia aldeana Aldonza Lorenzo es Dulcinea del Toboso. Y cuando los enamorados empiezan a verse como son, y ésta es una de las grandes miserias del amor, se rompe el

hechizo y quedan frente a frente mirándose con el secreto rencor de los asociados que se han engañado mutuamente. ¿Por qué?; porque lo que ambos quieren con los redaños del alma, no es la realidad, de la que el mortal pugna por todos los medios y en todo orden de cosas de evadirse, sino la ilusión, que los hacía dichosos y que por eso era para ellos la realidad suprema.

A la mujer, poseedora de los filtros del encanto, le corresponde prolongar, hacer durable y aun permanente el encantamiento. ¿Pero qué sabe la señorita del monstruo divino e infernal cuando se casa? Nada o casi nada. La más advertida sólo lo conoce por las novelas francesas y las torpezas que ha oído sobre la pasión más compleja de todas las pasiones humanas, la que mayor influencia ejerce sobre el destino de las criaturas y de la que, por lo tanto, nos convendría tener un conocimiento cabal. Los jóvenes, ellos y ellas, ignoran todo lo que es gravedad y profundidad en el amor, y generalmente les pasa lo propio a las gentes maduras, aunque tengan gran experiencia del amor sexual. Sólo penetran en sus grandes círculos mágicos los predestinados, las criaturas de sensibilidad amatoria exquisita, y también, aunque en una forma restringida, las criaturas de fuerte

sexualidad, aquellas por cuyos sentidos habla la tierra, la naturaleza, las fuerzas telúricas.

El amor de nuestro tiempo ha perdido, a juzgar por los acordes que le arranca a la lira de los poetas y la conducta de los enamorados, gran parte de sus virtudes y sus toxinas. Hay un eclipse total del amor místico, del amor sin angurria carnal, desinteresado, platónico. En las clases superiores, el amor romántico y hasta el amor pasión tienden a desaparecer, obscurecidos por otros amores menos violentos, menos poéticos, pero en el fondo más simples, naturales y sanos quizás, no me atrevo a asegurarlo rotundamente. Nadie oye los acentos de Salomón, Platón, Ovidio, Dante, Petrarca, Pascal, ni siquiera las acideces de Baudelaire ni las blandicies de Verlaine; nadie va a buscar la flor del amor al borde de un precipicio; en cambio Proust, Gide, René Vivien le cantan a Sodoma y a Lesbos. Nadie vive las tragedias de Paolo y Francesca, Abelardo y Heloísa, Pablo y Virginia. Hasta las Noras, a pesar de sus rebeldías tan modernas, nos parecen figurines terriblemente pasados de moda. Todavía se mata y se muere por amor en el pueblo, raramente en el gran mundo; pero el amor pasión, como el romántico, como el místico, no caracterizan el amor moderno: éste está marcado,

como todas las cosas actuales, por la velocidad, el signo del tiempo.

Y a esta misma particularidad la literatura no acierta a darle culminante expresión. La causa no creo que sea nuestra menor capacidad amatoria y de expresar lo que sentimos, sino que nuestros problemas y nuestras ansias se han multiplicado y complicado considerablemente; somos más complejos y cambiantes, y el amor no puede ser de una sola pieza, enterizo, concentrado; la perpetua mudanza de un clima psíquico a otro, no lo deja cristalizar en sólidos geométricos pasionales. La velocidad, que sobre ser el signo, es el molde de nuestra época, le imprime un carácter inconstante, voladero, fugitivo. Las relaciones amorosas van a trescientos kilómetros la hora cuando no adoptan el servicio aéreo postal. Lo que no sucedía antes en seis meses, acontece ahora en cinco minutos. No le damos importancia a ciertos detalles, nos conocemos e intimamos rápidamente; hemos suprimido los preámbulos y formalismos engorrosos en que se complacían nuestros abuelos, que tenían mucho tiempo por delante y una existencia vacua de hechos que llenar; nosotros no tenemos tiempo que perder; el tiempo es una materia más preciosa que el oro; es vida. Por eso queremos andar ligero en amor



como en todo. La mayor libertad femenina, las relaciones más cordiales entre los dos sexos, la crisis del pudor, y también de la mojigatería, permiten la realización de aquella voluntad y han cambiado la naturaleza del amor. No creo que por ser más rápido sea peor que antes, no. La historia ha conocido épocas de mucho más intenso relajamiento que la presente. En realidad sólo hay relajamiento cuando hay violación consciente de las fronteras del bien. Pero hoy tenemos una conciencia menos quisquillosa. Lo que era contrabando, ha dejado de serlo, y con pleno conocimiento de causa hemos abierto, si no todas, algunas fronteras.

“¿Pero qué es el amor? ¿De qué está hecho? ¿Cómo definirlo y pintarlo?”, se pregunta un gran poeta contemporáneo; y habla del amor en términos que les parecerían insólitos a Pascal o a Byron, y que revelan nuestras características preocupaciones. “Nosotros sabemos bien que el alma del amor es la diferencia invencible de los amantes, mientras que su materia sutil es la identidad de sus deseos. Esta criatura universal no tiene cuerpo, ni rostro, pero sí dones, días, destinos, y una vida y una muerte, que no es sino eso, vida y muerte, ya que el deseo, una vez nacido, no conoce el sueño ni ningún reposo”. Proust, que sólo conocía las angustias

y los dolores del amor, lo consideraba como un maleficio, que no termina sino con el maleficio. Es el aspecto acerbo; falta el lado deleitoso. En realidad, el amor es una abeja que fabrica las mieles más deliciosas y las hieles más amargas de la vida. Creo que Pascal, una de las almas más ardientes y atormentadas que han existido, aseguraba: “El amor es un estado de gracia”, lo cual es verdad más universal que la de Proust, aunque al cuadro le falten las sombras. Aun los dolores de un grande y fino amor, y ése es el que conoció Pascal, son preferibles para el amante, a cualquier dicha extraña a su divino tormento. El *Discurso sobre las Pasiones del Amor* aun conserva para nuestros ojos, curiosas iluminaciones. Las *Máximas* de La Rochefoucauld lo mismo, particularmente ésta: “El placer del amor es amar”. Schopenhauer imagina que es una celada del genio de la especie, para hacernos cumplir los deberes de la reproducción. Lo que se conserva en general más fresco y atesora observaciones que todavía nos parecen justas, es el delicioso tratado de *El Amor*, de Stendhal. Cuanto asegura respecto a la cristalización, que no es sino el ilusionismo que provoca el estallido del amor y lo acompaña luego durante toda su existencia, sigue siendo exacto. Como la ramita de-

positada durante cierto tiempo en el fondo de las minas de Salzburgo se reviste de una capa de finísimas cristalizaciones, diminutos diamantes que la convierten en un objeto maravilloso, así la imaginación se complace en enaltecer y brillantar la belleza, los méritos, las gracias de una criatura dada, hasta no ver la criatura, sino la imagen cada vez más seductora, que de ella se va formando. Si prosiguen las hechicerías de las cristalizaciones, la simpatía crece, la ilusión aumenta, el amor nace, se acrisola, estalla la pasión, y quedamos prisioneros en el círculo mágico de un encantamiento del que sólo podremos salir cuando se rompa el encanto.

Esto sentado resulta menos difícil definir y pintar el amor: El amor es el embrujamiento en que nuestros sentidos y nuestra imaginación truecan la atracción sexual, el cual, exaltando las perfecciones de los enamorados, transfigurándolos, haciéndolos más seductores para allanarle el camino o la ansia de posesión material y espiritual, los lleva a vivir en un mundo maravilloso hasta que termina el embrujo.

Después de nacido el amor, se complica y torna a la vez suave y violento, gozoso y atormentado. Los animales sólo conocen el amor físico, pero aun a éste, gracias a su imaginación,

el hombre lo refina y pondera, transformando el mero placer sensual, en goce tan confitado y espiritualizado como el amor platónico. Ansia de posesión sí, pero sobre todo de un alma y un espíritu desconocidos y misteriosos; país lleno de sorpresas, deslumbramientos, maravillas que hace brotar del suelo la varita mágica del amor. Las criaturas sin imaginación no son tierras de promisión para el niño ciego. Además, es necesario que exista cierto gemelismo de la sensibilidad y la inteligencia del amado y la amada, y de que ésta tenga hechizos bastante poderosos para hacer durar la transfiguración, el encantamiento. De ahí la razón profunda que tienen las mujeres de intensificar y aquilatar las elegancias del alma y del espíritu, que son a la mujer bella lo que el aroma a la flor. La coquetería no es frivolidad, sino gravedad; tiene un sentido profundo. Hasta el Don Juan casado con una mujer elegante, se vuelve fiel porque es el dueño de un serrallo: cada traje equivale a una odalisca diferente. En cuanto a los hombres es cosa sabida que los *chic* e interesantes seducen más, aun siendo machuchos, que los jóvenes y los Adonis, por lo general poco atrayentes a pesar de la juventud o la hermosura.

No se entienda por lo dicho que niego los

fueros del amor sexual; es tan poderoso que a veces mantiene unidas, crucificadas en el mismo madero, a las personas que ya no se aman ni estiman. Sólo quise dar a entender que aun el amor de los sentidos, que es como el arranque del amor, no escapa a las sublimaciones de la imaginación erótica. Este es un factor tan importante como la atracción amorosa, la cual en el hombre no duraría mucho ni acaso tuviera gran fuerza sin el acicate de la imaginación. El novio o la novia sin imaginación no prometen mucho, y no debían ennoviarse, porque son incapaces de encantamiento, y constituyen, por lo tanto, un contrasentido.

La muerte de tantas asiáticas esperanzas, las condiciones duras de la existencia, que disminuye las facultades imaginativas y no favorece la formación de nuevos hogares, obligando a las jóvenes casaderas a ser más coquetas e insinuantes para llegar al himeneo; las doctrinas de Freud, los deportes, la religión del cuerpo y de la vida, que han sustituido a la religión del alma; las nuevas actividades de la mujer, las transformaciones que por miles de causas se van operando en la familia, la sociedad, el Estado y la mentalidad de las gentes menos permeables al espíritu de la época, alteran profundamente los rasgos fisonómicos del

amor y la moral. La crisis del pudor y de la honestidad agresiva, erizada de espinas, no tiene, si bien se mira, importancia, porque el impudor y la libertad de maneras han dejado de ser pecados. Concluido entre los hombres y las mujeres el estado de guerra que los ponía frente a frente como enemigos irreconciliables, dispuestos siempre a la matanza, las trincheras y las actitudes de defensa son superfluas. Los jóvenes y las señoritas que se bañan juntos como buenos camaradas y bailan y juegan a menudo, no tienen necesidad de acudir a hipócritas expedientes y engañifas para verse y hablarse. ¡El cigarrillo! ¿Puede darse algo más innocuo que echar humo por boca y narices? En cuanto al culto del cuerpo, los deportes y el semidesnudismo en las playas, me parece sin vacilaciones sano y tan edificante como la preocupación del tocado y del ornato. Los griegos tenían el culto del desnudo, cuyas influencias sutiles en la cultura griega sería curioso estudiar; los modernos, el del vestido, no menos eficiente; piénsese en la suma de actividad, ingenio, riquezas, estímulos que representa la Moda y las alteraciones espirituales que determina. Los contemporáneos tenemos la religión del desnudo y del vestido. La contemplación de la belleza plástica en su expresión genuina: el

desnudo, es profundamente educadora y favorecerá a la larga, entre otras cosas, la propagación de los hermosos ejemplares de la especie. Por otra parte encuentro que las mujeres en las playas, donde se muestran más desnudas precisamente, son más naturales y castas que en cualquier otro sitio; sin duda, sienten que en *maillot* no necesitan ser coquetas para encantar. Una de ellas, admirablemente formada, me decía el verano pasado en Pocitos: "Vestida, coqueteo porque me gusta agradar; desnuda no, porque me siento demasiado... atractiva y sin defensa. Y eso que tengo buenos puños y buenas piernas; bailo y boxeo. Todas somos deportistas. De ahí que no nos gusten los hombres débiles, enclenques; preferimos los atletas, prepotentes, osados. Los sentimentales nos revientan. Aquel tipo de hombre que arrinconaba a una dama en un baile y le declaraba a quemarropa: "Señora, yo soy profundamente desgraciado", no es nuestro tipo. Queremos sentir la mano que aprieta. Quizás, por instinto, nos preparamos para la vida dura, como dice usted. Queremos el varón fuerte, el compañero seguro y alegre. Los tristes que se vayan al diablo; son insoportables. Además, no sabrían sacarnos de ningún apuro". Al través de lo que antecede se adivina la revancha del

cuerpo. Cuando todas las construcciones del espíritu se derrumban, el cuerpo permanece firme, existe, sigue siendo lo que es. Y nos volvemos hacia él; como los griegos proclamamos: "Alma sana en cuerpo sano". El que millones de criaturas se dediquen, con mayor o menor furia, a los deportes, quiere decir eso. El culto del campeón, del *as*, de *los mejores*, que nos enseñan las palestras, los estadios y los *rings*, proclaman el valor de la clase, de la calidad del héroe, que falsas doctrinas nos hicieron negar. Las hijas de Eva se vengán de los representantes del espíritu negándoles sus favores. Las espaldas cargadas de los estudiosos no les hacen gracia.

Fuera de las peculiaridades antedichas, en lo esencial, el amor de hoy es como el de ayer; y he ahí lo trágico: un sueño, una ilusión, un espejismo, el más poderoso de todos, que acrecienta extraordinariamente el natural e incurable sonambulismo de la criatura humana.

Una luz encantada emana de nosotros y se derrama, embelleciéndolos, sobre los objetos y particularmente sobre el ser amado, del cual hacemos, no sólo la criatura más bella, sino el dechado de todas las perfecciones. En suma, el amor sigue siendo, sin metáfora, un monstruo divino e infernal.

Nosotros lo engendramos y luego vivimos a su merced. Y no podemos huir de él, porque lo llevamos en nuestras lóbregas o luminosas cavernas interiores, y ni mantenerlo prisionero, porque sentidos, imaginación y alma están de su parte y, le abren las puertas. ¿Cómo vencerlo? Si a mano viene, ¿cómo exterminarlo? Si lo intentáramos nos suicidaríamos. Es preciso tratar de domesticarlo desde que nace, y vivir con él en buena armonía. ¿Es posible? En la mayoría de los casos yo creo que sí, sobre todo si lo dominamos antes de operarse por entero la cristalización. Entonces basta analizarlo para cerciorarnos de que es una creación nuestra, un capricho de nuestra fantasía, y darle, hasta cierto punto, la forma que deseamos. Si tenemos luz dentro, será luminoso; si tinieblas, tenebroso. Por eso el caballero del ideal por excelencia, Don Quijote, es el más fino, casto y fiel enamorado. ¿Qué le importa que la moza de pelo en pecho, como asegura Sancho, no sea princesa si él la hace tal? ¿qué le importa que sea rústica, machuna y no posea ninguno de los atributos de la belleza, si él se los confiere todos?

No cabe duda: el amor es nuestra hechura, nuestro hijo; y así como hay padres que saben educar bien a sus hijos, hay hombres que saben

educar sus amores y hacerlos lindos, refinados, amables. El amor que sentimos tiene exactamente la forma y el timbre de nuestra alma. Amamos como somos. Podemos, pues, dirigirlo relativamente. La religión, la moral, el carácter enterizo, han sido buenos educadores, pero acaso demasiado severos. Olvidan a menudo nuestra fisiología. Conviene no olvidar que el monstruo es irritable y se rebela fácilmente. Entonces no reconoce otra ley que la suya. El amor actual, como todo este mundo de transición que ha seguido a la Gran Guerra, es rebeldía contra el pasado; quiere lo que para éste fueron frutos prohibidos; quiere libertarse de las maneas que le pusieron; quiere más el niño ciego; quiere quitarse la venda de los ojos y ver claro. Pero quiere también continuar siendo el monstruo terrible y delicioso, y no tolera que lo despojen de su poder de encantar ni de sus uñas de diamante. Se deja dominar como las fieras, pero siempre está pronto a darle una dentellada o un zarpazo al domador. Es el peligro de muerte de los que tienen la dicha, dulce y trágica, de jugar con el amor.

FIN

DE

EGO SUM



# INDICE



Págs.

Intramundos de la soledad .....	5
El maravilloso sonambulismo del hombre...	29
Los grandes tipos literarios .....	51
Mar de fondo de la crisis mundial:	
I.—El hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas. El homúnculus que ha creado se vuelve contra su creador. El caos del mundo es un reflejo de nuestro propio caos. Europa o la bar- barie .....	73
II.—¿Qué somos? ¿Qué queremos? ¿Qué po- demos?...	105
III.—La arena movediza y la roca dura del alma .....	133
El estilo es el hombre .....	165
Las flechas de Cupido .....	179